Germán Cuervo

EL MAR

Este libro está dedicado a los amores
que fracasaron en el intento por
escribirlo, a los amigos que creyeron
en él, a Diana que lo hizo posible y
a los autores que lo inspiraron: los
escritores de novelas de marinería.

"Estamos hechos de la misma materia que los sueños y nuestra pequeña vida termina durmiendo".

Shakespeare

CAPITULO I

LOS SOCIOS

Colgué el teléfono y ella observándome como una gata curiosa.
--¿Por qué tanto misterio?-- preguntó.
--¿Pero cuál misterio?-- le respondí de inmediato.
--Bueno, y ¿quién te llamó?-- volvió a inquirir con frialdad.
--Nadie... Era sólo un amigo -- dije retrechero.
--Pero ¿quién?
--¿Y por qué tanta preguntadera?
--¿Y por qué tanto misterio?
--¿Pero cuál misterio?-- le respondí en el tono de voz más suave que pude hallar. Lo cierto es que ella había comenzado a sospechar algo desde el día en que escondí los paquetes; seguramente mi comportamiento comenzó a cambiar. Empezaron las llamadas importantes por teléfono, la preocupación, el hablar dormido. Anna Bell no es que fuera exactamente mojigata como parecía con su habladito de virgen consentida, pero yo sabía que no resistiría la tensión del asunto, ya era suficiente con la mía. Por eso, lo mejor era no decirle en qué andaba. Estaba seguro que si en ese momento lo hacía su nerviosismo entorpecería por completo la acción, además, tenía el temor de que al contarle, las cosas no salieran bien. Esto último de no contar las cosas hasta que no se hicieran, hasta que navegaran en asegurado curso, era algo más que una arraigada superstición, era una certeza verificada por la experiencia de cómo debían manejarse los negocios.

"Te conozco mosco, yo sé que estás raro", me decía ella al principio, juguetona. "Yo sé que algo está tramando esa cabecita." Pero yo no podía contarle.

Las cosas se complicaron con la visita de "mis socios" un domingo por la tarde. Me pareció la casa el mejor sitio para hablar con ellos; un sitio cálido, doméstico, tranquilo, sin interferencias. ¿Qué lugar mejor para ponernos de acuerdo a vuelo de pájaro en un posible trato? Ellos estaban en capacidad de comprarla toda, lo que era ideal. Era gente conocida del barrio y sólo vendrían de visita. No pensé que mi mujer fuera una molestia. ¡Craso error!

A eso de las cuatro de la tarde llegaron en un discreto Renault 4. Eran dos, se bajaron y me abrazaron. "¡Entonces qué hermano! Dicho me han que usted...¡Ahora sí vamos a fajarnos!" Se llamaba Julio García y me miró arqueando las cejas como un enamorado de película italiana. Al otro le decían el Tártaro. Los había conocido desde muchacho en las canchas de fútbol del antiguo Sears.

Julio García era el más alto y grueso. Vestía usualmente guayabera y tenía unos 55 a 60 años, la cara como un personaje de dibujos animados después de haber venido corriendo a toda velocidad y estampillarse contra una pared; una cara como de papa aplastada. Sobre esta plasta, la nariz tendía no a sobresalir, sino a pegarse, a incrustarse en ella, intentaba esconderse entre unos cachetes como orejas de perro; nariz de poros grandes, dilatados y alcohólica. García hablaba con una voz

enredada de cucarrón, al mismo tiempo latosa, carrasposa como si las palabras se le restregaran contra la garganta. También reía constantemente y lo hacía con una risa que parecía forzada pero que era natural en él.

El Tártaro era morenito, bajo, flaco, muy velludo, con voz metálica, nervioso, agravado por una irascibilidad de drogadicto consuetudinario. Bluyines Levis, camiseta Burdines, al pecho un cordón de oro con una "G" de William, Güilian.

--¿Quiénes son?-- preguntó de inmediato Anna Bell.

--Son unos amigos de hace tiempo.-- respondí.

Ella continuó mirándome, como solía hacerlo cuando una respuesta no la convencía del todo.

--Te había dicho que iban a venir unos amigos-- repliqué --, ¿no es cierto?

--Cierto, pero se te olvidó decirme, cuáles amigos.

--Pues son estos --. Le dije --Ya no puedo cambiarlos por otros. Son mis amigos, los he invitado a la casa y ahora tengo que atenderlos --. Saqué unas copas y una botella de vino blanco chileno de la cocina.

William exclamó:

--¡Ve...ve...verraco, este sitio, verdad?

William era tartamudo, por eso le decían "el Tártaro".

Anna Bell trató de ayudar, pero se le notaba el esfuerzo, su intento por sobreponerse al disgusto.

--¿Quieren acompañar el vino con algo?-- preguntó.

--Bueno-- acepté.

Trajo de la cocina un trozo de queso amarillo y aceitunas. Se le notaba la dificultad para seguir la conversación arrevesada y explosiva de los visitantes. Durante un rato estuvo preguntando, ¿Qué? ¿Cómo?, siempre que García hablaba. No entendía y fruncía el entrecejo. Más tarde fue a la cocina, decidió retirarse de aquella mesa y compañía que no le traían más que dificultad y tensión. La pude observar tras los vidrios. Se puso a lavar la loza. De tanto en tanto levantaba la vista y nos miraba.

Los posibles "socios" estaban interesados en el negocio, sin embargo, no podíamos ponernos de acuerdo en cuanto a entrega ni precios, discutíamos, terminaban poniéndose de pie y me abrazaban. Anna Bell nos observaba con recelo. De todas formas no podía hablar con la deseada tranquilidad teniendo su inquisidora mirada sobre mí. Desde que ella se sentó con nosotros, supe que al rato tendría que pararse e ir a la cocina o a algún otro lugar de la casa. Me daba la impresión de que estuviera descifrando mis pensamientos tras los cristales mudos, como si estuviera leyendo al pie de la letra las palabras en mis labios. Esperaba el momento en que terminara por cansarse y se fuera a la alcoba a leer o a dormir. Mientras tanto, entre trago y trago, confrontaciones, risas y abrazos, me iba emborrachando sin poder concretar algo.

Cuando ella salió de la cocina y se acercó a nuestra mesa a prender un cigarrillo, García me estaba diciendo: "Venga para acá mijo, no se me maree..." Yo, un tanto escurridizo y ellos con ese tono paternal adoptado de "ser el novato y ellos los conocedores de los gajes del oficio". Conciliadores, los dos hombres me pasaban, ambos, el brazo por el hombro mientras Anna Bell arqueaba las cejas. La escena le producía intranquilidad. Ese trato de "Reina, siéntese con nosotros, tómese un trago, ¿qué quiere? ¿qué le provoca? Aquí venimos para servirla y para darle todo lo que usted quiera mi amor". Ese tipo de frases, esa manera de hablar saturada de promesas, esa super atención, esa bondad excesiva y falsa siendo personas recién conocidas. Además, la conversación entre nosotros se desarrollaba a base de sobreentendidos y avanzaba de una forma aparentemente inconexa.

Después de tres botellas, llamé por teléfono a una tienda de licores.

--¿Quieren algo más... maní, cigarrillos, papas fritas?-- invitó desde el balcón la solícita voz carrasposa de Julio García.

Al cabo de un rato vino un muchacho trayendo en una caja lo pedido. Julio García le pagó con varios billetes de cinco mil y le dijo "Quédese con las vueltas". Una propina bastante generosa, por cierto; un detalle muy significativo. ¿De dónde acá tanta bonanza en esta humilde casa?

Al anochecer Anna Bell regresó a la terraza a sentarse con nosotros. Yo estaba embriagado y molesto, pues el dinero, al parecer, era de un tipo al que llamábamos "El Reverendo" en nuestro argot de sobreentendidos.

--Lo que que pasa es que Dodoris tiene miedo-- dijo el Tártaro.

--¿Quién es Doris?-- preguntó Anna Bell sentándose a mi lado.

--Una vieja-- le dije --tú no la conoces.

Le acaricié el pelo.

--Titiene miedo de momontar en avión-- continuó el Tártaro.

--Yo no creo-- dijo García -- esa mujer es de cojones.

--¡Eheeehé! ¿Todavía hay gente que le da miedo montar en avión? No lo puedo creer -- comentó ingenuamente Anna Bell.

--Pues ya ve, así es ... ¡Je, je! -- rió carrasposamente Julio García. ¡Ja ja ja! A Doris le da miedo montar en avión.

--Didice que ese avión se va a caer.

--Siempre ha dicho lo mismo y lo hace --. Resongó Julio García. --¿Usted cree que esos aparatos a los que les han metido tanto billete se van a caer?

--Dodoris lo dice poporque Roberto se cayó.

--¿Se cayó Roberto o se cayó el avión?-- preguntó Anna Bell.

--El avión, por supuesto. ¡Ja ja ja!-- aclaró García.

--¿En el accidente de Barajas?-- preguntó Anna Bell.

--Sí, mi amor-- repuse.

--¿Y allí iba un amigo de ustedes?

--Sí-- dije.

--¡Uy! ¡Horrible!-- exclamó Anna Bell --No me habías contado.

--También tiene miedo por lo de ese man que entrando por París...

--Le tocó quedarse estudiando en Francia.

--Cuatro años duraba la carrera-- cortó Julio García --menos uno por buen comportamiento.

--Ya va a salir.

Anna Bell se puso de pie. Estaba iracunda.

--Primera vez que oigo que una carrera de cuatro años dure tres por buen comportamiento.

Mi fastidio había aumentado.

--Es que hablar aquí con tanta gente, es como tirarse al agua.-- Dije.

¡Vainas del trago! ¡Qué imprudencia, Dios Mío!

CAPITULO II

LAS NOTICIAS

Los días fueron huyendo por el resquicio de la dorada puerta ante las promesas de una próxima transacción. Les vendí algo. En realidad muy poco. El dinero, más que para la manutención de unos días, me sirvió para mantener un nivel de caché en las atenciones y en las relaciones públicas necesarias con otras personas, potencialmente interesadas en la adquisición de los paquetes. Percibía cierta inconsistencia en "mis socios". Ellos esperaban que el negocio se cerrara con la llamada telefónica de "El Reverendo", un ser vaporoso que yo no conocía, una especie de fantasma que un día cualquiera a la hora más inesperada, podría llamarme de Barranquilla o Miami. Los días alargados en la tensa espera de su llamada fueron inundando mi espíritu de un estado de ánimo desasosegado e irascible. Leyendo tranquilamente por la mañana en el balcón o acostado a altas horas de la noche, cuando trepidaba el teléfono en mis oídos, yo saltaba como un tigre de la cama. Anna Bell y el pequeño Mateo no podían ser insensibles a lo que me ocurría; mi comportamiento anormal, mis gestos nerviosos me delataban.

Yo siempre había sido una persona moderada en el fumar. Sólo lo hacía en ocasiones especiales, después de una buena cena, al calor de unos tragos o en momentos de ansiedad. De seguro aumentó en alto grado la ansiedad. Comencé a fumar cigarrillo tras cigarrillo casi durante todo el día, lo que hacía acompañado de algún café, refresco o bebida estimulante. Me veían llegar a casa en taxi, cosa que usualmente no acostumbraba, siempre había preferido andar a pie, además disfrutaba al hacerlo. Era más grato para mí, zambullirme en el mundo callejeril, lentamente, que atravesarlo a velocidades desde la ventanilla de un auto. Me gustaba descender la curva de la loma, cruzar el río por un puente peatonal y deslizarme entre las sombras arboladas de camias hasta una esquina y un café donde prácticamente transcurría mi vida. Pero bajo la tensión del próximo negocio y, a la espera de las famosas llamadas del tal Reverendo, ya no disfrutaba con tales paseos. Deseaba llegar rápido; deseaba ansiosamente llegar rápido a cualquier sitio. Cuando lo hacía, marchaba apresurado poseído por una íntima inquietud como si guardara una bola de fuego corrosivo en el pecho. Como es de suponer con tales nerviosismos, había comenzado a consumir pequeñas raciones diarias de aquella mercancía. Dormía poco, trasnochaba más y poseía un sueño intranquilo. Al final de la noche, despertaba a veces sobresaltado presa de alguna atroz pesadilla donde podía ver perfectamente el rostro caricaturesco de García, secundado por William, el irascible, el Tártaro feroz y descompuesto por la droga, arrebatándome todo lo mío, en una terrible escena de violencia en un sitio extraño y luminoso sobre un chapoteo de agua de algo que podía ser un río o un mar. Luego, los canallas huían en una lancha con motor fuera de borda, por la inundada avenida. De pie, en aquella lancha, a medida que se alejaba, veía a un hombre misterioso que me sonreía con sarcasmo; era un hombre con una capa negra o sotana y con cabellos blancos iridiscentes alrededor de una gran calva o tonsura. ¡Dios mío, El Reverendo! exclamaba, revolviéndome en la cama con el cuerpo lleno de sudor. El hombre de pie, sonriente, sobre la lancha que se alejaba, me decía con su

expresión burlesca: "¡Viste, pendejo, para qué te metiste con nosotros! ¡Tú no sabes de estas vainas!" Se escapaban ante mis ojos y yo sentía la afrenta como un latigazo de impotencia que me hacía retorcer en la cama, y exclamar en voz alta: "No puedo dejarme tumbar, nadie se va a burlar de mí".

Otras veces, en mis sueños, veía a hombres desconocidos de rostros espantosos que llegaban a mi casa y mataban a mi familia por apoderarse de los paquetes; situación extrema pero plausible y no rara en este país de asesinos.

A todas éstas en el mundo nervioso de expectativas y sueños en que vivía, era dificultoso para mí --como ya he dicho-- conservar el secreto. Abrigaba el temor de que ella se enterara al oírme hablar en una de aquellas pesadillas atroces. Por otro lado, viendo que el tiempo pasaba y comenzando a dudar seriamente de la posibilidad de efectuar un negocio con aquellos posibles socios, había comenzado a ofrecer la mercancía a otras personas. Esto implicaba otra serie de extrañas llamadas telefónicas, establecer contactos y conversaciones entre gente de cadenas de oro, en casas con piscinas y en noches optimistas y calculadoras donde refulgían vasos de whisky. Porque en mis relaciones públicas debía mantener un estatus, si me presentaba como un pobretón seguramente no me iban a creer o me iban a pagar menos. "Si vas a hacer un gran negocio --pensaba-- debes proyectar una imagen de alto nivel social." Por eso había que invitar, tomar taxis, comprar ropa y en el mantenimiento de este "bluff", los primeros denarios pronto se esfumaron.

Por aquellos días, fui a uno de los almacenes más caros de la ciudad, en el Centro Comercial del Norte y compré dos pintas: un vestido blanco y un conjunto de algodón que remataba en unos zapatos de dos colores que por sus gruesas suelas a más de uno dejaron impresionado. Era tal el grado de exaltación que aquellos zapatos despertaban en quienes los veían que García un día dijo que allí se podría cultivar hojas de coca y amapolas, mientras que para el Tártaro lucieron más bien como pistas de aterrizaje.

El dinero que había gastado en exceso y en tan corto tiempo, debía poseer un origen desconocido y misterioso para mi mujer. Dinero que debía utilizarse en mercados y en artículos de necesidades apremiantes para el hogar, sin saberse de donde provenía, era dilapidado sin consideración. Había necesidades más urgentes que vestirse extravagantemente, que estar yendo y viniendo en taxi, que atender a dudosas personas con botellas de whisky. El enigma de las llamadas telefónicas, la tensión nerviosa, la trasnochadera y el enflaquecimiento, así como el incremento de consumo de alcohol; todos mis actos últimos debían llegarle impregnados de un halo de sospecha. Ella no comentaba nada al respecto. Seguramente después de la visita de García y el Tártaro, se había dado cuenta y desde ese día guardaba silencio, quizás asustada. Le era difícil asimilar la información; le parecía todo aquello imposible y estaba aterrada. Por las noches, al llegar a casa, espléndidamente rumbático, al encender la luz para acostarme, notaba que ella cuando despertaba hacía un gesto amargo en la cama, arrugando la cara y entrecerrando los ojos y se volteaba contra la pared, dándome la espalda no con la dulzura de miel amorosa de antaño, sino con un mohín de desprecio o con un gesto de carácter más bien repelente. Notaba también sus miradas de recelo al servir la comida en silencio y sabía que ella estaba acumulando una pesada carga de incertidumbres, la cual podía salir a flote y relucir sin contenciones como un torrente de imprecaciones en cualquier momento.

Ante las elementales necesidades de nuestra casa, ya que prácticamente vivíamos en un estado de pobreza, viendo que yo no escatimaba en gastos para representaciones, le prometía esta vida y la otra, pero todo aplazado para la próxima semana, que cada vez se iba postergando hacia la próxima,

hacia un mañana impreciso y eterno difuminado en un horizonte de oro.

Le hablaba con exaltación, apresurado, ante la puerta abierta y acuciante de un taxi o por las mañanas bajo el ruido de trastos lavándose en la cocina, con voz firme: "Tranquila mamita, que estoy pendiente de un negocio de alto turmequé", le decía. "La próxima semana vamos a estar sobrados". Le prometía una y otra vez una vida mejor, viajes, vestidos, la mejor educación para Mateo. Aunque por desventura y, esto solamente yo lo sabía, el negocio en concreto no parecía reventar por ningún lado. Las uvas todavía estaban verdes. Llevaba ya cuatro meses en esta situación y lo único que había logrado era adelgazar tres kilos.

Solía en esos ratos de resaca y nerviosismo, sentarme en la silla de mimbre en el balcón, para leer la prensa y divagar, ya que mi vida se había convertido en una pintura de pajaritos en el aire. Lo primero que buscaba era el horóscopo, que siempre me salía exactamente igual a la situación que estaba viviendo: "Tenga paciencia, muy pronto tendrá una grata recompensa por su trabajo. usted se la merece, pero hay que saber esperar. ¡Cuidado! Alguien de signo Escorpión trata de acercársele para un negocio con no muy buenas intenciones. Una persona muy cercana a usted puede estar quisquillosa. Un niño necesita de su atención. En el amor, un romance lo espera a la vuelta de la esquina. Vístase bien y salga esta noche". Ya que los consejos del horóscopo se identificaban plenamente con mi circunstancia, trataba de seguirlos al pide de la letra. Había llegado a un estado de perpetuo stand-by y me parecía que algo por encima de mí manejaba la situación. No tenía ya por completo el control de ella, necesitaba suerte, saber realmente lo que pasaba y adivinar el futuro. Sobre todo los domingos, después de un desayuno en la terraza con huevos pericos, leía el horóscopo y posteriormente los muñecos; luego, las noticias de progresivas inundaciones que amenazaban cubrir por completo al país, entreveradas de otras noticias no menos horrorosas de espantosas violencias y necrologías. Leía titulares como: "Tomado el Palacio de Justicia por insurgentes; no hay ley, no hay derecho, volado edificio del DAS, no hay archivos ni policía de inteligencia, volado el periódico "El Día", no hay prensa, abaleado el Presidente, abaleado el Papa, abaleados estudiantes, abaleados profesores, abaleados comerciantes. Asesinados jueces, asesinados reos, asesinados directores de periódicos, lo que faltaba, un huracán, cientos de miles de familias sin donde vivir, el promedio es de mil asesinatos políticos por mes".

Eran un mosaico abigarrado. Iban dejando un fatigoso rastro sin rostro que trastornaba a los perseguidores de la historias como una huella sin pie, un espejo sin reflejo, como un mar sin agua. "Masacrada población entera de campesinos en el Magdalena Medio, no se sabe por quién. Emboscada de paramilitares a la guerrilla. Emboscada de ejército a la policía." La noticia absurda, efímera, fugaz y transitoria iba dejando un rastro sembrado de miles y miles y miles de cuerpos sin vida y el país ocupaba ahora otro primer puesto en el mundo. Era campeón mundial, pero en índice de homicidios.

El país avanzaba a ciegas en una telaraña enredada, en un proceloso río revuelto y nadie sabía nada, no había a quién creerle y no existía una responsabilidad, ni una satisfactoria explicación de lo que sucedía, lo cual no parecía importar a la gente, al fin y al cabo estas noticias serían olvidadas al día siguiente para ser reemplazadas por otras. ¡Oh! ¡Las noticias! La noticia. La noticia fugaz y sacralizada y masacrada población en... (Me voy para la casa porque tengo que ver el NOTI de las siete, decía siempre mi vecina.)

Por otro lado, también llovía sobre el cielo. Al borde del año 2.000 grandes catástrofes de fenómenos geofísicos y desórdenes atmosféricos castigaban apocalípticamente al planeta. Parecía que se fuera a acabar el mundo. El volcán Galeras y el volcán del Tolima, despejados por una

impecable nitidez en días de anormales calenturas, parecían felinos asesinos al acecho del momento preciso. El Nevado del Ruiz ya se había hecho notar en un tristísimo espectáculo sepultando con una avalancha de lodo una población entera de veinticinco mil habitantes. En la Unión Soviética el estallido de la planta nuclear de Chernobyl había dejado millares de lisiados. Hubo un espantoso terremoto en Armenia con un saldo de 70.000 muertos. El furioso huracán Joan arrasó Centroamérica y parte de la Costa Atlántica de Colombia ocasionando incalculables daños. "Hay más hambrientos que nunca en el mundo y su número sigue aumentando." "Aumenta la brecha entre ricos y pobres; como vamos hay escasas perspectivas de cambio." "Cada vez hay una mayor degradación de la vida, además, cada vez, una mayor degradación del espacio. El hombre se ha divorciado del medio ambiente, es un extraño en la ciudad y ha aniquilado su habitat." ¿Cómo es posible que exista hambre y miseria absoluta, en uno de los valles más fértiles del mundo como lo es el nuestro? ¿El hombre ha evolucionado o involucionado? ¿Dónde está la ciencia, la técnica, el progreso del hombre para qué ha servido? Me preguntaba todas estas cosas mientras leía la prensa o al ver los noticieros del terror en la televisión. Que "el agotamiento de la capa de ozono, con su famoso 'efecto invernadero' ha comenzado a recalentar la atmósfera, a deshelar los polos trayendo un cambio de nivel de los mares, y tiene otras impredecibles consecuencias; una de ellas, es la posibilidad de sacar a la tierra de su órbita". Que el avance irreversible de la desertificación general, que la desaparición de las especies de la flora y la fauna, que la contaminación ambiental, que la corriente del niño, que las lluvias ácidas...

Enguayabado, mientras sabía de estas noticias, recostado en el balcón en una silla de mimbre o postrado en la cama, alcanzaba a pensar: "Se va a acabar el siglo y el mundo y no pude hacer mi cruce. Nunca pude solucionar mi situación."

Habían comenzado a aparecer extrañas plagas de langostas que lo único que no comían eran piedras, estaban ya sobre Cartago y se dirigían a Tuluá; la gente decía que cuando llegaban a una finca, no se veía la luz del sol y que cuando se iban había desaparecido todo lo que fuera de color verde. Se hablaba de una nube negra de avispas africanizadas de aguijones mortales que se desplazaba sobre el río Cauca hacia Cali.

Recordé que siempre habíamos vivido bajo una amenaza perpetua de destrucción. Recordé predicciones como la del astrólogo alemán Wilhem E. Ritcher quien pronosticó un terremoto para el 5 de enero de 1970 en varias ciudades de Colombia. Exactamente a las 53 horas y 12 minutos de la hora predicha por el astrólogo germano ocurrió un espantoso temblor en Palmira, Buenaventura y otras ciudades del Valle del Cauca. Una periódico alemán había hecho un llamamiento a los alcaldes de los municipios colombianos incluidos en el "área de desastre", indicando que Ritcher en efecto había predicho con anterioridad los terremotos de Tasckent en 1960 y Matsushiro en 1966. La gente en Palmira creyendo que el terremoto iba a ocurrir y que ya se aproximaba el fin del mundo rezaba arrodillada en las calles, levantando los brazos e implorando a Dios misericordia. Otros hacían genuflexiones y, tomando la cabeza en las manos, se inclinaban besando con la frente el suelo. Se rezaban rosarios por el radio y un cura párroco exhortaba y peroraba desde un altoparlante frente al parque donde se hallaban sus fieles desesperadamente reunidos. Días antes, las iglesias estaban atestadas de gente confesándose. En Buga, la Basílica en donde se venera al Señor de los Milagros se vio totalmente colmada de peregrinos procedentes de distintas ciudades del Valle en plan de rogativas. Muchas familias de Palmira se desplazaron hacia otras ciudades y zonas rurales del municipio, dejando en edificios de varios pisos un considerable número de apartamentos vacíos. En el periódico salió detallada la explicación de Ritcher basada en las constelaciones, quien

dijo que estas grandes catástrofes y terremotos sucedían cuando Mercurio se encontraba en el cuadrante frente a Saturno y la constelación de Marte se hallaba en la mitad; esto ocurrió en el terremoto de San Francisco en 1906 y en Turquía en el mismo año, luego en 1917 en la India, cuando sobrevino el terremoto que afectó las mesetas de Pamir, Kalaora, Bengala y otros estados vecinos. En Palmira el 5 de enero de 1970 los planetas se hallaban en las mismas condiciones, no sobrevino el terremoto pero sí varios temblores fuertes en varias partes de las formuladas por el astrólogo. Luego los periódicos y otros medios de comunicación se dedicaron a tranquilizar a la gente. Toda clase de personas desmintieron y opinaron una cosa y otra al respecto. Entre ellos, periodistas, espiritistas, curas, astrónomos, astrólogos y hasta se llamó al hermano Benito María quien manejaba el sismógrafo de la comunidad Marista para que desmintiera las predicciones.

Me acordaba muy bien de estos sucesos, pues siendo impactado desde pequeño por la explosión del 7 de agosto de 1954, donde estallaron cinco camiones cargados de dinamita muy cerca de mi casa, e impresionado siempre por este tipo de noticias, se había ido formando en mí una especie de aflicción al recordar este tipo de insucesos. Al crecer me pareció que vivía en un perenne y normalizado estado de zozobra, en un clima nefasto y peligroso al borde de algún cataclismo. Mis padres en cualquier momento salían apresurados de la casa a cuchichear con los vecinos, decían en tono misterioso, bajo y alarmante, frases como: "La situación del país está supremamente delicada... ¡Estamos al borde del caos y la destrucción...! ¡A este país se lo llevó el diablo!"

CAPITULO III

EL AGUA

El Reverendo era el hombre. ¡El Salvador! Por lo menos de mi situación. Al país podría llevárselo el diablo. Yo ni siquiera estaba pudiendo con mi vida, mucho menos podría hacer de salvador. El problema es que este redentor mío, esperanza de mi felicidad con la hermosa Anna Bell y el pequeño Mateo, se estaba convirtiendo en una noticia al desgaire, una salida de paso de Julio García y el Tártaro, cuando me los encontraba más de casualidad que deliberadamente, en su Renault rojo acompañados de unas mujeres pintorreteadas, de minifalda y muslos como ceibas forradas en lycra brillante. Entonces me decían: "Tranquilo Viejo Félix que ya casi.
En la próxima semana viene El Reverendo, nosotros te llamamos". Y arrancaban para su rumba con sus ceibas forradas en lycra, mientras yo me quedaba en alguna esquina de algún semáforo con aquella noticia amarga en la boca que luego tendría que repetir al llegar a la casa, cuando mi mujer preguntaba: "¿Bueno y hoy sí conseguiste dinero? ¿Te salió un negocio? ¿Conseguiste trabajo?" Entonces yo le contestaba: "Ya casi, la próxima semana".

A todas éstas, el nivel de agua continuaba subiendo en los extramuros de diferentes regiones. Muchos arroyuelos y ríos comenzaron a desbocarse ocasionando pérdidas innumerables. En Cartagena de Indias se sufría a causa de una de las peores arremetidas del mar contra la Ciudad Heroica. La prensa local decía: "Es el peor comportamiento del Atlántico en la historia de la ciudad"... "Lo cierto es que según los más recientes informes del Himat, a partir de las últimas 48 horas el nivel de las aguas ha descendido en más de 20 centímetros, con tendencia a continuar bajando, salvo un nuevo fenómeno, impredecible desde todo punto de vista"..."La furia del mar acabó con la playa, sumergió los espolones y depositó toneladas de piedra en alguna vías de tránsito vehicular". Un subtítulo decía:

"Suspenden actos de Pre-reinado

Toda esta tragedia sobreviene a Cartagena y sus gentes a sólo quince días de la llegada a la ciudad de las reinas de belleza. Por eso el alcalde Rubio Salgado ha suspendido por ahora en forma total, los actos de la prefiesta, es decir, el funcionamiento de casetas de barrios y presentaciones de las reinas populares. Esto en lo que respecta a la prefiesta --dijo el alcalde-- porque en lo que respecta a la Fiesta propiamente, al Festival, al festivalito, al Carnaval y a los carnavalitos, todavía no se ha dicho la última palabra, ya que no podemos adivinar el futuro."

"El sector de La Boquilla ha sido el peor afectado, debido a la incomunicación en que ha quedado, lo cual hace demasiado dificultoso el reparto de auxilios. En ese poblado de pescadores, los damnificados ascienden al total de sus 11 mil habitantes."

En Carmen de Bolívar la situación de emergencia adquirió ribetes aún más trágicos. Debido también a dificultades de transporte para llegar hasta sus afectados, más de 700 familias comenzaron a morirse prácticamente de hambre. Al conocimiento del hecho, comenzaron a saberse

de casos similares en otras partes del país. La noticia causó escándalo en el mundo.

Un titular del diario El País, decía: "En el Valle, el Peor Invierno de los Ultimos Veinte Años". Refiriéndose al incalculable desastre ocasionado por el desbordamiento del río Cauca al irrumpir sobre veinte mil hectáreas. Crudas imágenes de los medios de comunicación mostraban a cientos de familias en canoas sacando lo poco o "lo nada" que poseían de los restos de sus casa sepultadas por las aguas. De una de las más prestantes haciendas del valle sólo sobresalía del nivel acuoso, un vértice del tejado, en el que giraba desmandada una veleta metálica en forma de gallo. De la hacienda del alcalde sólo quedaba una vieja canoa y el techo de un bebedero. El resto eran apacibles aguas grises, uno que otro verde arbusto flotando a la deriva.

Este era el aspecto que ofrecían las miles de hectáreas inundadas, de lo que antes eran florecientes cultivos de maíz, sorgo, ajonjolí, soya y girasoles. Aguas sucias, lisas y estancadas suavemente cercenadas por la brisa, la copa de uno que otro árbol, de vez en cuando un filoso triángulo de tejado a dos aguas. Se veían en planchones y canoas a paupérrimas familias navegando; algunas personas con machetes a la vista para defender sus pertenencias de los asaltantes.

Vi también la foto del año publicada a todas luces. Consistía en una perspectiva de avenida importante en el barrio San Judas de la ciudad. En la vista no se registraba ninguna casa o edificio, sólo árboles y cables de la luz. Lo que debería ser la calle transitable era una suerte de río o piscina por donde se desplazaban dificultosamente algunas personas. Lo interesante era ver como en esta vía urbana de árboles y cables de la luz que se perdía en perspectiva hasta el horizonte, flotaban punticos de cabecitas de mortales.

Por suerte, los sitios del norte y las lomas por donde yo transitaba, no se hallaban todavía en tan tristes circunstancias. En algunas partes el agua cobijaba las calles como cubrelechos líquidos y todavía se podía caminar por los andenes mojándose escasamente las suelas de los zapatos. Por lo demás, una rumba pesada continuaba por toda la ciudad. En las montañas cercanas se escuchaban los tiroteos de los insurrectos, y camiones del ejército regresaban por las tardes cargados de heridos, muertos y prisioneros. El sicariato y la guerra entre carteles avanzaba en sus desmanes colocando bombas aquí o allá y los asesinos a sueldo motorizados volaban por las aceras peatonales. Yo no esperaba sino que llegara mi cuarto de hora para hacer mi negocio y largarme de la ciudad, aunque sabía que en cualquier parte del país era más o menos lo mismo: La misma corrupción, el mismo clima de violencia, las mismas inundaciones...

Mientras, había ido diezmando el material negociable y me vi obligado a suspender los gastos y la rumba a costa de él, pues sin haber aún logrado un aceptable resultado, me había ido convirtiendo poco a poco en un expendedor de esquina. Un vendedor de a puchitos, un jíbaro, por eso en mis salidas me vi obligado a pedirle dinero a Anna Bell. De ninguna manera debía volver a recurrir a los aparatos para solucionar los problemas de dinero diarios. Debía cambiar aquella imagen; ya era vox populi que yo tenía... Personas que incluso no conocía me visitaban a altas horas de la noche o me silbaban o llamaban por mi nombre desde la calle. Gente repugnante, exaltada, inescrupulosa. Me vi obligado por eso a decirle a todo el mundo que aquello se había acabado.

CAPITULO IV

UNA MAÑANA

Al despertar no sabía donde estaba ni que había hecho la noche anterior. Sentía unas tenazas hirvientes aprisionando mis sienes. Con una pesada y dolorosa ojeada, reconocí la persiana de madera y el quinqué en la mesa de noche. "Al menos amanecí en mi cuarto", me dije y dejé caer como una piedra la cabeza en la almohada.

Me sentía pesado, lerdo. Peor que el dolor físico del cuerpo hecho polvo por una noche desmesurada, era la angustia culposa cobrando fuerza como un ente independiente e incontrolable al presentir la gravedad de lo que podía haber ocurrido. Podría haber propiciado algún espectáculo desastroso, denigrante, podría haber agredido a alguien, podría haber reñido injustamente con Anna Bell. Me había enlagunado y no era ésta la primera vez que ocurría. Sentí la boca reseca y recordé que hacía mucho tiempo que ella había dejado de llevarme eventualmente un vaso de leche, un Alka Seltzer o un jugo a la cama. Intenté dormir pero me despertó volver a pensar que seguramente le hubiera hecho daño a Anna Bell, que hubiera cometido algún acto de violencia física o verbal contra ella. O, a lo mejor, lo que debía suponer una mente positiva y una conciencia tranquila: no había pasado nada, no había nada de que arrepentirse. Pero esto tampoco lo consideraba probable.

Enlagunarse, no recordar, era como si el agua asoladora, de innumerables velos, el agua verdugo de fincas y cultivos, hubiera querido teñir de niebla, malbaratar mi memoria. El agua desbordada y aventurera.

Encogido en la cama, escuché los pasos seguros y firmes subiendo las escaleras. Herido por el ruido de las puertas al abrirse, las llaves girando, estremecido oí dos voces agitadas. Eran mi mujer y una vecina. Las escuché desde el cuarto conversando en la sala: "Verdad que es algo muy extraño", decía la amiga. "Un ladrón común y corriente se hubiera llevado otras cosas", dijo Anna Bell y luego repitió con una voz completamente alarmada: "¿Por qué? ¿Por qué? ¡Dios mío!", suplicante, casi llorando. Me agité incómodo entre las cobijas. Al mover con brusquedad la cabeza me atacó otra punzada. Intenté acomodarme girando todo el cuerpo hacia la pared pero ya estaba muy nervioso, jadeaba, mi respiración comenzó a hacerse entrecortada.

Mi mujer se hallaba en un estado de shock, la voz le temblaba y se quebraba en llanto. Me pareció que todavía ella no podía asegurar que yo había sido el culpable, y que aunque lo sospechara en lo más profundo, no era capaz todavía de decírmelo en la cara. Ya me habían visto por la puerta entreabierta; el bulto canalla reposando en la cama. Era como si desde la sala me lo estuvieran reprochando de manera indirecta; "Un ladrón se hubiera llevado otras cosas... ¿Por qué? ¿Por qué... por qué a mí?!! Era como si me estuviera diciendo "¿Por qué me hizo usted eso a mí, que soy su mujer, por qué no se lo hizo a otra?"

La culpa me tenía acorralado en su rincón más vergonzoso. Monstruosa, la noche de caballos salvajes había molido, destrozado mis nervios. ¿Cómo enfrentar la luz matinal, fresca y despejada?

Me incorporé sentándome en mi cama, sentía como si me hubieran dado una paliza por todo el

cuerpo. Me había acostado vestido, Me desnudé y metí las prendas en la cesta de la ropa sucia cuidándome de taparlas con otras prendas blancas, olorosas a orines de niño. Sentí mareo al levantarme y dolor de latas retorcidas cortándome pedazos de cerebro; los músculos llenos de agujetas. Casi no podía estar en pie; me di cuenta de que todo mi cuerpo me temblaba. En el baño me pareció que me recibía un espejo de feria que deseaba jugarme una broma de mal gusto. Yo debía ser esa cosa que se encontraba en el espejo: las ojeras neorrealistas de actor patético, los ojos brotados e inyectados de sangre, la boca resquebrajada por la resaca y como un tapete verdeamarillo la lengua. En conjunto, la cara envejecida y ajada, parecía un papel arrugado tirado al suelo.

Antes de vestirme y enfrentar a las mujeres, me di una ducha para espantar los fantasmas. Sentía una vez más el inefable remedio del agua fría rodando por el cuerpo. El agua operaba como un látigo castigando, limpiando el pasado de impurezas, de temores, de culpas y me proporcionaba asiento en la realidad, borrón y cuenta nueva, disponiéndome para comenzar el nuevo día.

Me vestí con ropa recién lavada y planchada, zapatos de caucho blancos, una holgada y clara camisa de algodón, pantalón azul marino de dril.

Salí a la sala con paso resuelto y saludé con voz cavernosa.

--¡Hola!

--¿Ya sabes lo que ha pasado?

--Sí, escuché muy bien desde el cuarto.

--¿Y qué piensas?-- preguntó Anna Bell.

--Pues... ¿Qué puedo pensar? Qué puedo pensar...-- repetí pensando en voz alta. Y dejé caer al abismo la mano con que me rascaba la nuca.

--Primero que todo hay que tranquilizarse. No hay que dramatizar tanto. Uno nunca sabe cuando le puede pasar una cosa de éstas. En cualquier parte, en cualquier momento, puede ocurrir una cosa así. Vivimos en un país de ladrones. Es algo implacable, que casi no se puede controlar ni predecir, algo que está por encima-- repliqué con un tono de apacible razonamiento, luego levanté las manos abiertas tratando de dar a mis palabras un aire de mayor convicción. "Vivimos en un país de ladrones y estamos a merced de ellos." En realidad era como si siguiera pensando en voz alta y tratara de convencerme a mí mismo.

Terminé tratando de ver en ellas la reacción de mis palabras. Las dos mujeres permanecían impasibles, esfinges de piedra inamovibles, enclavadas, sembradas en el suelo sin eco ni voz.

--Es algo que está por encima de nosotros-- repetí. La vecina empezó a desencajar la mandíbula y a entreabrir levemente la boca como si no pudiera creer lo que estaba pasando. Anna Bell apartó primero su incisiva mirada de mi rostro, luego giró la cara molesta y decaída hacia otro lado como si quisiera borrarme del mundo, del eje de su vista, de su existencia. Por último, terminó por golpear nerviosa con un dedo, tic tic tic encima del espaldar de un asiento.

--Yo sé que vivimos en un país de crápulas-- comenzó Anna
Bell en voz baja. Todavía con la mirada desviada. --...Pero ¿quién diablos fue el que me robó la plata y la grabadora?

Ahora sí me miraba de frente, inquisidora.

--Tantas cosas que me faltan-- dijo-- y me parece que voy a ir descubriendo cada vez más.

Di unos pasos acercándome a la mesa y levanté de allí un paquete de cigarrillos.

--Pues quién va a saber que fue lo que pasó-- dije sin pensarlo, descuidadamente. --Con tanta gente que entra y sale--. Llevé un cigarrillo a la boca.

--Tanta gente que entra aquí-es-mucha-gente-- dijo Anna Bell.

Prendí el cigarrillo y la miré desde las primeras volutas de humo.

--Tanta gente que entra aquí es mucha gente-- repitió -- son solamente sus amigachos-- dijo ella-- porque mis amigos son decentes, no hacen esas cosas. Además yo no tengo amigas y si me queda alguna, ya no viene a esta casa.

Tomó también un cigarrillo y lo prendió con rapidez nerviosa, tratando de controlarse.

Una luz develadora se colaba como viento por la ventana de la sala. Venía desde la ciudad de balcones y azoteas iluminadas. Una luz desde la ciudad de ropas y colorines colgados, como banderas festivas secándose sobre la colina llena de casas incrustadas. Un aire impecablemente claro llegaba de la parte más baja de la ciudad. En el puerto que todavía no había visto, un barco llamado Ciudad de Cartagena anclado en un aire de óxido y moho salobre. Todo ese aire y esa luz colándose por la ventana entreabierta, filtrándose en el vidrio, pegándose en la boca, impregnándose en la ropa, en las paredes del cuarto, acariciando el paisaje de un cuadro; en la pared blanca, sobre la mesa, platos, migas de pan y periódicos, un libro de Melville, siendo absorbidos por las plantas, cayendo sobre el rostro liso y anónimo de la vecina y la cara apretada de Anna Bell.

- Es cierto -murmuré- Es cierto.

De pie frente a Anna Bell y la vecina, recordé cuando otras dos mujeres en una situación exactamente igual al levantarme un día me habían contado lo que había hecho la noche anterior y a partir de ese momento se había ido minando el beneficio de la credibilidad.

Luego había comenzado una nueva vida cuando conocí a Anna Bell, habíamos tenido un niño y ahora... otra vez. La misma caída.

"¡Que desastre ha sido mi vida!", pensé.

- ¡Qué mierda! -dije.

- ¿Qué mierda qué? - Preguntó Anna Bell.

Una vez que uno está conectado a una cuerda de alto voltaje, no hay quien lo despegue. Cediendo a la tentación de una copa, no quedaba satisfecho hasta no desenvasar la última eufórica gota del frasco. El segundo frasco era borrachera y el tercero tragedia. De todas formas se soltaba una cadena interminable de ansiedades. Lo "uno" traía lo "otro", y había que llegar hasta las últimas e inenarrables consecuencias de la noche. De esta postración se dice: "El paciente entra y sale de la zona del crimen como por su propia casa". Esto era cierto. Al otro día amanecía "enlagunado", buscando el horizontal olvido del agua, pues tanto horror era insoportable. Había que apagar con una laguna el incendio del alma. Un día de infernal resaca acudía acompañado de un doloroso acto de contrición perfecta, seguido de otro también de nervios destemplados, reposo y limpieza con los mejores propósitos, para en un tercer día posterior a la tormenta volver a caer en pecado. Eran éstas las matemáticas piramidales de mis "fiestas" que culminaban en la tragedia y el olvido; era éste mi ciclo indefectible. Los caballos salvajes de la rumba habían ganado la batalla.

En ese momento, en mitad de la sala, con las dos mujeres al frente como si estuvieran apuntándome con una arma, pensé que había estado sometido a un trance hipnótico, a una especie de pesadilla que ahora tenía que afrontar y lo único que importaba era salir del apuro. De nada valía aceptarse culpable, mostrar arrepentimiento y hacer pública mi vergüenza absoluta, mi humillación. Lo único que ganaría era el rompimiento inmediato con Anna Bell, quien probablemente me echaría de casa, y no tenía a donde ir. Lo que más temía era que eso ocurriera otras vez. Había que negar, negar, negar. De lo contrario estaba perdido. Por eso dije saliendo del apuro, casi sin pensar.

- Es cierto, pudo haber sido alguno de ellos.

Es decir, involucré a mis amigos en el asunto, los tiré al agua, los puse en la lista negra.

- A ver... Hablemos - dijo Anna Bell con decisión, corriendo un asiento del comedor, sentándose, con el codo encima de la mesa y llevando el cigarrillo a la boca. Luego con un movimiento brusco sacudió la ceniza en el cenicero. -¿Quiénes estuvieron este fin de semana aquí?

Los ojos le brillaban con intensidad.

La vecina, tomando conciencia de su presencia en la escena, ocultaba una expresión de curiosidad placentera bajando la cabeza y apretando un tanto las cejas. Como un animal delicado o discreto, se deslizó hasta la puerta desde donde dijo: "Adiós".

- Adiós Margarita -contestó Anna Bell en voz alta, sin pararse-. Gracias por acompañarme. Más tarde bajo y nos tomamos un tinto.

La puerta se cerró y me pareció que quedamos suspendidos en la pausa como si los dos rostros frente a frente flotaran por encima de la mesa.

- A ver, ¿quien fue que vino este fin de semana? -Preguntó retadora Anna Bell. Y luego, armándose de paciencia, dijo: Bueno, le voy a decir lo que yo hice. Y después usted me dice lo que ha hecho a ver si es capaz.

Este fin de semana fui a pasarlo a casa de mis padres. Allí dejé al niño. Eso es todo. Esta mañana después de hacer unas vueltas en el centro, regresé antes del medio día y lo encontré a usted sucio y vestido durmiendo profundamente, como si acabara de acostarse después de un fin de semana de rumba. Busqué en el closet en una cartera vieja donde guardaba un dinero y no lo encontré. Después me di cuenta de que también me faltaba la grabadora. Con los últimos trescientos pesos que me quedaban fui a la tienda a comprarme unos cigarrillos. En el corredor me encontré con Margarita, ella me acompañó a la tienda y regresó conmigo.

- Pues vino... - (Ella debió haber visto alguna cara que hice mientras sacaba unos nombres apresurados de la lista de conocidos). - Vinieron... el poeta Aristizábal, Antonio Castaño y el Richard.

- Bueno -dijo Anna Bell-, el profesor Aristizábal es un intelectual respetable, vive de unas clases de la universidad, no creo que le convenga ni se ponga a hacer estas cosas. A ver... Toño creo que también es buena gente. Es muy inocente. Y el Richard no necesita hacerlo porque maneja mucho dinero. Entonces...

Entonces es como si estuviera diciendo que el único sospechoso era yo. Por eso la rebatí de inmediato. La voz atiplada.

- Eso no se sabe... No se puede asegurar de una manera tan fácil. Por ejemplo, el Richard es un tipo muy vicioso, nunca se sabe hasta donde pueda llegar ni qué cosas sea capaz de hacer. Es una persona completamente descontrolada... Tú sabes que el vicio... - ¡Ja!... Eso me pasa a mí por meterme con viciosos - dijo Anna Bell - porque usted tampoco hable mucho, mijito.

- Pero mi amor, yo no soy...

- Bueno, a mí no me interesa saber quién es el que más "mete". - Tú no lo conoces.

- Ni me interesa. Lo que me interesa es saber donde están el billete y la grabadora, si es que no faltan otras cosas... según parece.

Se levantó, se paseó por la sala-comedor mirando, inspeccionando si cada cosa estaba en su sitio y repitiendo "según parece". Y a esa hora el aire estaba caliente, seco, sin movimiento, en un cielo azul cristalino con difuminadas nubes lechosas sobre partes bajas de la ciudad, recortada -como un oasis de palmeras y balcones- contra un gris verdoso mar "que todavía no había visto". Un olor a cilantro y condimentos de almuerzo criollo se mezclaba con un pedazo de canción de amor en la voz de una mujer, quizá una sirvienta; "aunque me cueste la vida", se prolongaba y ascendía lenta,

entonada, "sigo pensando en tu amor..." Anna Bell se detuvo cerca a la ventana y su cara fina, segura, y su piel blanca resaltaron y su pelo se vio más rubio, aclarado por la luz transparente de ese medio día de junio. Seguramente comprobaba que el apartamento permanecía en perfecto orden, lo cual le hacía suponer que si ellos hubieran estado allí se hallaría fácilmente la evidencia del desorden: las colillas, el olor característico. Pensando en esto, le dije que sólo habían estado un momento.

- De todas maneras yo voy a averiguar -dije-. Eso no se queda así. Anna Bell se había sentado. Volvió a pararse y a pasearse por la sala-comedor, fumando preocupada, sin mirarme, vuelta hacia adentro en sus pensamientos e inquietudes; clarificada aun más por la luz perpetua del medio día alrededor de su cuerpo. Me quedé viendo cómo ella iba y venía, cómo se había distanciado, cómo la comunicación y la comprensión que antes habían existido entre los dos había podido llegar a ese territorio de sombras.

Sentí un terror primordial y un presagio, un atisbo de algo terrible y me acerqué, tratando de atraerla hacia mi lado, hacia el lado de la luz que yo era incapaz de producir incluso por los caminos del afecto. Apelé a palabras como "madrecita" para conmoverla: "Tranquilízate madrecita. No hay que dramatizar tanto. Esto yo lo arreglo, yo lo averiguo". En un momento en que ella se detuvo e inclinó la cabeza creí ver entrega, pesadumbre, debilidad y, como estaba tan cerca, levanté la mano hasta rozarle con dedos inseguros un hombro al tiempo que decía poniendo una reiterada confianza en la voz: "Después compramos una grabadora mejor que esa, mamacita". Pero Anna Bell brincó sobresaltada y me gritó furiosa:

- ¡No se me acerque, ni me toque!!!

Temblaba y los ojos le brillaban intensamente.

CAPITULO V

EL MAR DEL OLVIDO

Me sentía cansado. Deseaba volverme a acostar. Pero antes, bajé a la tienda y me tomé unas cervezas para tranquilizarme. Estando allí ocurrió algo muy importante: Al ver pasar el uniforme verde y el chaleco rojo de un policía en moto vi con mayor claridad lo que había pasado la noche anterior. No recordé completamente lo sucedido pero sí algunas situaciones esclarecedoras.

Bebiendo la cerveza en la tienda de Don Marcial, un personaje de manos espatuladas y de aspecto distraído, la memoria blanca de la noche anterior fue surgiendo como el ancla que se levanta en la espumada, sostenida por la pesada cadena a los giros del cabrestante.

Recordé un bar nostálgico de la vieja nueva ola donde ponían música de los años sesenta. Estábamos con el poeta Aristizábal, una muchacha punk y otra mujer alta, de angulosa cara larga que parecía sacada de una película de Almodóvar. De allí fuimos a la taberna de los estudiantes de Ciencias del Mar donde ponían videos de Cousteau con música salsa y diapositivas marinas. Estaba repleto y no pudimos ubicarnos.

Aristizábal conducía un furgón. Ibamos los cuatro en la cabina y por eso nos detuvo la policía. Recordé la felicidad de los cuatro, haciendo bromas antes de ver los dos policías que venían en moto detrás de nosotros. Tuvimos que parar, nos requisaron, nos pidieron papeles del carro y documentos de identidad. Nos hicieron sacar todo lo que teníamos en los bolsillos. La chica punk tenía una bolsita plástica con cocaína. Por eso se ensañaron. La otra muchacha, la Almodóvar, se puso nerviosísima y Aristizábal trató de recurrir a su puesto de profesor en la universidad, mostrando papeles, pero naturalmente a lo policías no les interesaba nada de eso, lo que querían era dinero. Había que buscar la manera subrepticia de deslizarles unos cuantos pesos. Tranzar. Pero para poder hacerlo primero había que ponerse de acuerdo y en eso residía todo el arte. Ellos tratarían de complicar las cosas, hacer el teatro de los policías incorruptibles, simular habernos sorprendido en una falta de gravísimas consecuencias, todo eso para conseguir más dinero, era una sucia negociación. Para eso agravaron el drama; nos llevaron a la comisaría. Andábamos en auto y teníamos aspecto de ricos. Tuvieron que ver el largo y hermoso rostro picassiano de la Almodóvar llorando para conmoverse, ver como un cordaje enmarañado acentuarse los zurcos de angustia en nuestras caras, escuchar nuestras súplicas denigrantes para volvernos a sacar de aquel antro de motociclistas, uniformes y rejas, de extraña gente dudosa en trance de otras sospechosas negociaciones y llevarnos a un lugar no se sabe si más terrible aún, una calle escondida, oscura, perpendicular a una avenida importante, revestida de peligro, con las luces violetas de un bar en una esquina. "Aquí pueden matarnos", dijo la Almodóvar fumando desesperada y con la voz temblorosa. "Estos tipos son capases de cualquier cosa", le dije. "Hay que negociar rápido para salir de esta situación". Los canallas querían cincuenta mil pesos. Ya habíamos rumbeado y nos habíamos gastado la plata; rebuscando entre todos sólo nos quedaban tres mil pesos. Los policías no quisieron aceptar esa cantidad. Quizá si anduviéramos a pie hubiera sido más fácil. "Si uno sale

con droga a la calle debe tener el respaldo para justificarla", -decía el policía. "O si no, no meta droga, no ande con eso". Me molestó el detalle de la chica punk que parecía tan recorrida, andar con esa vaina en el bolsillo. Nosotros ni siquiera sabíamos que ella tenía. Cuando nos bajamos del auto, pensamos que era una requisa de rigor y que no iba a pasar nada, fue una sorpresa para todos. Me sorprendió su ingenuidad para andar tan campante en una zona caliente, debía haberla escondido en una parte donde no la encontraran en una requisa superficial. Pero más indignante era la desventaja ante aquellos atarbanes vestidos de autoridad que deseaban explotarnos. La impotencia; haber caído en las garras de aquellos bribones que nos estaban humillando y ante los cuales solo podíamos doblegarnos. Me acordé que en la casa, Anna Bell había dejado quince mil pesos y tuve que ofrecerlos en un momento desesperado como única vía para solucionar el impase. Ellos aceptaron y uno subió con nosotros en el auto. El otro que era un morocho muy joven, ante la perspectiva del botín, iba detrás en moto silbando y cantando. Se convirtió en el personaje más feliz y amistoso del mundo. Cuando llegamos a la casa en la loma, nos regaló una ocarina que además de instrumento de música servía de matachicharras y nos devolvió la bolsita plástica con la cocaína.

Su presencia en nuestra casa era como un insulto, y su tono amistoso, un castigo. Anna Bell y el niño no estaban. El otro policía se enamoró de la grabadora que estaba encima de la mesa y no hubo fuerza humana que se la quitara. Cuando todos se fueron, me quedé dormido vestido.

Era esto lo que había sucedido la noche anterior y lo que yo había olvidado por completo.

Apresurado, de inmediato me dirigí al apartamento a contarle a Anabella. Quien sabe para donde se había ido. Fui a la cocina. Encontré en la nevera una jarra con "champús", un refresco local preparado con jugo de lulo, maíz, panela, hojas de naranjo, clavos y canela. Serví medio vaso y me recosté cavilando acerca de lo sucedido. Más tarde, mortificado por la sed, vacié el resto de la jarra. Al poco rato se apoderó de mi una mezcla de leve acidez y gran cansancio. Los estragos de las noches anteriores cobraban su deuda; una caravana de rostros y voces se entretejían de manera disparatada. No recuerdo qué soñé, ni sé cuanto tiempo dormí. Al despertar había luz en la ventana; una luz rara se desparramaba unida a una exhalación a pescado. Tomé una ducha. Luego fui a la cocina, creí que Anabella estaba preparando algo. Al salir de allí sentí que abría la puerta de la calle y entraba con el niño. Tuvimos una discusión en el hall, no le pude contar mi versión de lo sucedido, ni siquiera me dejó hablar. Estaba fuera de sí.

Anabella parecía otra persona: detenida frente a la puerta, con el pelo antes rubio, ahora negro azabache, con la blanquísima piel de antes ahora bronceada, aquella sorprendente mujer morena descargó un definitivo torrente de palabras nunca antes expresadas por los tiernos labios que yo conocía.

- Usted me engañó -dijo con voz de bajo-. Sacó provecho de mí, abusó. ¡Maldito!

- Pero...

- No me venga con cuentos porque no le creo ni-una-sola- palabra... Hace cuanto tiempo que estoy esperando su cochino negocio con esos asquerosos. ¿Usted cree que yo soy boba o qué? Cómo habrá pasado el tiempo que ni siquiera se ha dado cuenta de que he cambiado. ¡De qué vale que vaya al salón de belleza, que me ponga una ropa u otra, que trate de arreglarme, de qué me sirve si yo no existo! ¿Cómo he podido vivir con un extraño, con una persona tan ensimismada? Ya no puedo esperar un segundo más. Me aburrí. Esto se acabó.

- Pero si apenas acabo de ver tu nuevo "look". Te queda muy...

- ¡Vea, mijito, no sea tan descarado! Usted no me vuelva a hablar. ¡Retírese! ¡Váyase inmediatamente DE MI CASA!!

Así lo hice. Pero pensé que quizá pudiéramos hablar en un momento más tranquilo, cuando le bajara la furia. Quizá mi descuido hacia ella era cierto. Debería en lo sucesivo ponerle más atención. Debería no dejarme angustiar por la espera, ni rumbear tanto. Transformar mi vida por completo.

Me hallaba nervioso, confuso. La relación con Anna Bell había llegado a un punto de extrema tensión. De cualquier forma era mejor tratar de estar más tiempo conmigo mismo. Esperar que el agua revuelta se aclarara. Era mejor salir, dar una larga vuelta por las calles.

Me coloqué las "Ray-Ban" para el sol y en el corredor percibí nuevamente un olor que ya no era de pescado, un olor pesado e inconfundible de aire marino. Si me hubiera asomado por la ventana lo hubiera visto, lo hubiera visto y le hubiera comentado a Anabella y todo el misterio allí mismo se hubiera descifrado. Pero fue al salir sin despedirme, tras cerrar la puerta cuando lo vi. Vi primero, sólo una porción verdosa de agua en un espacio libre, entre pared y veraneras. Luego, al comenzar a descender la colina, lo pude observar en toda su amplitud. Un mar inconmensurable había invadido la ciudad y todo el valle.

Aquello no podía ser cierto, debía ser una alucinación. Bajé unos cuantos escalones por las gradas de piedra, sacudí la cabeza, me quité las gafas oscuras y el mar seguía ahí, impasible, inmutable. Esto no podía ser cierto, debería estar soñando. Me pellizqué, me dolió, y ahí seguía el mar patético, inmodificable, verdeazul. Miré hacia atrás por un instante pensando en Anna Bell. Allá estaba la casita azul con su balcón, la baranda alegre entre las veraneras.

Imaginé detrás de la puerta esos ojos abiertos que no querían verme y que yo no debería ver. Había salido a la calle dejando una mujer temblorosa, odiándome. De manera irrevocable el misterio tendría que resolverlo con alguien de la calle. Volví a mirar hacia la ciudad donde estaba el mar como un gigantesco animal prehistórico dormido; aquella sabia horizontalidad acuática, resollando; sobre sus lomos de leves rizos y pliegues movibles se desprendían tenues rayos luminosos.

Desesperado, corrí hacia el agua abandonando las gradas y haciendo travesía por el pasto. En mi nerviosismo tropecé, caí al suelo de bruces, la hierba picante y filuda sobre la cara. Me levanté y continué caminando con lentitud, aunque con la respiración entrecortada. La superficie como un manto de agua sucia se extendía hasta el fondo más profundo del valle. Una bruma cerúlea cubría la línea del horizonte.

El agua, era agua de mar en efecto, salada. Caminé bordeando la ribera. Estaba en mi viejo barrio. Las mismas casas de puertas altas (tan altas que un hombre en otra época podría entrar a caballo por ellas). Veía los mismos zócalos color sangre y vino tinto, los vidrios esmerilados de colores en las ventanas de madera. Permanecíanselladas como lápidas. Un silencio, una desolación dolorosa de domingo se plegaba en el aire. Sólo se escuchaba en sutiles empujes el ruido vaporoso del agua. Parecía que toda la gente de la ciudad se hubiera metido a un estadio a ver fútbol o se hubiera ido de paseo a los ríos. Continué caminando, buscando a alguien con quien hablar, en la asombrosa ciudad, anormalmente desolada.

"Debe ser que estoy delirando", pensé. Sí, esa palabra con la que tanto he bromeado, ahora se me presentaba en toda su verdad, con toda su carga dramática: "Delirium Tremens". Aunque según tengo entendido son bichos, animalitos monstruosos que invaden el cuarto, las paredes, las sábanas y se le van subiendo a uno por todo el cuerpo. Nunca he sabido que en un Delirium Tremens el mar le inunde a uno su ciudad natal.

Los ojos de la hermosa Anna Bell no podían contestar mis preguntas. Parecían reflejarse por

todas partes. Me daban ganas de salir corriendo y comentarle lo que había pasado, pero ella seguramente pensaría que me había vuelto loco del todo, o que era otro de mis embustes para disfrazar la situación.

¿Cómo podía haber ocurrido esto? ¿Sería que había dado un salto cualitativo en el tiempo? ¿Sería que había logrado el deseo inconsciente de la ciudad de poseer un mar? Sus habitantes siempre lo habían dicho y deseado: "A esta ciudad lo único que le falta es el mar". A lo mejor esto no es más que un sueño, después me voy a despertar y ¡zás!, por arte de magia se acabará esta alucinación. Debería haberme quedado en casa, haciéndome el dormido en el cuarto.

Mientras caminaba hipnotizado por un paisaje novedoso y extraordinario de ciudad entre porciones de agua, canales, puentes, malecones, casas incrustadas en las lomas, serpenteantes avenidas en las montañas sembradas de palmeras, en algún rescoldo de mi mente bullía el pasado, mi vida pasada huía, se escapaba por los intersticios de la memoria desangrándola. El "shock" era demasiado fuerte. Ausente por un rato anduve por aquellos nuevos parajes. No sabía yo quien era, deseaba el sueño, el olvido.

Haciendo un alto en el camino, en ese mismo estado de aletargamiento, contemplé desde un arrecife el sector de la oficina de correos. Al lado, estaría aquella serie de cafés tediosos donde zumbaban las moscas y se respiraba un aire de ocio marino. Aquella serie de cafés a donde yo solía asistir. ¡Mis predios! Al parecer todavía existían con algunas modificaciones. Las tres tristes calles empolvadas donde habían transcurrido prácticamente mis últimos veinte años; aquellas tres calles sembradas de camias, tazas de tinto y voces amigas. Allí me aguardaría gente heterogénea. Era el único sitio donde podría comentar tranquilamente lo sucedido. Entre aquella parranda de desmentizados, vagos, mendicantes, vividores, viejos y poetas, encontraría comprensión, alivio para el espíritu. En la zona de los cafés, al lado de la oficina de correos, podría hablarse del tema más horrible sin perturbar la tranquilidad milenaria de la mesa.

Como animal en busca de sus querencias, caminé hacia esas calles reconocibles, envuelto en una burbuja de aturdimiento. Para llegar había que alcanzar otro costado de la ciudad. Me vi de repente separado por un ancho canal de aguas torrentosas. Busqué durante media hora, entre herméticas y silenciosas fachadas de casas estucadas y desolados embarcaderos menores, la manera de atravesar el canal. Encontré, al fin, un alargado puente peatonal, un viaducto de cemento con faroles y adornos blancos en forma de arcos. Me detuve en la mitad contemplando la fantástica vista. Frondosos árboles frutales, campos edénicos, rascacielos, vallas gigantescas con lindas mujeres semidesnudas anunciando productos, mágicos palacios árabes, alegres festones de colores, avenidas zigzagueantes con palmeras africanas ciñendo redondas colinas. Bajo la pasarela, el agua del canal alborozada, aguamarinas veladuras profundas. El mareaje encrespado, en suaves latigazos, chocando contra las armazones de concreto. Con las manos aturdidas, agarradas de la baranda, imaginé la gente festejando, el tumultuoso alboroto desparramándose en las calles. Todo ese jolgorio repentino, explosivo, de pitos alegres de automóviles, de vivas a las reinas, de disfraces. Luego, la conciencia de desolación, el silencio de la realidad sólo interrumpido por los borboteos del agua, saber que no puede existir una soledad mayor que vivir en una urbe abandonada, en una ciudad fantasma.

Continué por un terraplén; vi edificios de los años cincuenta y como antaño, casasquintas generosas, amplias y frescas; casas solariegas con hojas de coca en muchos antejardines y las eternamente florecidas veraneras. Cada elemento parecía colocado de una manera nítida, natural, en su justo puesto; era algo hermoso para la vista. De no haber sido por la pésima circunstancia en

que me hallaba, hasta hubiera podido disfrutarla.

Aquel café entre los siete, tenía una disposición igual que el anterior, que el preferido; las mesas daban a una calle con árboles, sólo que después de ésta se hallaba un brazo de mar y no el muro de la antigua y primitiva plaza de toros que después se había convertido en parqueadero. Al acercarme vi un grupo de amigos. Había deseado que fueran ellos los que me resolvieran las dudas, eran las personas más indicadas para hablar. Sin embargo, de manera contraria a este sentimiento, al verlos alrededor de una mesa con periódicos y libros, tazas de tinto y humo de cigarrillos, tan patéticos, sentí un temor extraño, una primaria sensación mecánica de devolverme, de recular. Fue un chispazo de duda, de vergüenza, al que inmediatamente me sobrepuse. Tenía que poner la cara, conversar con ellos, saber lo que había sucedido. Así me asustara, fuera lo que fuera, siempre es mejor la realidad que los fantasmas de las conjeturas. Así que me acerqué a ellos con cautela, aunque simulando seguridad, desprevención, como si no hubiese pasado nada y fuera un día común y corriente. Llegué hasta la mesa donde todavía parecían quedar flotando unas palabras, que corté con una voz ronca, al decir:

- ¡Hola jóvenes!

Los cuatro hombres levantaron la mirada y me vieron.

- Tengo que ir al correo -dijo uno levantándose. De inmediato, otro también se puso de pie y dijo:

- Bueno, yo también me tengo que ir. Tengo una cita con una dama.

- Me cogió la noche -dijo el tercero mirando el cielo.

- Chao - dijo con simpleza el último.

En un segundo la mesa estaba vacía. Ni siquiera contestaron el saludo. ¿Qué sería lo que estaba pasando?

Observé por un momento el café; al irse ellos había quedado desierto. Luego fui hasta el fondo y encontré un mesero delgado, de pelo negro lacio, camisa blanca y pantalón negro. "Esto no puede ser cierto, alguien tiene que decirme la verdad, de lo contrario me enloqueceré. Este tipo no se me puede escapar, a este sí no puedo dejarlo ir." Vi al mesero al fondo pasando una bandeja sobre la barra que daba a la cocina. El mesero me miró de medio lado y adiviné en esa mirada de reojo la intención de escabullirse. Por eso me dirigí hasta allá casi corriendo y sin quitarle la vista de encima. Me dijo algunas cosas mirándome primero de arriba abajo y luego hablándome con desdén, soltando las frases con desgaire:

- Lo vimos pasar ayer de parranda, más prendido que un pesebre... Después vino con otra gente... Me debe cuatromil pesos.

- ¡Verdad? ... ¿verdad?! - Exclamé.

- Usted sabe que no le hacemos vales. Es un préstamo personal o, como usted dice: "su arriendo" -. Me miró con una sonrisa forzada-. Usted comió y bebió y cuando se le acabó la plata pidió un vale.

Yo no podía creer lo que me estaba diciendo. Eso no era lo que había ocurrido; de nada me acordaba. Sabía que había estado con la Almodóvar y la chica punk. ¿Cuál era esa otra gente? La precisión en la cuenta era algo todavía más arbitrario. El mesero debía estarme engañando.

- Recuerde que sumado este vale a los otros ya debe ir como por los veintipico. Por eso este vale está a mi nombre. Ya el café no le fía más. Está muy retrasado en su "arriendo", amigo - volvió a sonreír raro.

La situación no era nada nueva. En cualquier momento los meseros Conrado o Arana, me

cobraban una supuesta cuenta de los últimos días. Me decían: " Me debe tanto de tal día o de tal noche". "¿Pero de cuál día o de cuál noche?", me preguntaba. Como los meseros conocían las personas que solían sentarse conmigo, que más o menos eran siempre las mismas, me decían: "Una noche que usted estaba sentado con fulanito o sutanito", mis amigos de siempre del café. Ya me había dado cuenta de que muchas veces estas cifras no correspondían a la realidad, eran ficticias, una manera del mesero de cuadrar sus cuentas con aquella persona que permanecía allí sentada todo el día y que tuviera o no dinero, de todas maneras siempre se le atendía a gusto. Por lo demás estos "cuadres" no sucedían a menudo, y en general la relación era buena.

" Lo que sí es cierto", pensé, "lo que sí es seguro, es que en algún momento pasé por aquí y luego regresé", de eso me acordaba vagamente. "¡Ah! !Pero por qué todo el mundo tiene que estar pendiente de la vida de los otros! ¿Por qué todo el mundo tiene que saber todo lo que yo hago, hasta lo que yo no sé siquiera si he hecho o no? ¡Que vaina, carajo!"

- ¡Está bien, está bien! - exclamé exasperado, a la espalda del mesero cuando se retiraba-. Pero, ¿cuándo fue que esto se llenó de agua? ¿Cuándo ...?

En un instante el mesero estaba en el fondo del café.

- Conrado, ¡contéstame esta pregunta! - Grité - ¡Contéstame!

Fui tras él. Conrado había desaparecido por la puerta de la cocina. Entré empujándola de un golpe. Lo busqué desesperado por la cocina desierta. Había otra puerta que conducía afuera, a la parte trasera, unas gradas y allí estaba la loma pendiente con árboles de mango y naranja. Grité:

- ¡No te me pierdas Conrado que necesito hablar más contigo!

Solamente estaban allí esas gradas y esos caminos hacia todas partes, y las hojas de los árboles estremeciéndose levemente por la brisa. Tuve que regresar. En la cocina encontré la puerta todavía bamboleándose y chirriando por el golpe que le había dado.

Salí furioso.

Miré hacia todos lados; no vi a nadie, ni coches, ni transeúntes. Regresé a las puertas del café, volví a llamar al mesero esta vez en voz más baja, suplicante... ¡Conrado, Conrado! No había nada que hacer. Pensé que estaba soñando. ¡Claro! ¡Eso era! Di un puñetazo contra una mesa pero no me desperté, estaba en el mismo sitio, de pie, en medio del café desierto, con una mano golpeada. "Ya sé, se han puesto de acuerdo para burlarse de mí. Pero de José Félix Vásquez no se burla nadie".

- ¡Se acabó la broma muchachos! - grité. Palmoteé y volví a repetir lo mismo. ¡Se acabó la broma muchachos!

El eco de mi voz fue perdiéndose absurdamente entre las mesas y el ruido pausado del mar. Me sentí ridículo. Tenía que aceptar aquello hasta que pasara, tranquilizándome, no haciéndole mucho caso; de lo contrario corría el peligro de terminar chiflado. "Eso es lo que quieren, enajenarme, dejarme encerrado de una vez por todas. Sí, eso es lo que quieren..."

Pálido, excitado, con goticas de sudor frío brotando de las raíces del pelo sobre la frente, fui a uno de los congeladores de donde regresé con una cerveza en la mano. Comencé a tomarla en el trayecto a pico de botella. Me senté en una de las mesas exteriores del establecimiento. Debería aceptar aquello porque sentía que realmente lo estaba viviendo, pero ¿cómo había ocurrido aquel cambio, aquella transformación asombrosa?

Pesaban en el aire las evaporaciones marinas, una atmósfera pacífica pero opresiva. Hacia un calor pegajoso impregnado de miasmas tropicales provenientes de mangles orilleros, de lodo revuelto y podridos moluscos. Pensamientos estrafalarios bullían en mi cabeza. Imaginé mi cerebro

como una cazuela hirviente de mariscos boca abajo. Pensé que aquella unidad sellada se había descompuesto, que quizá todo no era más que una broma de mal gusto, que me había dormido durante cinco años y mientras tanto la guerrilla se había tomado el poder o los narcos habían ganado la guerra al gobierno o quizá los gringos habían bombardeado todo esto para acabar con tanto problema. Tal vez yo había avanzado por uno de esos túneles del tiempo que, según leí en una revista, son como los huecos de un queso Gruyere. Me había metido por uno de esos huecos y había llegado al futuro o a un programa como de la "Dimensión Desconocida" en la televisión.

Una abeja revoloteó sobre la mesa, dibujó un zumbido garabateado en el aire, una especie de incomprensible caligrafía, planeó rápidamente sobre la superficie, se detuvo por un instante sin dejar de batir las alas y luego tomó vuelo como una avioneta unicórnea. Asustado, acodándome, pensé: "Debe ser una abeja africanizada y asesina".

En el cielo, comenzó a avanzar con rapidez prodigiosa una mancha oscura. Un gris opaco fue poblando el firmamento, la luz del día se fue debilitando, dejando sentir esa especie de hueco fresco que viene antes de la lluvia. La cerveza no alcanzó a tranquilizarme.

En poco tiempo la atmósfera estaba oscura y tensa. Comenzaron a desgajarse gotas grandes, pesadas; una que otra estallando como pólvora sin luces en el pavimento. Parecía que repentinamente se hubiera hecho de noche. El aguacero se desató con fuerza, pronto ya no vi más que mantos de lluvia, capas y capas, sábanas y sábanas de agua. ¿Había finalizado la función? Había caído el telón y frente a mí ya no había paisaje; ya no se veían mar, ni mansiones antiguas, ni botes, ni horizontes. Sólo estábamos la lluvia, la mesa y yo sentado en aquel café que parecía navegar como una isla hacia el mareo, hacia la nada.

Bebí a largos sorbos la cerveza. Las inmensas gotas parecían materas de frutos podridos estrellándose contra el patio de una vieja casa. Pensé en una arbitrariedad de nuestra mente tropical causada por simples fenómenos climatológicos. Atmósferas enrarecidas. Ir desapareciendo a causa de una sensual delicuescencia, de la hipnosis de la lluvia, del tiempo evanescente. Parecía que el viento marino que había comenzado con un movimiento de manchas negras en un extremo del horizonte, hubiera pasado ahora por encima de mí y después de desahogarse en embravuconado castigo, continuara su viaje a otro lugar.

Al cabo de una hora, el agua comenzó a escurrirse en el declive de la calle, a terminar de caer del techo por las canales y vino ese aire fresco, como nuevo, de limpieza, posterior al aguacero. En la mágica exhalación de aquella calma obtuve la repentina visión de Conrado, el mesero, desplazándose muy digno y ausente, con su pantalón negro y su camisa blanca, llevando una servilleta doblada en el antebrazo. Refunfuñé fastidiado: "Con tanta antipatía, no le voy ni siquiera a pagar". Le di la espalda y pensé: " Pase lo que pase, respecto a mi relación y las cosas perdidas, esto no importa tanto como tener una explicación sobre como ocurrió la inundación. Pero una explicación que me la de una persona sensata, una persona desinteresada que no distorsione". Salí del café y recorrí la desolada avenida, los cerrados establecimientos. Vino luego una zona de corozos, gualandayes, cantos de bichafué y gorjeo de torcazas. Al comenzar el terraplén tuve que apurar el paso al sentir una ligera llovizna. Cuando iba a cruzar el puente peatonal por donde antes pasaba el río y ahora un brazo de mar, la llovizna se hizo más fuerte. Tuve que subir corriendo por la avenida circunvalar, la adoquinada carretera y las gradas de piedra de la colina. Al abrir la puerta, los truenos retumbaban a mis espaldas, la repentina oscuridad del día se encendía en luces eléctricas y volvía a apagarse. Recorrí la casa empapando el piso con los zapatos mojados. Abrí puertas, llamé en voz alta, no había nadie. Me quité la ropa y me sequé con una toalla. Preparé un

té y fui a acostarme. Si la televisión y el radio funcionaran podría oír las noticias, pero ya todos esos "bichos" se había ido descomponiendo como sucede en las casas de familias cada día más pobres. Tendré que ir donde la vecina, esa vecina que esta mañana estuvo presente en la discusión y me odió, que siempre me ha odiado. A través de la persiana de madera, vi desde la cama acostado, las luces intermitentes de la tempestad marina. Mi pensamiento iba de una idea a otra saltando sin control ni coherencia. Una idea, una sensación, un pedazo de recuerdo. La imagen del mar emputado, destruyendo la ciudad, todos aquellos lugares amados y odiados, me parecía tranquilizadora. Además me parecía que eso ya lo había vivido o soñado antes. Era una de esas tempestades ya padecidas en el Chocó, en alguna pasada estancia sobre las costas del Océano Pacífico. Parecía que el ventarrón fuera a desprender el techo. El agua caía a cántaros como si estuviera el cielo roto. No me daba miedo; el agua repiqueteando sobre el techo como un diluvio de piano me producía un efecto sedante. Siempre y cuando ya se haya llegado a la casita y se esté abrigado al calor de las cobijas, no pasa nada, es hasta delicioso. Estaba recostado en la cama con la puerta abierta al corredor. Más allá, desde el balcón podía verse abajo el mar embravecido y oscuro. Al frente, una profundidad de espacio con un horizonte donde podría estar cualquier pueblo vecino. Ya era de noche. Detrás del cerro tutelar entre nubarrones negros, se disparaban los relámpagos en líneas quebradas, como ramas eléctricas, iluminando el cielo con luces violetas y moradas. Se escuchaban estrepitosas exhalaciones, seguidas de breves intervalos de aterradora negrura en los que el mar deliberadamente parecía ocultarse, permanecer felinamente al acecho para luego saltar sobre el muelle de un zarpazo o, amenazador, atacar la Avenida del Río, las piedras y la cubierta de las embarcaciones bamboleantes en la bahía. Me levanté desnudo al balcón y el frío me hizo volver por una sábana. Contemplé la tempestad. Debía parecer un espectro o un fantasma en aquel balcón en medio de las luces misteriosas y el estrépito de los truenos, envuelto en aquella sábana blanca.

Poco a poco fue disminuyendo el bamboleo inquieto de las embarcaciones menores. Fue aplacándose el fragor de los truenos y el viento fue dejando de doblar los árboles. Regresé a la habitación y volví a acostarme. Pensé como ya lo había hecho antes, que no sería nada raro que todo el mundo estuviera metido en un estadio viendo un partido de fútbol o pendiente de la coronación de una reina, y mientras tanto el Mar Pacífico había ido sigilosamente poblando la ciudad, invadiéndola y transformándola a su antojo en una ciudad diferente. Una lluvia monocorde, vertical y constante permaneció repiqueteando tras el techo y las paredes, encendiendo fuegos de alborozada paz sobre las cenizas del caos y el dolor que anegaba mi ánimo, una lluvia de corazón apacible floreciendo en mi alma entre un irregular canto de pájaros. Y, entonces, caí en los remolinos de un profundo sueño.

CAPITULO VI

PEREGRINACION

Frente al teléfono público, busqué con afán en la libreta. La chica punk - ni pensar en ella. La Almodóvar, no sabía donde conseguirla. Al ir pasando páginas de letras apeñuscadas y números inservibles, restos de pasado claudicado o de gente que ni siquiera me acordaba quien era, encontré un nombre que me quedó sonando como una moneda de oro: Virginia López se llamaba, como la cantante. La había conocido de rumba. Pasaba los cuarenta. La ubicaba en un grupo de mujeres rumberas que iban a un bar llamado "Stockholmin". También hacían fiestas en un kiosco a orillas del río Santa Rita. Era amiga de Gabriela, a quien le decían Miss Santa Rita River. Tenía debilidades por el arte y sabía algo de ballet, de escultura y pintura. Habíamos tenido una relación, una relacioncita. Tenía el cuerpo bien formado, exuberante y exótico; los ojos negrísimos rasgados hacia arriba, pero el carácter a veces agrio, quizás por el alcohol y los calendarios de soledad, por el amor nunca reencontrado, en fin... marqué su número. Me sentía nervioso, ya por mi situación, ya porque hacía tiempo no hablaba con ella, quién sabe como me iba a recibir. La última vez habíamos discutido. Las más de las veces ocurría lo mismo, pero a la larga en ella siempre había algo de nobleza en la amistad. Era eso lo que yo buscaba. ¿Virginia?/ Sí./ Hablas con José Félix.../ ¡Ah! ¡Hola! ¿Cómo estás?/ No, pues bien... No mentiras, estoy más o menos./ ¿Cómo así más o menos? Hace tiempo que no llamabas. ¡Qué milagro!/ Pues sí, los milagros tiene que ser de vez en cuando o si no se vuelven rutina./ Como desde que te casaste no hablamos. Bueno, eso le pasa a todo el mundo... ¿Cómo le va con la mujer? ¿Cómo es que se llama?/ Anabela/ ¡Ahh siii!/ Pues no tan bien. Nos abrimos./
¿Cómo asiií, cuándo?/ Hoy./ Pausa.

Ella debió moverse. Su voz, por el auricular, surgió con mayor potencia.

- ¡Ah! Entonces por eso me llamas. Ahora que terminaste con ella sí vienes a buscarme.
- No-ooó, tampoco, tampoco así.
- ¿Entonces?
- Pues, es que no he podido olvidarte.
- No mame gallo. ¿Dónde está?
- En Dei Turkey.
- Véngase para acá y hablamos.
- Bueno. Pero hay un problema. Estoy con maletas y todo.
- ¡Ja ja já!.... Me muero de la risa.
- Ahora, no mame gallo usted.
- ¡Ja ja! Lo echaron de la casa. Cómo la habrá embarrado... A ver José Félix, cuéntame que hiciste.
- Esto es un teléfono público. No puedo hablar mucho.
- ¿Te fuiste con otra?

- No, no es eso.
- Está bien, ven y hablamos.
- Con maletas y...
- Pero, ¿cuál es el cuento de las maletas? ¿Es que te vas a venir a vivir conmigo? Eso sí está muy raro.
- No, eso no es. Pero necesito donde quedarme por unos días.
- Vea le digo viejo Félix.
- ¿Qué?
- ¿Quiere que le diga una cosa?
- Claro.
- Vea: Nosotros estuvimos antes juntos. Eso todo el mundo lo sabe. En este momento si usted se viene para acá yo puedo quedar como si hubiera dañado ese matrimonio, o como la amante suya....Después arreglan y...
- Es que ya no hay arreglo. Eso ya está acabado.
- Eso es lo que siempre dicen y vuelven a juntarse. Uno nunca sabe con las parejas.
- Esta vez sí es definitivo.
- Puede venir y hablamos, pero no quedarse. Sobre todo en este momento.
- En este momento es que necesito un sitio.
- ¿No has hablado con tus amigos?
- ¿Cuáles amigos?
- Pues el poeta Aristizábal, el profesor Rosas, Richard...
- Ya los visité.
- ¿Y qué pasó?
- Esos no son mis amigos. En estos momentos es cuando uno se da cuenta quienes son los verdaderos amigos.
- ¿Qué insinúas?
- Nada personal. No es contigo (no podía contarle que se habían mareado por lo de la mercancía). Es en serio. No has entendido mi situación.
- ¿Y cuándo me has entendido tú a mi? ¿Cuándo te has preocupado por mi situación? ¡Nunca! Tengo una cuenta de teléfono de hace tres meses, mi exmarido no me ayuda, el techo se me está cayendo, ésta casa se está inundando, los ladrones se entran cada ocho días.
- Esto por aquí también está lleno de agua y yo no sé que es lo que pasa. Necesito que hablemos para aclararme la cabeza... Por favor Virginia déjame quedar esta noche, te prometo que sólo es esta noche.
- ¡Nanay cucas! Nada más horroroso que un hombre en casa. Un hombre que llegue con maletas a meter desorden. Está bien un hombre que llegue porque quiere, no porque no tenga a donde ir. Siempre dicen lo mismo y una es a atenderlos, a recoger basura, a lavarles los calzoncillos y después ya llevan una semana y no se han ido, hay que darles plata para que se vayan porque no tienen trabajo, etc. Esa historia ya me la conozco. Usted cuándo se ha preguntado por mi, por ver que me pasa, si me he muerto o no. Además esto es como un pueblito, está lleno de viejas chismosas. La tal Marcela la vecina esa, se mantiene mirando con binóculos para acá, a ver qué es lo que una hace. Y como la sala mía tiene vidrios una queda siempre en vitrina, aquí siempre se sabe quien viene de visita, quien se queda, ya eso nos pasó. Si lo echaron y anda con maletas, eso debe ser muy grave. Le aseguro que en esta separación va a comenzar a salpicar mierda y yo no

quiero salir untada. Es mejor que se vaya donde algún amigo.

- Por favor Virginia...
- ¿Dígame a usted cuándo se le ocurrió llamar, preguntarme cómo sigo, qué me pasa?...
- Bueno ya veo que vamos a terminar peleando como siempre. Antes de que me cuelgue el teléfono quisiera preguntarle: ¿Cuándo y cómo ocurrió la inundación?
- ¿Así de despistado anda?
- No sé, esto me parece un sueño. Creo que me estoy volviendo loco, ¿de dónde acá tanta agua?
- Lo que pasa es que andas enlagunado. Llámame cuando estés en sano juicio. Chao. Clic.

Después de hablar por teléfono con Virginia, detuve un taxi. Le pregunté al conductor si todavía existían las Residencias Ulalume. Pensé que todavía podían existir por su ubicación al noroeste, en una parte alta de la ciudad; un sector de por sí más alto que el sur oriente. Me condujo evidentemente al mismo sitio. Pero éste no era igual que antes. Las Residencias Ulalume habían bajado de categoría. Sus muros estaban más destruidos que antes. Por lo demás, se conservaba el mismo castillete en piedra cubierto por espesas frondas. Por el momento era el único sitio donde podía dejar mi equipaje. Confié en que allí podía estar seguro, por lo menos mientras salía del impase. Después de instalarme salí a buscar algo de comer, la comida en el día se había ido a pique en medio de tanta conmoción. Con el vientre caliente se piensa mejor. Necesitaba fósforo, calcio, magnesio, reponer neuronas, por decirlo así. Nada mejor para calmar los nervios que calmar el hambre. Algo parecido era la consigna del momento, sobre todo cuando la identidad en los océanos de la angustia comienza a disolverse en una fantasía incomprensible. Además, estas funciones habían adquirido en días últimos una importante afirmación de placer inusitado. Algo, por no decir significativo, muy curioso.

A dos cuadras encontré un restaurante llamado el Caballo de Mar. Desde la mesa, en la penumbra, se veían tras una baranda, unas rocas, un fragmento de playa luminosa. En ella jugaban dos niños y un perro. El vapor oloroso de los langostinos me llegó desde la cazuela de barro. Tomé una cucharada mientras me preguntaba si una persona podía estar en un sueño sintiendo un hambre tan real. El marisco fue deshaciéndose deliciosamente en mi boca. Una persona dormida no puede estar sintiendo este sabor; esto que estoy saboreando es real, el hambre que estoy saciando es verdad, no puedo estar dormido.

Aunque precisamente los sueños engañan por su verosimilitud. Cuando uno está en un sueño o en una pesadilla, siente que todo es genuino, así sea lo más disparatado; las cosas que allí suceden y las sensaciones son por completo reales. Las pesadillas asustan porque las sentimos reales, de tal forma que no sé qué es lo cierto o lo incierto. Sin luces, pisando este terreno fangoso ¿cómo efectuar la transacción? Ahora, cuando estos kilos de sueños que traslado de un lugar a otro en un maletín están a punto de cristalizarse, el destino me cambia el panorama. ¡Sorpresas te da la vida! Tal parece que lo que más se persigue y ansía nos conduce a la perdición. Por lo demás, no he bebido ni una sola copa desde ayer como para hallarme en un posible estado de postración amnésica.

Compré en un kiosco de la esquina, una revista de Selecciones del Reader's Digest. Ya era de noche cuando salí del restaurante y regresé a mi improvisada residencia. ¡Otra ironía! Después de estar organizado en la hermosa casa azul, de altas balconadas mirando a la ciudad, vivir con Anna Bell y el niño, poseer el amor y el calor de un hogar, de repente al borde de coronar el negocio -ir a parar a un lugar impersonal, público, de súbito encontrarse en la calle sin amparo ni parámetros.

La habitación tenía un armario, una mesa de noche, un radio, un baño con ducha. Las paredes de

un verde claro color de hospital. La maleta estaba al lado de la cama, el maletín en el armario. Me dediqué a labores prácticas encaminadas a la subsistencia de días posteriores trabajando encima del vidrio de la mesa de noche. Me detuve por un momento en los bonitos diseños con fotos o dibujos de diversos colores proporcionados por las hojas de la Reader's Digest partidas en cuatro y destinadas a otras labores fructíferas, diferentes, por supuesto, a las de las constructivas y esperanzadoras lecturas de la revista.

Terminada la faena, me pregunté mirando las papeletas, sobre los nuevos precios en la Ciudad de Ultramar. Con todos los cambios, en esa nueva Venecia tropical los precios debían haber subido mucho, por lo menos al triple. Recostado en la cama, me dio risa y me felicité por mi magnífico sentido del humor.

En la noche clara de apacible encierro, los eufóricos dedos independientes, involuntarios, repasaron la superficie del vidrio limpiándola de impurezas. Pegados al filo de la navaja quedaban algunos restos o grumitos del elemento ansiado por tanta gente: se hablaba de ideas, promesas de felicidad, satisfacciones. Un nostálgico sabor de supersticiosa creencia en lo que puede llamarse "estar bien": concentración, claridad mental, desentrañamiento de verdades. Inquietud nerviosa, pero cierta templanza antidepresiva corporal y moral.

Los efectos de manera invariable venían asociados a un poderoso deseo de fumar, beber, hablar, oír música. Porque el resultado no viene solo, está siempre acompañado de otros deseos. Recorrí sin sentido el cuarto. De ninguna forma era esa una noche de fiesta, no podía dejarme arrastrar por los caballos desbocados de la euforia.

El mundo parecía haberse transformado; al parecer el engranaje de sus ruedas había comenzado a andar muy rápido y me había quedado atrás. Primero tendría que reconstruir mi universo, de manera que necesitaba mucho control de las emociones, de la inteligencia, de la percepción. Tratando de ser lo más cuidadoso posible, no sin temor, volví a guardar aquello debajo de la cama. Era mejor dar en la calle, las vueltas que estaba dando en la habitación.

Salí del cuarto y atravesé un corredor de paredes verdeclarohospital, sembrado de puertas de hospedaje alcahueta. En la recepción había un viejo. La calle estaba oscura, desolada y refrescada por un ligero aire marino.

Compré cigarrillos y di una vuelta fumando por el malecón. Vi gente conversando, yates de alto cabotaje de personas seguramente muy ricas, equipados para navegar por los siete mares, cabeceando en la mancha negra del agua. Caminé por una avenida de terrazas y árboles secos hasta llegar al barrio donde vivían mis padres y donde habían transcurrido mi infancia y adolescencia. La casa era un cascarón antiguo lleno de misterios y secretos. Afuera, por los lados del garaje, junto a un árbol, me encontré una muchacha. Al parecer había dormido allí al costado del árbol, parecía recién levantada. Como si se hubiera erguido al yo aproximarme, me saludó radiante, plena de entusiasmo. No pude acordarme de su nombre pero me pareció familiar su cara delgada, sus ojeras malsanas, su voz entrañable. Me dijo que la ayudara; no necesitaba un apoyo exactamente económico sino más bien de tipo moral. Había venido de Cartagena recientemente. Dijo que antes, cuando ella pasaba por la casa, veía a los viejos sentados en el vestíbulo, tras las ventanas o caminando por el antejardín. Lo fantástico es que cuando ella me hablaba de la vieja casa que habían destruido hacía muchos años, ésta se hallaba otra vez en su sitio "íntegra y señorial". Estábamos frente a la ventana de los miamis, detrás del enrejado se veían una mesita y una silla de mimbre. Entré a la casa y caminé por ella dándome cuenta de que no se hallaba vacía y abandonada como en sus últimos tiempos, sino por el contrario perfectamente equipada y funcionando con

todos sus muebles antiguos.

Parecía con todos sus objetos, un ser viviente, en movimiento. Fui hasta el patio y vi la ropa extendida bamboleándose en el viento y todavía húmeda. Olía a ollas de comida criolla en ebullición, a arroz de leche caliente con canela espolvoreada. Sólo faltaba la voz de mi madre llamándonos: "¡Niños, niños, vengan a tomar la entredía!" Parecía como que la casa avanzara, como si fuera un barco. Al entrar y comenzar a desplazarme, ella dijo: "Allí viene alguien". Me asomé y lo vi caminando aproximarse por el andén. Era Don Ferraioli, un vecino del viejo barrio. Sin embargo parecía más joven, su piel estaba muy lozana, no parecía Don Ferraioli sino su hijo vestido con un saco. Venía muy tranquilo acercándose tan campante como Johnny Walker. En algún momento no se porqué me dio miedo que me viera, fue un miedo infundado; el joven vecino se acercó a la ventana y empujó la cortina con la mano, entonces vi su rostro: Se hallaba contento de verme y su saludo fue un gesto de aceptación, de absoluta y feliz aprobación. Prevenciones de uno, pensé.

Tal cual, el incidente fue un hecho sin mayor trascendencia, de no haber sido porque continuando mi paseo por la casa, volví a encontrarme con el vecino en el patio. Surgió de la oscuridad; una luz de patio escondido, una luz agazapada, una luz cenicienta digna y triunfal esclareció su efigie. No era el joven que acababa de ver, era un hombre viejo, de dientes y piel viejos; su vestido gris, su cuello clerical. Ante la presencia de tanto fantasma que pretendía asustarme, me acerqué a aquella luz de tablas arrumadas, a aquella luz mojada de color mugre, igual que su vestido gris otoñal y le pregunté de pura mala leche:

- ¿Usted cuándo se murió?
- Yo estoy viejo pero todavía no he muerto, ¿no ves?
- ¿Y usted cuando murió? - me preguntó.
- Cuando tumbaron la casa, o como un año después de la muerte de mi padre.
- Pero va a revivir cuando se case. -Dijo el supuesto vecino, con una explosión de simpatía y miró riendo a la muchacha. Ella, sintiéndose aludida, sonrió también y me miró, le brillaban los ojos. Me di cuenta de que ella se parecía a una muchacha un tanto trashumante del barrio a quien llamaban "la Nena" y quien poseía una belleza asustadora.

El rostro del viejo se me acercaba como la luz de la razón, el conocimiento de la vida.

Me sentí aturdido, anonadado por aquella luz, como si los dos personajes quisieran devorarme. Reculé unos pasos y terminé dando la vuelta y alejándome del lugar en apresuradas zancadas.

Esto lo hice de una manera inconsciente, mecánica, cuando me di cuenta estaba en la puerta de las Residencias Ulalume. Me metí en las cobijas con la esperanzadora idea de que al otro día se acabara el sueño y las cosas volvieran a su normalidad. Concluí que me hallaba preso de un estado de nervios alterados. Quizás descansando, tranquilizándome, cesarían los fantasmas y las alucinaciones y después de un par de largas horas la fatiga y el arrullo de las olas me envolvieron en un sopor profundo.

Al despertar pensé que me hallaba en el familiar cuarto que compartía con mi hermano, cuando niño, en la amplia casa de mis padres; supuse también que me hallaba en la dulce cama de matrimonio que disfrutaba con Anna Bell en nuestra casa azul de la colina; o que me encontraba durmiendo en la agreste casa de las montañas donde Virginia López... pero el tenue y lejano ruido del mar, en baja marea, me hizo volver a la realidad. Comprobé mi espacio inicuo e impersonal de aquella habitación en las Residencias Ulalume, donde había llegado en busca de refugio, debido a los confusos últimos acontecimientos. Rápidamente verifiqué que los paquetes se hallaban en su

sitio. Me di una ducha larga; el chorro era abundante, el agua helada. Me froté vigorosamente con la toalla a manera de masaje. Tenía que estar despierto, templado, lúcido. Salí del cuarto y en el corredor de paredes verdeclarohospital, encontré una ventana. Miré por ella y vi el mar proceloso y rizado en la distancia.

En la recepción no encontré al viejo calvo de gafas redondas quien me había atendido la noche anterior. Se encontraba en cambio, un muchacho blanco de no más de veinticinco años. Me dijo que efectivamente el viejito trabajaba allí pero de noche y que él hacía el turno del día. Al salir me percaté que daba una mirada rápida de maliciosa apreciación.

Me dio desconfianza la suspicacia del joven al salir del hotel. A aquel muchacho podría arreglársele la vida con mi apreciada mercancía. También la mujer del aseo podría descubrirla. Cinco aparatos por ahí rodando son un polvorín, a cualquiera se le daña el coco. Lo mejor era buscar otro lugar, un sitio seguro dónde guardarlos. Todavía tenía una llave de la casa de Anna Bell. A esta hora ella debería estar trabajando, de manera que si entraba y la dejaba allí en algún sitio, sería el mejor lugar donde podría reposar, el más tranquilo, el más seguro. No estando ella podría volver a esconderlo en la parte alta y trasera del closet y ella no se daría cuenta. Regresé al hotel y salí con el maletín. Al pasar por recepción miré al joven: era un suspicaz y un listo, seguro que "ese man me hubiera arreglado".

Salí a la avenida a tomar un taxi. Desde allí divisé a una cuadra de distancia, una camioneta Ford 58. Aquella camioneta de doble transmisión, prominente, era para mí muy conocida. Sólo existían pocas reformadas como esa en la ciudad; era con toda seguridad la de Don Mario. Ahora se iba a detener, me iba a saludar, me iba a preguntar cómo me había ido con aquello. A esa hora temprana en la mañana, me iba a ver a pie, andando con aquel mismo maletín. ¿Qué explicación le iba a dar? ¡Imposible! ¡En absoluto! Tendría que inventarle una historia, justificarme. Cómo le iba a decir que me había separado de Anabela, que ya no vivía en su casa, que estaba en un hotel, que a veces no sabía si me estaba enloqueciendo, que mi vida estaba destruida pero ya iba a coronar el negocio. ¡De ninguna manera! Así que me volví rápidamente, casi corriendo y entré en una tienda. Una muchacha barría el local y al ver mi alteración, miró con recelo.

- ¿A la orden? -preguntó.
- Este... Un paquete de Marlboro, por favor.

Mientras ella lo sacaba me asomé a la puerta. El encumbrado armatoste zurcó lentamente la avenida como una ballena.

Volví a salir y tomé una lancha para atravesar un brazo de mar. Proa a la colina, sobre el ondulante trozo de seda gris, consideré la dificultad de los movimientos; la lentitud de los miembros cuando corrí a esconderme en la tienda para que no me viera Don Mario. Casi no podía con el cuerpo, como si tuviera que arrastrar un pesado lastre con él. Eso sí era un sueño. La misma sensación la había sentido en pesadillas. En esos casos me perseguían uniformados, me iban a matar y yo no podía correr con agilidad, lo hacía con mucha lentitud, mientras el enemigo podía hacerlo a gran velocidad. Era algo de esa sensación. Además, el consabido pálpito de una premonición. Quizá volver al hogar me deprimiera, quizá debería dejar descansar la casa, no ir por el momento. Algo...¡Algo estaba mal! Sentí un sobrecogimiento de pánico. Físico pánico. Pero había llegado a la conclusión de que eso era lo que debería hacer. Había que esconder los atadijos de paraísos artificiales. No era ese el mejor lugar, pero tampoco se me ocurría otro.

En la otra orilla descendí del bote para ascender las gradas de la colina que culminaba en una casa azul de metileno. Vivíamos en la segunda planta. El piso de madera medio contrahecho. Las

materas, las bugambilias y en la mañana blanquísima, enfermiza de luminosidad, yo sacaba la llave del bolsillo y empujaba la puerta. Pero esta vez la casa se hallaba en un desorden característico. Todas las cosas parecían impregnadas de tabaco. Un olor a Daniel Santos, a bolero, al canto de los gallos y los azules del amanecer todavía encerrados en la sala. Olía a lujuria, a orgía amanecida.
La extraña visión pertenecía al recuerdo. Como si hubiera devuelto los pasos y la contemplara de espectador. Nuestra canción preferida rasgueaba el aire trasnochado: "Soy prisionero del ritmo del mar, de un deseo infinito de amar... Y de tu corazón".

La gata, Luvina, confirmando una vieja reciprocidad, vino melosa hacia mí a sobajearse en una pierna. Le pasé la mano por la cabeza. Miró agradecida. "Hola cariño, ¿cuál es mi oráculo para hoy?" le pregunté. Ronroneó. Luego saltó a la mesa dibujando un delicado arco. Volví a inquirir: "¿Cómo andan por esta casa?" Entonces escuché a Anabela cuchicheando con alguien: "¿Oíste esa voz? Sí. Hay alguien hablando en la sala. ¿Quien habrá llegado?"

- ¿Quién es? - preguntó ella desde el cuarto.
- Soy yo - contesté.

Ella saliendo en levantadora. Acercándose. Fresca, seductora y vaporosa.

- Hola José Félix.
- Hola Anabela.
- ¿Todavía tienes la llave?
- Si. No pensé que estuvieras. Vine por una ropa que se me había quedado. Pensé que a esta hora estabas trabajando.
- Tengo una licencia -dijo.
- Veo que ahora te gustan muchas cosas que antes no te gustaban. Por ejemplo rumbear -. Dije maldadoso.
- Sí. De vez en cuando.
- Pero cuando estabas conmigo...
- ¡Por favor!

Buscó un cigarrillo en los escombros de la fiesta. Me miró con disgusto. Entonces vi al hombre sin camisa salir de nuestro cuarto matrimonial.

El rencor y el distanciamiento habían provenido inicialmente de mí. Yo la rechazaba. Ella me recriminaba de manera indirecta. Me contaba casos parecidos, me miraba y había una expresión o un sonido particular en sus palabras, como si estuviera pidiéndome y pidiéndome que le hiciera caso. Hasta que dejó de hacerlo.

Ahora estaba aquel tipo saliendo de la habitación. Aquel hombre que no era yo. No era un fantasma ni un monstruo, era un ser humano de carne y hueso como todos. Era una escena sucia haber llegado esa mañana a la casa y encontrarlo. Sufrirlo, ver lo que podía haber sido prescindible de ver.

Anabel expulsó una débil bocanada de humo. Atropelló las palabras, me miró de reojo, dijo:

- José Félix, le presento a Jorge.

El dijo "mucho gusto" y yo "hola" o "qué tal"; aunque creo que no dije nada. Un silencio lúgubre nos envolvió. No nos dimos la mano. La tensión fué rota por ella otra vez.

- ¿Quieren café?
- Sí. -Respondimos los dos en coro. Nos miramos extrañados de haber tenido la misma respuesta al mismo tiempo. Una mirada de asombro y de alerta.

Mientras ella fué a la cocina, él fué a sentarse en el sofá. Estirando un brazo, buscó algo en el

desorden de la mesa. Al fin lo encontró, eran dos cigarrillos.

- ¿Quiere? -preguntó entornando las cejas. Sus ojos eran claros.
- Bueno -respondí.

Era un hombre grande, de apariencia sana.

- Anna Bell me ha hablado mucho de usted - dijo. Su mirada parecía la de una persona bondadosa. La voz suave.

Me había sentado en una silla y la incomodidad me hizo poner de pie y dar unos pasos sin sentido. Pensé: "A la persona que madruga a ver quién amaneció con quién, le ocurren estas cosas".

Anabel regresó con el café.

Volví a sentarme. Cada uno tuvo que abrir un espacio en la selva descompuesta de la mesa para colocar su taza. Anabel se portó inusualmente atenta. Como si se hubiera obturado un botón y hubiera comenzado a funcionar en ella una maquinaria de formalidades: "El café está como a ti te gusta" (tuteos). "Colado y no muy fuerte. ¿Quieres azúcar?" (atenciones). "¿Estás cómodo, quieres un cojín?" (consideraciones). "Si quieres te paso el mío" (sacrificios). Mientras, Jorge hablaba de temas cotidianos y vanales. Luego se puso de pie. Su torso poseía una fortaleza natural, definida, sin el volumen característico de un fisiculturista. Se asomó a la ventana y señaló afuera, hacia abajo. Yo permanecía en mi silla de mimbre en la sala, descolgado, soportando el peso de una gran pesadumbre, cuando él señaló hacia afuera y preguntó:

- ¿Cuánto valdrá esa lancha?

Ensimismado comenté, sin mucha lucidez:

- ¿Usted alcanza a ver el puerto desde allí? ¡Ah! ¡Usted también ha visto el mar!...

En realidad había hablado para mí, no para él.

- ¿Cuál mar? -preguntó Jorge- ¿Cuál puerto? Le estoy hablando es de esa lancha B.M.W. que hay abajo, ese coche parqueado en la esquina.

Me paré y mire. Claro, ya sabía que no era el mar. Allí estaba el auto del cual él hablaba. - Por ahí unos cincuenta millones.

- ¡Pero eso sí es mucha lanchota! -exclamó Jorge- ¡Eh, Ave María!

Me salió paisa, pensé.

Anabel había comenzado a arreglar la casa, a quitar colillas, migajas de pan y comida, cunchos de vino.

- A propósito -dijo- ya que estás aquí: necesito el maletín.
- Bueno -le dije-. Un momento voy a ver que hay de ropa mía en el closet.

Fui hasta el cuarto. Encontré en el closet unos pantalones, unos bluyines y una camisa hawaiana. Estaban limpios y planchados. En un rincón todavía vi cosas mías en desorden. Me cambié de ropa. Luego coloqué "mis cosas" en el closet, al fondo del maletero. Las tapé con unas cajas donde se guardaba el pesebre y un árbol de navidad desarmable. Era un lugar alto que no iría a ser tocado ni removido, con seguridad, por lo menos hasta el próximo diciembre.

El tal Jorge parecía un alma de Dios. No sé porqué no me inspiró el más mínimo recelo. De todas formas, estarían en ese sitio sólo un par de días, hasta que yo hiciera lo que debía hacer.

Fui hasta la sala con el vacío maletín de deportista, y se lo entregué. Al fin y al cabo era de ella.

- Y, ¿en que me llevo esta ropa sucia? -pregunté-. No hay una bolsa por ahí.
- Si quieres déjala en la lavadora -dijo-. Otro día pasas por ella -. Continuaba en plan amable.
- Perfecto -dije.

De inmediato sentí el vacío en los ojos silenciosos observándome. Ya no tenía nada que hacer en

casa.

Esta vez, al descender la colina, sentí el cuerpo sin cabeza. La masa de lo que debía ser yo se iba a los lados y caminaba de forma descontrolada. Al menos me he cambiado de ropa. Quisiera no haber conocido a Jorge. Quisiera no haberlo visto salir del cuarto nuestro. Como un gato lagañoso, desperezándose, después de una noche de placer. Con esa cara de bondad; ¡un demonio con cara de ángel!

A plena luz del día, bajo el tibio sol blanco de la mañana, el hombre (que era yo) con camisa hawaiana, se detuvo en una esquina, sacó del bolsillo de la relojera una roja navaja suiza, hizo una incisión de tres centímetros con la mano derecha en el antebrazo izquierdo. La rajadura permaneció seca un segundo... luego se habitó de sangre.

- ¡Sangra y duele que no hay duda! -exclamó el hombre.

"Es indudable que estoy vivo y despierto", pensé.

Para limpiarme la sangre de la herida, estampé la muñeca contra el muslo y quedó sobre la superficie del bluyín una mancha roja como un sello. Seguí caminando en la asoleada mañana por la mitad de la calle. Por fortuna tengo estos fardos de Reader's Digest, son mágicos y esperanzadores. Traen dinero.

Me dirigí a mi sector vital. Esas tres viejas esquinas empolvadas de esperanza. Allí me encontré, sentados en una mesa de café, con "la Nena" y "el Richard". Al verlos sentí la impresión de que me estuvieran esperando. Una suerte de invocación; como cuando están hablando de uno y uno llega, entonces quedan esos puntos suspensivos en el aire, algún gesto ambiguo, una mirada de sorpresa. Sentí eso, esa especie de deslizamiento en el piso y al
mismo tiempo el encubrimiento de aquella cogida "in fraganti" con los saludos al unísono como cortinas de niebla: "¿Que tal Josefélix?" Y yo alegre, vanidoso forcejeo, ineficaz empeño de lucir bien, participando de la farsa. "¡Qué más juventud! - exclamando.

Me senté con ellos. Les ofrecí las muestras que llevaba en mi bolsillo. Como no había moros en la costa se las mostré con mucho disimulo por debajo de la mesa. En un abrir y cerrar de ojos como pájaros expertos en las rutas de los vientos, planearon, cayeron sobre ellos. Se dejaron llevar por los aires complacidos de una
parafernalia ritual, más allá de las convenciones de la laboriosa mañana impasible, del terror y el deseo. Pidieron cerveza en esa hora temprana y fueron desfilando por turnos al baño de donde regresaban cada vez más entusiasmados, más caracterizados, nuevos, como si acabaran de ducharse y maquillarse. Cada uno se regaló dos hermosos y esperanzadores artículos de Reader's Digest, los cuales representaron para mi cuatro mil hermosos pesos.

- O somos millonarios o morimos -, decía el Richard- pero no se puede seguir así.

- O simplemente vamos a la cárcel -dijo la Nena riendo.

La Nena era una muchacha de unos 16 años, de uno setenta de estatura, delgada, muy esbelta, su belleza dolía y asustaba. La vi contenta y al Richard también; un joven de aspecto aristocrático y camisa de algodón peinado. Eran dos típicos exponentes juveniles de una malsana precocidad. Representaban el goce dionisíaco, la rumba frenética, frívola y decadente de la Ciudad Blanca. Adolescentes inmarcesibles, estaban dispuestos a pisotear, a devorar la ciudad a su antojo. Me sentí contento y hasta orgulloso al lado de estos dos personajes pintorescos. ¡Cuánta vanidad y tontería puede haber en el ser humano! ¡Cuánta tontería! Estaba haciendo caso omiso de la oscura premonición que me invadió al verlos y no podía imaginar todavía lo caro que después debía pagar por ese momento de fragilidad.

Pero debía estar contento. Tenía que hacerlo, tenía que buscar un momento de sosiego, el pedazo de sol y de dicha que correspondía, aunque fuera a la fuerza, aunque no existiera. Como un remanso de paz que se encuentra momentáneamente y sabemos que en cualquier instante puede desaparecer. Había que aprovechar esa florecita en el camino, esa vista al mar entre las casas y zambullirse en el agua fresca bajo el sol inclemente. Yo, que no sé desde que momento había comenzado a transitar en esta ciudad por los caminos del infierno, debía tomar sabiamente la presencia del Richard y la Nena como una manifestación de la belleza en un camino tortuoso, la rosa entre las espinas. Aunque esa belleza después se difuminara en el desprecio, aunque comenzara a llover, aunque se inundara todo, debía detener la caravana de horrores y tomar la flor.

CAPITULO VII

FIESTA EN SANTA RITA

Eran mujeres de edad, pesadas, altas, de caderas anchas. Como en un baile español levantaban las batas y los brazos en jarra. "¡Jiuujuuuuu!! Esta pollera se levanta y al sonar de la caña va brindando sus amores ¡Es mi negrita Soledad!"

- ¡A ver!... ¡A ver!! ¿A los jóvenes que les pasa? Bailen, miren como nosotras estamos de contentas y ustedes dizque tan jóvenes y aplastados... "¡Baila mi morenita Soledad al tumbar de la caña!"

Gabriela bailaba con desaforo. Era un sábado por la noche y estábamos Anabel y yo en un kiosco a orillas del río Santa Rita; en el campo pero a sólo veinte minuto del centro. (Esto sucedió unos días después del incidente de la grabadora y los policías.)

Poetas de un supuesto "Partido Libertario Ario" y de un "Partido Monárquico" se pronunciaron en geniales, delirantes, escatológicos discursos; contaron intrigantes historias de culos y cucas envenenadas; hablaron sobre la caspa y la caca; recitaron furiosos y eligieron de presidente al doctor "Pedo y Fó" y de reina a Gabriela, como Miss Santa Rita River. También eligieron ministros, senadores, alcaldes, representantes a la cámara... La reina electa
debió bailar ante las masas allí reunidas, moviendo las caderas y las tetas con locura.

Todos reían y yo no podía reír. Tomaba y tomaba cerveza. Después tomé aguardiente. Estaba deprimido, no podía animarme ni entrar en la rueda. Solamente quería estar allí y que se me respetara eso. Lo cual entendía perfectamente Anabel; por aquellos días ella concedía mucho espacio, sabía...dejar estar. Quizá porque todavía no nos habíamos separado, pero ya estábamos a punto de hacerlo. Realmente ese gran espacio que ella me concedía en ese entonces, iba más allá de la condescendencia, se parecía más al desamor, al desinterés.

Gabriela era una de las mayores entusiastas invitadoras a este tipo de jolgorios. A cualquier fiesta que ella fuera o hiciera, en el camino hacia el lugar, iba invitando a toda la gente que se encontraba, de tal forma que si uno iba a una fiesta invitado por Gabriela podía encontrar la gente más heterogénea reunida, las características y estratos sociales más disímiles; cada fiesta suya era como un acontecimiento municipal. Por eso me gustaba estar allí esa noche. Aunque, como dicen los rumberos "si no estás en el 'swing' no vayas a la fiesta". No estaba muy en forma que digamos, pero cómo podía perderme un espectáculo tal, un acontecimiento de esos.

Anduve de un lado a otro sin saber donde ubicarme, al fin me acerqué a un grupo de barbudos; granos en la cara, ojos estrábicos, lentes como culos de botellas y mochilas indígenas. En cinco minutos el grupo de barbudos vomitó una lista interminable de apodos o remoquetes a Gabriela. ¡Casi me voy de espaldas! Le decían: Tongolele, Jovita, Miss Pance, Tetafloja, Tetardiente, Gaby Arrebato, la Sanguinaria del Ritmo, Velocímetro, Borra-chita, la Chitaborra, Saltamontes, la Cadera del Diablo y otros que es imposible recordar. La imaginación del canibalismo provinciano es desbordante, infinita. Basta reunir un mínimo de dos personas y tan sólo dos minutos de parloteo

para destrozar la vida de otro. Claro que ella también se lo había ganado, ¡por Dios que parecía una caricatura!

Entonces fui a donde Anabel. Hablaba con un tipo que no había visto antes, acababa de regresar de Europa, su ropa era diferente, sus gestos, su manera de hablar. No podía evitar una pose constante, un amaneramiento de macho, ni un desprecio en general hacia la gente. Se llamaba Edilberto Zúñiga. En tres frases me pareció necio, engreído, repelente. Era obvio que su antipatía provenía de haberse malcriado entre demasiado dinero, cosa que no sucedía con los barbudos. Los barbudos también decían chistes cínicos y negros, pero desde otra posición o debido a unos resortes interiores o sociales diferentes - aunque quizá sólo aspiraban a ser como el necio de los billetes - deseaban expresarse como él, ser aceptados cálidamente en el seno principesco de su grupo.

Aunque Anabel estaba encantada, no quise o no resistí ponerme en el plan de alabarle sus chistes, sus brillanteces, sus frases inteligentes acuñadas. ¿Debía entrar en su juego para ser aceptado por él? Estaba deprimido, distante, malgeniado. Me alejé de allí. Busqué más alcohol, a ver si pasaba algo, para ver si podía cambiar de casilla. Quería cambiar un estado de ánimo negro por uno rojo iluminado como podía hacerlo Santa Teresa de Jesús. Ella, a voluntad, sin ayuda de estimulante alguno, podía cambiar con una tremenda facilidad de morada espiritual, podía cambiar de un estado del alma a otro como decir: "Buenos días mi Señor ". Era éste exactamente el don que me hacía falta.

Así quería yo sumergirme en la negrura o la blancura total de la anestesia hasta llegar al fondo de la tierra, al mismo centro escondido e inalcanzable del mundo y de allí ser expulsado por un volcán hasta el cielo envuelto en lava ardiente y caer de nuevo sobre la tierra musgosa, fresca, reverdecida y quemarlo todo, arrasarlo todo. La mayor parte de la gente se hallaba en un salón grande frente al bar. Detrás había otro cubierto todavía por el techo del kiosco pero más pequeño. Me dirigí allá y encontré un grupo de gente más tranquila, un tono de conversación más normal, menos soberbia y delirante y menos folclórica, por así decirlo. "Tómese unos vidrios, compadre," me dijeron. Lo que me estaban ofreciendo era un doble de aguardiente. La expresión me pareció extraña pero chistosa, les recibí, y luego vi llegar un carro, un Simca. De allí se bajó un muchacho de pelo largo y anteojos, y una morena con el corte que impuso Bo Derek, con trencitas "Rastaf"; llevaba una blusa blanca de boleros muy escotada y una falda larga con flores y frutas tropicales en naranjas y verdes, una falda muy alegre de carnaval. La reconocí. Se llamaba Libia y había estudiado arquitectura en la Universidad del Valle. Hace dos años la había visto en casa de una amiga varias veces, siempre chanceando, hablando en un tono muy sentido como sincero de amores, canturreando, balanceando el cuerpo elástico de serpiente como si estuviera constantemente bailando pero sin estarlo realmente.

Siempre al llegar y al despedirse de mí lo hacía de beso, dejándome su olor de hierbas silvestres y el sabor de sus labios morados por largo rato en mi boca. Al verla de nuevo la fiesta, la gente, la música, todo había desaparecido, se esfumaba o se estaba escapando por alguna hendija.

Fuimos al otro salón. Ella quería saludar a Anabel quien seguía con el tal Edilberto Zúñiga - Príncipe de Hamburgo- quien hablaba ahora mierda de "Jambur y Janofer". Anabel seguía embelesada, parecía que todo hubiera desaparecido también para ella. A Libia le pareció el tipo "inmamable". "Si, muy jarto", -le dije- "Vámonos de aquí" regresamos a la trastienda, al sitio recogido de aquella gente suave. Todo lucía como si las anteriores veces que nos habíamos visto fueran sólo una etapa de preparación para esta ocasión. Terminamos dando una vuelta por los alrededores de la casa. Nos besamos entre las matas, conocí la ternura de su boca morada y alcancé

a probar del fruto de sus pezones. En algún momento pude sacarlos por encima de su escote a la luz de la luna y los sostuve entre mis manos, eran dulces y blancos. Pero ella me miró de arriba a abajo como a un niño, o como si yo estuviera loco. Se los guardó e inmediatamente se puso a hablar de un tema serio, especulativo, como una intelectual francesa. Lo que más hicimos fue hablar de boca a boca y de boca a oreja caminando abrazados. Tardamos en esto como una hora. Cuando estaba amaneciendo regresamos al kiosco. Quedaba poca gente y varios autos se habían marchado. Anabel y el Conde de la Mierda, Edilberto Zúñiga, estaban afuera tomados románticamente de la mano, bajo las estrellas. El tipo con el pelo negro peinado hacia atrás, parecía Gardel lleno de "Glostora", pero no era "Glostora" sino agua. Ella tenía parte del traje de noche mojado. La seda mojada se ceñía a su cuerpo sexapilosamente, en los senos, en el vientre y en las nalgas. Luego él tenía las manos en los bolsillos y ella señalaba el punto entre el cielo y los árboles donde comenzaba a despuntar el amanecer. Luego se besaron con intensidad.

Aunque yo creyera que el mundo se hubiera acabado, de todas formas la fiesta continuaba animada. Ellos entraron como sólo pueden hacerlo dos enamorados en su primera y loca luna de miel, sin reparar en los demás o como si el mundo exterior fuera también una parte de su amor. Anabela me vió pero fué como si no me viera, como si yo fuera invisible. Luego bailaron tangos y continuaron apretujándose y besándose. Yo estaba seguro de que ellos lo habían hecho.

Libia había entrado con los zapatos en la mano, con la camisa desarreglada y los senos casi al aire. Se acomodaba ahora los zapatos. Al parecer a nadie le importaba lo que estaba sucediendo allí, solamente yo estaba impresionado pues llevaba viviendo dos años con Anabel y ahora la estaba viendo besarse con otro tipo.

Cuando en forma definitiva se acabó la fiesta, el peludo de anteojos con quien había venido Libia se ofreció llevarnos a casa. Como Anabel y yo habíamos venido en taxi, ahora no teníamos en qué regresar, así que aceptamos y volvimos a la ciudad con ellos. En el camino casi no se habló. Los pensamientos venían a mí y huían antes de que alguna palabra alcanzara a salir. El carro bordeaba el río y si es que ese trayecto, ese paisaje de chiminangos de árboles conocidos, prados, casas y veraneras, tenía para mí el significado que da el reconocimiento de toda una vida, ahora se me presentaba como algo completamente desconocido, exterior y novedoso. Eran sólo manchas y figuras que desfilaban afuera, por la ventanilla. Me hallaba completamente disperso e impactado por la escena que acababa de contemplar. De esas cosas contradictorias en el espíritu humano, cosas que parecen ilógicas o imposibles que sucedan, se obtienen resultados de este tipo; acababa de besar unos labios hermosos; los dos habíamos hecho lo mismo al mismo tiempo, pero, yo no lo podía aceptar. Ella también tendría derecho. ¡Cuán injusta y egoísta es la naturaleza del hombre! Me sentía apuñalado.

En casa ya entraba de lleno la mañana. Anabel, estaba igual de amable y cariñosa como cualquier día. Tomamos un Alka-seltzer y nos acostamos; la cama era amplia, las sábanas estaban agradablemente limpias, pero ya todo era diferente. Por la ventana abierta se veía una enredadera cubriendo la verja y detrás un cielo azul muy claro del cual iban descendiendo torcazas y otros pájaros a comer migas de pan al patio. Pero, no podía dejar de verlos a ellos abrazados, besándose y acariciándose y luego la veía a ella, esos mismos labios, ese mismo cuerpo al lado mío desnudo sobre las sábanas blancas.

- ¡Estuviste con ese tipo! -le dije- ¡Precisamente con ese imbécil, con el más canalla de todos, con el más despreciable! Le repetía esto y ella se reía, le volvía a repetir y ella volvía a reírse y me decía: "Qué le pasa mon petit chou chou... Mon purrumpo," y un montón de palabras del lenguaje

del amor que nosotros habíamos inventado.

Por cierto pudor, no fui capaz de preguntar directa, crudamente, si había hecho el amor con él, solamente le pregunté: "¿Estuviste con él?" Y ella permaneció en silencio, displicente, como diciendo: "Y qué". "Y ya qué importa". No era necesario decirlo, se sobrentendía todo lo demás. Viéndome ella perplejo y maltrecho, me acarició la cabeza para consentirme como a un desvalido. "¿Qué nos había pasado? ¿Por qué nos habíamos distanciado de tal forma? ¿Cuánto resentimiento albergaba su alma? Quién sabe cuántas cosas malsanas debieron ocurrir para que cambiara tan radicalmente su comportamiento. Esta no era Anna Bella sino Anabel. Otra mujer completamente distinta. Esta no era la Anna Bell de antes, la amantísima mujer, la madre de mi hijo. El ser inocente y respetuoso que antaño había conocido. Nos hallábamos indudablemente al final de la recta. El tren del amor ya se había ido.

De repente me miró curiosa, con una curiosidad rara.

- ¿Y su amiga qué tal? - preguntó con suavidad- Su amiga estaba linda. Esa muchacha estaba muy linda - repitió, como diciendo: "Yo también me di cuenta. No me venga usted ahora con cuentos, ni reclamos, que usted también andaba por ahí". La aceptación impasible y natural del hecho, su cambio visceral y moral, revelaba ya un descuido absoluto por lo que pudiese ocurrir en los sentimientos del otro. Era la consecuencia lógica de un tremendo deterioro, de una suma de pugnas y afrentas con mucha carga de odio donde ya nada parecía importarle. Indudablemente, ya nos habíamos bajado de la nube, ya se había acabado la magia.

De allí en adelante la posibilidad de un contacto físico con ella me siguió causando impresión. Comencé a sentir un rechazo irreprimible por su cuerpo - algo se había secado o se me había obstaculizado por dentro - cualquier beso o caricia suya era recibida con una distancia de témpano de hielo. Crisis que sumada a otros fenómenos me condujo a la deriva en una ciudad irreal.

CAPITULO VIII

SALIENDO DE CASA

Montado en este caballo salvaje y desbocado de situaciones tan calamitosas, no me extrañó el día en que ella me arrojó de Casa Azul. Con las maletas llenas de paquetes, en la calle tuve que pedir asilo donde el poeta Aristizábal, donde un poeta marchito de los años sesenta a quien llamaban "Primavera Hipie", y donde Virginia López. Ninguno de ellos me ofreció hospitalidad a pesar de estar yo a punto de coronar el negocio del siglo. (Falta de visión de la gente). Tuve que irme a alojar en las Residencias Ulalume, como cualquier perro extranjero sin amigos en la ciudad, sin un sitio siquiera donde caer muerto...

- José Félix, es mejor que te vayas, no puedo continuar viviendo contigo.

Sentado en una de las sillas de mimbre la escuché, aún con lagañas en los ojos.

- ¿Mi casa qué es? -comenzó. - ¿Una venta de droga? ¿Un expendio de opio? ¡No faltaba más! ¿Es que no te has dado cuenta de que vivimos en un mundo falso? ¿De promesas inverosímiles?

- Pero mi amor, primero hay que soñar, la próxima...

- Y esa idea del mar me tiene cansada. ¡Oh, sí, lo olvidaba! ¡Nos besaremos bajo el Puente de los Suspiros, en una noche estrellada de luna llena bajo la comba de un cielo aguamarina!

Ceñuda, dio la espalda y al volverse vi las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

- Cree en mí y te salvarás -dije.- El que no cree en mí no entrará en el Paraíso.

- ¿En el paraíso? Claro. Seguro con la ayuda de su tal Reverendo. Otra falacia. Sinceramente no te entiendo, parece que una cosa siempre encubre otra, no sé lo que piensas, quién eres... Eres un embustero, más bien un mentiroso. Recuerda que ahora tendrás que salir por esa misma puerta por la que un día entraste sin cinco. Otra vez vuelve y juegan las calles...

- Mi amor, lo bueno de los sueños es que un día pueden convertirse en realidad. En este momento estoy a punto de conseguir un montón de billetes. Pero tienes que creer. Si ni siquiera tú crees en mí... Entonces...

Pareció tranquilizarse. La luz que había comenzado a entrar por la ventana, ahora huía como boca torcida por esas mismas calles, por esas mismas bocacalles del mar y del hastío, de los días volátiles en las dudas eternas, de la eterna historia patria de la infamia, de la mutua incomprensión, del truquito y la maroma nacional. Parece que Anabel hubiera entrado y salido de
la luz proveniente del mar que se deshacía en gajos plateados por la ventana desdibujada.

- Pero ¿cómo? ¿De qué manera? Me di cuenta de que esos tipos que el domingo vinieron a visitarte son mafiosos. Estás en algo y yo he sido la última en darme cuenta. ¿Cómo he podido ser tan pendeja? Una persona que siempre ha andado a pie, ahora cogiendo taxi para ir a cualquier parte. Las llamadas telefónicas que la dejan a una con la pupila como un bombillo prendido durante todo el día.

Ya sé que ha conseguido billete en estos días, pero ¿qué hace con él? ¿Montar en taxi, rumbear, comprar droga...? De todas maneras no da nada para la casa. Antes, por el contrario, se me ha

desaparecido la grabadora. Eso es lo que se sabe, y todo lo demás que puede haberse perdido. ¡No me crea a mí tan pendeja!

- Mi amor, déjeme que le explique...

- A usted no le creo ni una sola palabra. No le puedo creer, siempre anda tapando huecos, encubriendo una fantasía con otra y ahora anda metido quien sabe en qué...

- Corazón, le prometo que en quince días, no, en una semana...

- Ya no puedo más -Sollozó.

- Vamos a comenzar otra vez, a llevar una vida normal, estable. Vamos a realizar muchos sueños.

- Es que no me has entendido -dijo ella-. Esto se acabó definitivamente. No quiero tener nada que ver con sus sueños-. Fué hasta el cuarto. Terminó de sacar mi ropa; yo detrás de ella.

- No tienes en cuenta que todo esto lo he hecho por ti, por el niño.

Puso muy cerca su cara a la mía. Tenía la ropa en la mano.

- Si nunca has hecho nada por él, no creo que lo vayas a hacer ahora. Por ti fuera se hubiera muerto de hambre. Eres un asesino, me entiendes... dejar morir a un niño. ¡Un asesino!

Tiró la ropa encima de la maleta y regresó al cuarto. Al abrir uno de mis cajones en el closet pegó un grito como si hubiera encontrado un alacrán. Me acordé del arma. Hace poco la había comprado. Ella nunca la había visto.

- ¡Esto ya es demasiado! Además es muy peligroso y yo tengo un hijo.

- Está bien -dije. Pensé: "Cuando aparezca el dinero se va a tranquilizar. Es mejor hacer esto alejado de ella. Saqué del cajón el Smith-Wesson y lo metí en la maleta, entre la ropa.

- Si descubro esa porquería en la casa se la boto. De manera que llévesela.

Su animosidad era tan torpe que era capaz de hacerlo. Tuve que sacar el problemático maletín del closet.

Lloró inconsolable en el comedor. En medio de lágrimas y el tono rojizo de los ojos, me di cuenta de que me miraba de un modo resentido no desprovisto de una inusitada determinación. "¿Ahora para dónde voy?" me pregunté, "¿Qué va a hacer de la mía vida?"

- ¿Me deja hacer una llamada antes de irme?

- Sí.

- Es para pedir posada a un amigo.

Continuó sollozando. Llamé al poeta Aristizábal para que me dejara quedar en su casa por unos días.

- El todavía no ha llegado - respondió la voz de una niña.

- ¿A qué horas llegará?

- A la hora del almuerzo.

- Gracias-. Colgué. Faltaba un cuarto de hora para el medio día, de manera que debía ir saliendo. ¡Qué vaina! Ir saliendo, irse yendo de casa. "Chao", dije desde el rellano y la observé. Ella se limitó a levantar la vista y propinarme una mirada de odio. Luego miró a la ventana tristemente, la ventana desdibujada como nosotros dos navegando hacia el olvido, hacia el nunca más, señalaba hacia donde ya no estaba yo en un instante porque ahora estaba frente a la Ciudad Blanca de Ultramar, perfectamente inundada como Venecia, con la ropa dentro de mi maleta, un Smith-Wesson y los siete kilos de locura.

No había podido todavía descifrar el misterio de la inundación. Sumergido en el hueco doloroso de la ruptura, no había podido esa mañana de trapos sucios al sol, hablar con ella de todo lo que quisiera; algo así como zambullirse en la noche de los recuerdos peores, de todos los recuerdos de

quejas, quejidos y cicatrices para despejar la maraña, pero me hallaba otra vez frente a la misma carcajada de un destino ominoso burlándose de la luz sobre las cosas como una mueca horrible. Otra vez la máscara sobre la realidad, el mismo mar en el centro enlagunado del olvido. Descendí las gradas de la Colina de la Deshonra hacia el embarcadero. El sol brillaba despidiendo haces dorados sobre el pecho del océano y yo debía parecer un turista con mi equipaje y las gafas oscuras para las reverberaciones.

- ¿En cuánto me tira a las playitas de Santa Mónica?

El negro de camiseta de franjas negras y blancas, como un gondolero veneciano, me recibió la maleta para abordar el navío que no era más que un barquichuelo, uno de esos primitivos "potros" de los pescadores que sortean esteros y costas del Pacífico. En la marejada del atracadero otros botes chapaleaban entrechocándose unos con otros a la espera de pasajeros. El maletín de deportista continuó pendiendo a mi costado durante el trayecto; con el meneo del potro de tanto en tanto golpeando contra el revólver. Viendo al negro remar, el movimiento de tensión y distensión, rítmico, elástico, lento, se me ocurrió preguntar sobre la inundación.

- Me extraña mucho que usted me pregunte eso, patroncito.
- Es que yo vengo de lejos, soy turista -mentí- y según tengo entendido, la ciudad no poseía antes mar.
- ¿Que usted viene de lejos?
- Sí.
- Yo a usted lo he visto mucho por aquí.
- Debe ser el otro, uno que es muy parecido a mí. Realmente yo nunca he estado en esta ciudad, o al menos antes no era así...

Lo miré, ahora tenía una expresión de fastidio y los músculos de la cara tensos. Parecía concentrado por completo en la navegación y carecer también por completo de ganas de hablar.

Santa Mónica alta continuaba igual que antes. Lo había observado desde el primer día. Una cuadra más arriba de la avenida que bordeaba la costa encontré la casa del poeta Aristizábal.

Lo había escogido en primera instancia para visitarlo pues me parecía un tipo sano, leal, de buena reputación y su casa un lugar ideal para pernoctar en paz. Evalué las casas de otros amigos como posibilidad de alojamiento pero me pareció que quizá allí residía demasiada picardía; los paquetes de mi dorado futuro allí podrían correr peligro de saqueo o apropiación. Imaginé a uno de ellos sacando de mis sueños una suculenta tajada.

Era una de esas horribles casas forradas en azulejos y con rejas y verjas por todos lados, como una jaula. El poeta Aristizábal no había llegado. Entré. Al llegar y verme en la sala esperándolo exclamó: "¡Cómo! ¿Usted por aquí? ¿Con maletas y todo?"

- ¿Y eso qué le pasó? - Preguntó quitándose el saco y colgándolo en el perchero. Era alto, delgado, piel oscura, casi calvo, unos pelitos crespos encima de la oreja estirados hacia atrás con alguna grasa. Se sentó y me miró detrás de unos espejuelos redondos. En esas comenzó el noticiero del medio día y el poeta Aristizábal se olvidó por completo de mi visita. Los dos quedamos lelos frente al bicho sagrado.

Se hablaba de los muertos sin identificar en las fosas comunes, que hinchándose y no cabiendo en ellas habían comenzado a salirse y obstruir otros espacios como los cultivos en el campo, los ríos, las playas. Se dijo que muchos de ellos, no estando suficientemente muertos, deambulaban por las calles intentando repetir las costumbres de antes, "Ellos hacen el amor, ven televisión, bailan, van a la playa", decía una mujer en la pantalla con un parche en un ojo. Se recomendó no hacerles caso ni

violentarlos, mientras la Constituyente decidía si había necesidad de volverlos a enterrar, o repararlos para integrarlos a una vida normal ciudadana. Era indudable que el sueño continuaba.

Miré al poeta de refilón. Arrobado, observaba como antaño el sacrosanto noticiero. Faltaba que se arrodillara. En la sonrisa de imbécil instalada en su rostro me pareció ver un rictus de tristeza. ¿Estaría muerto?

Se hablaba de los diversos grupos de paramilitares que operan en el país: El Vengador Justiciero, la JIC (Juventud Inconforme Colombiana), MUMU (Muerte a Muertos), BLAC-FLAG, RACUMIN, KUPEX, NOCAUT, MAEX (Muerte a Expendedores), MATRA (Muerte a Travestis), MACA (Muerte a Carretilleros), MAVA (Muerte a Vagos), MAUP (Muerte a UP), etcétera, etcétera.

- Falta el MAPOE -apunté.
- ¿Cuál es ese? -preguntó.
- Muerte a Poetas -dije.

El sonrió de mala gana. En realidad el chiste era pésimo

- Lo que yo quería recalcar es lo absurdo de la situación -dije. - La gente que liquidan y no tiene que ver con el asunto; empleados, obreros, señoras que han caído....
- Sabe que a mi no me parece tan absurdo maestro- y me dijo "maestro" con un ojo por debajo de una ceja levantada -. La gente bien tiene derecho a armarse, a defenderse de tanta "gentuza". ¿Ya almorzó? Se irguió con donaire. "Si". Echó los hombros atrás, enderazándose y se paseó rígido por aquel espacio que antaño había estado atiborrado de objetos y que ya había ido sobrepasando el grado de la sobriedad hacia una especie de desmantelamiento general. Eran visibles huecos donde antes había porcelanas, lámparas, floreros, cuadros, materas.
- ¿Ya almorzaste?
- Sí.
- ¿Hortensia! -gritó.
- Sí señor -Contestó una voz femenina desde la cocina.
- Sirva otro puesto en la mesa.
- Dije que ya había almorzado.
- ¡No sea pendejo! ¿Qué va a tomar de aperitivo? Aguardiente, whisky, cerveza.
- Está bien, un aguardiente no me caería mal en este momento. Fué a un mueble de rodachines y me sirvió una copa. "Salud, salud".
- Bueno, ahora sí maestro, cuente...
- Hermanito quisiera pedirle un favor Necesito asilo político por unos días.
- ¿Político?
- De manera que ahora José Félix Vásquez se ha dedicado a la politiquería.

Rió abiertamente. Parecía que ese primer trago le había entrado muy bien. De súbito cortó la carcajada y preguntó:

- ¿Peleó con su mujer?
- Sí.
- ¿Lo echó de la casa?
- Sí.
- Bueno, eso sucede en las mejores familias.

Volvió a reír pero el sonido de su risa era alarmante y falso. Me di cuenta de que no le había gustado. No podía quedarme en esa casa.

- Sabes que esta es tu casa, que aquí puedes quedarte cuando quieras. Lo que pasa es que en este momento han llegado una hermana recién separada con dos pelados. No hay donde.

Fué al equipo de sonido y puso a Luciano Pavarotti.

- No importa -dije. Yo me quedo en cualquier parte, aquí en la sala, ya sabes que conmigo no hay problema.

- Es que no es eso- dijo aflojándose el nudo de la corbata. Lo que pasa es que todo el mundo sabe

- ¿Todo el mundo sabe qué?

- Eso que usted no sabe, todo el mundo lo sabe.

- Correcto, yo no sé nada. No sé lo que pasa, ni lo que ha pasado. ¿Tendría usted la gentileza de informarme?

- He ahí el dilema. Todo el mundo sabe por donde vuela la torcaza, menos la torcaza.

A mí también me conocen. Trabajo en la universidad. Ahora me estoy metiendo en política. Ya sabes que la imagen . Tengo que cuidar mi imagen. Una cosa es la rumba, otra cosa es cuidar la profesión.

Hortensia llegó con el plato supuestamente para mí. El se paró y fue a sentarse a la mesa. Yo fui detrás.

- Bueno, ¿por qué no me deja guardar estas maletas aquí, mientras busco otro sitio?

El poeta Aristizábal hizo un gesto de que me sentara y se colocó la servilleta en los muslos.

- Hombre, ¿qué te pasa? -dijo- Yo sé lo que hay en esas maletas. Después las llamadas al exterior, los recados por teléfono. De manera que ahora me van a poner a mi de "gancho ciego".

- Puede volver ese plato otra vez a la cocina -dije a la criada.

Me despedí y salí cargando mi pesado y no bienvenido equipaje de sueños, arrastrando mis nueve kilos de "felicidad" por la luminosidad callejera.

En la esquina abordé un pesado bote. Me dirigí a Juanambú, donde vivía el profesor de la universidad Eugenio Rosas, a quien los estudiantes le decían "Primavera Hipie". Su casa debía permanecer intacta como toda la parte alta de la región.

El armatoste antediluviano llamado "Luz Dary", navegó incongruente por un paisaje de sueños trastocados. Los "potros" de los gondoleros negros se mecían a ritmo de salsa en los embarcaderos barnizados de sol. Vi en las montañas avenidas serpenteantes ciñendo en "eses", entradas y salidas, las redondeadas protuberancias; vi construcciones apeñuscadas como cajoncitos multicolores pegados en las duras y áridas superficies de los cerros. Imágenes parecidas sólo había visto pasar con fugacidad en el cine o en tarjetas postales de encantadores pueblitos italianos colgados en las riberas del Mediterráneo; abajo sectores de piedra caliza ardiente y estrechas playas refrescadas por el agua.

Vi los árboles negros y estáticos en un aire inerme; un cielo despejado, quieto, raro y las rápidas y ascendentes evaporaciones acuáticas superponiéndose en amplios espacios, como vastas máscaras de transparencias sobrenaturales.

El dinosaurio atravesó el norte por canales de palmeras africanas, casas solariegas de los años cincuenta, antejardines con matas de coca, se deslizó entre veraneras y rugió en la esquina de un semáforo. El remero era idéntico a su vehículo como lo es un perro a su dueño, oxidado y oloroso a viejo. Consolidaba su personalidad jovial con un vehemente sombrero de ala ancha. Le dije que yo había vivido en el campo por un tiempo y no me había enterado realmente como había sucedido la inundación. De lo que sí me acordaba era de las lluvias crecientes en octubre, del estado de emergencia, sobre todo en los barrios nororientales donde el agua había llegado a alcanzar hasta un

metro de altura. Contestó, apenas dándome una mirada de reojo por un espejo, como una solterona atenta asomando su ojo de cachalote por una ventana, "Si no lo supo por la televisión, no lo podrá averiguar de ninguna manera, porque los libros, los periódicos y las revistas se acabaron hace mucho tiempo y no se puede andar por ahí haciéndole caso a las locuras que dice la gente". Quedé perplejo y ansioso de que continuara pero no pude volverlo a hacer hablar.

Entonces me acordé de Gustavo Von Aschenbach viajando hacia su muerte en Venecia. Su magnífica perspectiva al entrar en barco a la más inverosímil de las ciudades. Su estremecimiento, su secreta opresión al montar en una góndola, una extraña embarcación con una negrura que sólo poseen los ataúdes. "¿Y se ha notado que el amplio sillón barnizado de negro es el más blando, más cómodo, más agradable del mundo? Aschenbach se dio cuenta de ello cuando se sentó a los pies del gondolero... Los remeros seguían riñendo, pero el silencio peculiar de la ciudad parecía absorber blandamente sus voces, apaciguándolas y deshaciéndolas en el agua... La travesía será corta - pensó Aschenbach - ¡Ojalá durase siempre!... Lentamente, con suave balanceo, iba sustrayéndose al ruido, a la algarabía de las voces". Luego el gondolero de dialecto incomprensible lo conduce a donde él no quiere ir. Parece a propósito no querer entenderlo. No era el caso mío. Estaba en mi tierra, pero existía alguna secreta conexión. Quizá ambos viajábamos hacia el mismo largo, último silencio, en una góndola ataúd, en este caso llamada "Luz Dary". El gondolero de sombrero de ala ancha, antes de llegar a casa del amigo Eugenio Rosas - el marchito profesor de los años sesenta - volvió la cabeza al asiento de atrás para mirarme de frente y abriendo bien los ojos de pescado mamífero, sentenció:

- Los designios del Señor son inescrutables.
- ¿Entonces fué Dios? -pregunté.
- Evidentemente caballero. - Palmoteó disgustado el remo -. Pero usted le está otorgando el humano defecto de la culpa.

El bote se detuvo. Habíamos llegado.

- ¿Pero fué un sismo o una erupción volcánica?
- El viaje es una ilusión; da lo mismo. -Sonrió indolente.
- ¿Cómo va a dar lo mismo?
- Me debe seiscientos pesos más -. Parecía un siquiatra estirando la mano por el dinero al final de la consulta. Sonrió aún más y con tanta gracia que me hizo sonreír -. Sólo el Pastor sabe como hace sus cosas.
- ¿No será el diablo el que está haciendo sus cosas? - repliqué.

Pagué y bajé de aquel bote antediluviano. "¿Quién estará más loco?" - me pregunté - "¿El o yo? O quizás tenga razón y yo esté confundido. No hay que creer" -. Al volverme vi el Luz Dary - féretro y su conductor, místico analista entre las aguamarinas evaporaciones, doblando la esquina del canal de Juanambú.

La casa era extravagante. Tenía forma de torre circular. Las ventanas semejaban medialunas o pedazos de estrellas. Un letrero decía: Villa Morrinson. El debió haberme visto por alguna de las ventanas de aquellos tres pisos. Debió haberme visto abajo con la peligrosa maleta porque después de timbrar y llamarlo, repetidas veces, se demoró mucho tiempo en abrir. Primero apareció su melena hirsuta con crespitos mojados sobre la frente. Estaba asomado por un fragmento de estrellas en el tercer piso.

- ¿Andás de viaje o qué? - Preguntó al momento, invitando a entrar.

- Más o menos - Contesté.- Pero no en el viaje interior, ni en el viaje astral como vos, sino en el viaje del rebusque.

-- Ajá-- repuso. Llevó el índice a la boca y frunció el entrecejo. Adoptó una actitud pensativa mientras caminaba. Lo seguí con mi equipaje por el abismo de unas escaleras destartaladas por cuyas regocijadas hendijas asomaban tiernas y alegres maticas y hasta honguitos. Llegamos a un espacio que debía hacer las veces de sala. Había allí una hamaca de Artesanías de Colombia y unos amplios cojines forrados con telas indúes y pakistaníes de espejitos. Aliviado descolgué las maletas en un rincón. Frente a mí se hallaba un balcón de corte circular. Se veía una porción de árbol, algunas torres de la ciudad y al fondo el mar. Un mar verdoso. El se interpuso entre el paisaje y la hamaca.

Un movimiento vaporoso de pliegues de algodón en su camiseta con naranjas y azules estallidos solares se instaló perfectamente en un confortable y candoroso campo de asoleadas margaritas.

- ¿Ar yu fain? ¿Ar yu okey?

- Yap - Contesté.

Su posición al frente mío, preguntando en inglés con los brazos abiertos en franca cordialidad me hizo recordar conciertos de rock, "beautiful" people, tiempos idos. Era visible el terreno ganado por el tránsito de los años en calvos sectores de su cabeza, la proliferación de arrugas, la piel marchita. Sin embargo, persistía aquella sonrisa. Aquella reveladora sonrisa metálica de duro y pesado roquero viejo como una costra arrugada, una piel indestructible de tortuga.

- ¿Quiere marihuana? -- preguntó en un perfecto español y luego añadió en un inglés afectado: "Ai jaf a veri veri gud gras, di best". Subió por un hueco en la pared hacia otro piso. Luego bajó descolgándose por aquel lazo como Tarzán. Traía la hierba.

- Estaba a punto de "trabarme". Llegó a buena hora. Pero ¿qué vientos lo traen por Villa Morrison? - Preguntó.

- Los vientos de la fortuna. Dentro de una semana vamos a estar llenos de billete. Usted sabe que si me va bien a mí, le va bien a usted.

- No dudo de su generosidad. Pero ¿a qué se deben las maletas? ¿Tiene los aparatos allí?

- Exactamente.

- ¿Y por qué se vino para acá con eso?

- Ando buscando un sitio donde quedarme unos días.

- ¡Oh! ¡Mai god! ¡Shit! - Expulsó con fuerza, como un estornudo, el humo ácido de la marihuana en mi cara -. ¡Eso sí está muy tenaz! repuso llevando el puño a la boca. Semblante preocupado. - ¡Eso sí está muy tenaz!

Se paseó con la misma actitud. Luego me miró como a un bicho raro.

-- No viejo Félix, ¿usted en qué película anda?

-- Dentro de una semana vamos a llenar esta torre de billetes.

- Estás loco - dijo.

- Ahora sí, nos vamos a poder dedicar al arte. Vamos a hacer cine - dije acercándome.

- Vos siempre con esa historia. La misma historia.

- Ahora sí es de verdad. Cree en mi y te salvarás. En un instante puede cambiarse toda la vida de una persona.

- ¡Que va! Hoy no creo ni en mí mismo.

Lo tomé de los hombros, lo miré a la cara, le hablé en un tono más convincente. - Genio -. Le dije. Sabía que le gustaba que le dijeran "genio"-. Nosotros hemos sido amigos desde hace mucho

tiempo. No quiero verlo arrepentido mendigándome. Hágame caso. - El que no tiene donde caer muerto es usted -, dijo, apartándose de mi y enfatizó el usted con el índice como un revólver apuntando mi cara.

- Hoy por mi... Mañana por ti.

- "Nothing my dear". Esto por aquí está muy caliente. Usted lo que quiere es ponerme de gancho ciego.

Lo tomé de un hombro, lo sacudí.

- Viejo man, no sea paranoico, tranquilícese. Esta vaina es segura.

- Seguro mató a confianza -- dijo Primavera.

"Ahora voy a pintar". Primavera se dirigió a un cuadro esbozado en un caballete. Al parecer, la pintura era la última cara de su personalidad. Cuando lo conocí, era músico de rock sin banda ni equipo, escanceaba en las calles en conciertos y fiestas su fluido discurso de trotamundos enterado de las últimas tendencias de la libertad del pensamiento y las diferentes formas del amor. Hablaba con la misma íntima fogosidad de Yoko Ono, Budismo Zen, Marcuse, Bob Dylan o de sus locas experiencias en el Village. Luego su energía se orientó a una arquitectura basada en principios indigenistas y de un día para otro se graduó de arquitecto en la universidad de los Andes, aunque también de antropólogo en la Nacional. Eso decían. Después lo vi con la rubia. Una mujer alemana de ojos tan azules como el agua de una piscina y de pelo tan mono que parecía blanco. A la chica cuando le preguntaban sobre el oficio de su marido respondía que él no era músico de rock aunque había tocado en conciertos y fiestas con John Lennon y otros del mismo calibre, que su marido no era arquitecto ni antropólogo sino genio. Un genio de la literatura.

Al parecer aquella belleza teutónica debió cansarse de tanto luchar con la vida rastrera y cotidiana de su matrimonio, no debió ser muy feliz con este pequeño León Tolstoy adoptado en casa fumando marihuana, botando corriente durante todo el día, pues una mañana cualquiera le dijo a su flamante marido que ella iba al supermercado para regresar en un instante. Fué y sacó de la caja de ahorros sus últimos denarios, se dirigió al aeropuerto donde tomó un avión para Deutschland, cuyo billete había comprado con calculada anticipación y nunca más regresó a Colombia. Ahora, a juzgar por el cuadro en el caballete y por otros similares colgados en las paredes, el caudal creativo de Primavera Hipie se estaba encaminando hacia una escalofriante plástica esotérica de "difícil comprensión para el vulgo". Debido a un gusto, a un constante ejercicio por establecer siempre la diferencia entre lo falso y lo auténtico, observé por un momento aquella desapacible sicodelia astral de desestabilizadas figuras dudosas y manchones estrafalarios fosforescentes.

No tenía en ese momento donde ir, donde quedarme. No había solucionado todavía ese problema.

- Artista - le dije- no le estoy diciendo que me deje quedar toda la semana. Déjeme quedar esta noche, es que no tengo a donde ir. Yo mañana veré que hago.

- Negativo maestro.

Antes de salir, desde la puerta, me volví equipaje en mano y viéndolo que posaba una mirada trascendental sobre el cuadro, le dije:

- Primavera.

- ¿Qué?

- Esa pintura no funciona -.

El café "Dei Turkey" estaba cerca de allí, a unas cuatro cuadras, cerca de la oficina de correos. No había necesidad de tomar un taxi. Bajé por la pendiente hasta el nivel del mar. Más que el peso del equipaje, lo que me molestaba era andar de maletas por la calle, sabiendo el cargamento peligroso

que llevaba a cuestas.

En el café ya había pasado la hora del almuerzo. Era esa hora donde las moscas rondan sobre las mesas, los meseros permanecen impasibles, la digestión del sancocho de plátano rueda lenta, pesada en el estómago. Hora buena para una siesta, para dejar de pensar y olvidarse. No para andar en estos trajines: recién separado de la mujer, andando por una ciudad inexplicablemente inundada, (un Smith Wesson por si las moscas y diez kilos de vértigo encima). No vi a nadie conocido. Me senté en una mesa cerca al teléfono público. Saqué la libreta de teléfonos y me puse a buscar si realmente me quedaba un amigo para visitarlo en esas circunstancias. Un amigo de confianza que no fuera a tumbarme. Además, que se aguantara lo de los once paquetes en casa. A ese filo del día, buscando en mi repertorio de amistades, a la única persona que encontré fué a Virginia López, quien tampoco me recibió haciendo gala de una incomprensión total. Fué en ese momento cuando la llamé; después de salir de Villa Morrinson y no me quedó más remedio que ir a dormir a las Residencias Ulalume. Fué esa noche cuando di una vuelta por el Malecón y llegué hasta el viejo caserón donde antes vivían mis padres, donde transcurrió mi infancia y adolescencia y de donde salí espantado, casi corriendo para volver a meterme en las cobijas de aquel hotel. Fué a la mañana siguiente, cuando todavía en un estado entre el sueño y la pesadilla me dirigí a casa de Anabel donde viví una escena que preferiría no haber vivido. Salí de allí con el corazón encogido y volví, cosa nada rara y en ese momento muy necesaria, a caer en la zona del ocio, volví a los cuatro cafés y a las tres esquinas recurrentes. Allí me encontré con el Richard y la Nena como una rosa de la mañana que había que tomar, una ofrenda de día incierto a la belleza. Les di unas muestras y me compraron. Dos para cada uno. Tomamos cerveza en esa hora temprana de la mañana. Al café tenía que volver, siempre lo hacía. Por la mañana, por la tarde, o por la noche, siempre volvía a caer en esa zona de ocio cerca de la oficina de correos donde cualquier cosa podía ocurrir, donde podía hablarse de cualquier tema sin dar lugar a escándalos mientras los carros pasaban por la avenida en el ajetreo de un tiempo inexistente. Allí en el café Dei Turkey, entre ensaladas de berenjena y guacamole, se guardaba la memoria de una ciudad frívola. (Una ciudad de corazón negro y fachadas blancas). Aquellas neutrales mesas, sin pestañear, habían registrado la historia de cada uno de sus habitantes. Cada uno había pasado por allí en algún momento para dejar caer un pedazo de su vida; un lamento, un chisme como lava ardiente y vivificante, el hueco silencioso de un rato de tedio; un cuento de amor resquebrajado, un encuentro casual o acordado; todo, desdicha y felicidad, alimentaban su aire enredado de palabras, de aromas, de humo de cigarrillo y pitos de autos, mientras la tarde nacía o se ocultaba en los recortados intersticios entre las camias y edificios. Allí la mañana avanzaba sigilosa nadando en el café, en la taza de porcelana encapotada de nubes lechosas como blancos algodones, el medio día caía vertical con la quietud de la eterna siesta vallecaucana y la noche de paseo y concierto y de cine y de nada se mostraba amplia y hospitalaria como un hotel o un barco encendido de luces.

Como cuando se es extranjero, aún en su propia ciudad, lo que más se conoce son los cafés y los bares, no podía vivir sin el sagrado derecho de tomar tinto y sentarme en una mesa. El cielo estaba nublado y había una luz desafinada, incierta.

Sentía que me estaba haciendo un harakiri, clavándome un puñal en el pecho por conseguir unos malditos verdes papeles y metérmelos en el bolsillo. Yo no era esto, como no podía ser cierto los pájaros tijera ni los alcatraces en vuelo. No era posible el rumor del mar colindante y ese dulce oleaje rutinario en la mañana.

No era posible la canasta de la negra vendedora de chontaduro, llena de langostas, los corales

como canciones de colores, ni las boyas que señalaban los canales del puerto bamboleándose, mientras en el horizonte del mar gris verdoso, errante, suspendido en una luz destemplada, daba la vuelta a la tierra; mientras como un minutero reloj la respiración del agua se iba volviendo triste, pausada...

- Nosotros estamos en capacidad de comprarle esa vaina en dos días - propuso la Nena.
- No fregués que yo estoy hablando en serio -respondí.
- ¡Ve este bobo! - Exclamó ella. Los ojos hermosos oscurecidos un instante por la indignación -. ¡Cuándo no he hablado en serio!

"Estamos en capacidad, nosotros estamos en capacidad", había dicho ella como la personificación misma de la seriedad, de la firmeza y la arrogancia de una ejecutiva representante de una importante empresa comercial. Esta era la Nena, quien apenas contaba dieciséis años, pero hablaba a veces de manera sorprendente como una mujer de cuarenta. Lo irónico y la singularidad de aquel equívoco me divertía. Mientras tomaba un sorbo de cerveza, la vista baja, una sonrisa se aposentó en mi cara. Al otro lado de la mesa, el Richard me observó con un aire de complacencia.

- Es cierto viejo Félix -asintió.
- No le vamos a decir quien es el interesado, lógicamente.
- Nosotros ganamos por astilla de lado y lado. Usted nos da algo y el cliente otro; lo normal, ¿le parece bien?
- Bien, pero es que ustedes no me han entendido -dije. Voz gruesa, mal genio, mirada horrible. Ellos se entiesaron. Un tonito y una mirada mal salida de José Félix Vásquez eran capaces de indisponer a cualquiera. Puse cara de canalla o de ulceroso.
- Esto es serio "llave" o ¿creen que les estoy mamando gallo?

Parecían no creerme. Tenía que convencerlos.

- Es que ustedes creen que yo estoy bromeando, esto es de verdad, es real, pertenece a la vida real.

Cuando dije: "a la vida real", el Richard cambió su estado de ánimo grave que yo mismo le había infundido por una repentina euforia. Tener que explicar que una cosa pertenecía a la vida real era algo absurdo, pues claro. Sin la elasticidad complaciente del Richard, la Nena me observaba con cierta displicencia que rayaba en hostilidad. Maestra de la noche, rumbera y seductora profesional, se sabía irresistible y administraba ese polo de atracción con la soberanía de una reina que toma lo suyo. Conocía el brillo de la noche que le correspondía por antonomasia, por injerencia natural y todo ese espacio para usufructuar no era compatible con otra persona. Sospeché que, como su brillo territorial no podía ser obnubilado, en ese momento yo, con el poder mágico de unos doce paquetes, representaba para ella de alguna manera una insufrible competencia.

Mi voz sonaba ronca, asustadora, llegaba hasta ellos con intencionalidad de papel de lija rastrillando ásperamente el aire, mientras la Nena apenas se asomaba a mirarme por las ventanas de sus lindos ojos fríos. De repente caí en cuenta de que yo nunca les había hablado a ellos del negocio o, por lo menos, no me acordaba de haberlo hecho. Seguramente alguna vez al desgaire, tangencialmente y ahora lo había olvidado.

- Bueno, pero ¿quién les dijo a ustedes lo del negocio? - Pregunté.
- Nosotros sabemos - respondió el Richard. Arqueó las cejas negras, debajo de los ojos alegres, brillantes; la tez blanca, nueva, joven; las comisuras de la boca hacia arriba. Todo en su rostro denotaba placidez y ese rostro jovial tan cerca, frente a mí, me fue derrumbando; ellos sabían pero yo no sabía que ellos sabían, ni como lo habían sabido. Yo no tenía control de eso. Aún no me

habían contestado la pregunta.

- ¿Pero quién les dijo? -volví a preguntar.

- Nosotros sabemos -volvió a contestar, no esta vez el joven sino la niña -mujer. Lo hizo de una manera que expresaba te jodiste, subiendo las cejas con suficiencia. Me di cuenta que tampoco me iban a decir quien les dijo. Era imposible saberlo a través de ellos, allí estaba el rostro impenetrable de la Nena con las cejas arqueadas como una cortina de hierro.

El problema era mío y solamente yo podía resolverlo. Yo hablaba demasiado y el servicio de información era demasiado eficiente. Bastaba con planear un viaje para que todo el mundo le preguntara en la calle; "Cómo le fué?". En cambio los sucesos públicos, grandes catástrofes, asesinatos, se transmitían sin ninguna explicación, como si estuviesen destinados a un olvido inmediato. No había caso de indagaciones, mucho menos de índole privada. Por ejemplo, ¿de dónde acá había salido este tipo Jorge que esta mañana estaba con mi mujer? Seguramente todos sabían pero no iban a decírmelo. El marido es el último en darse cuenta, según dicen. ¡Pueblo chico infierno grande!

No sabía como la gente se enteraba de los sucesos, si por arte de magia o telepatía, pero en todo caso parecía que avanzaran en un sentido de luz mientras que yo me encaminaba cada vez más a las tinieblas, al corazón mismo del desconocimiento, de la incomprensión.

Debería entender a toda costa lo que pasaba. Pero no era precisamente a través de aquellas preciosas estatuas de piedra que tenía a mi lado que iba a lograrlo. No era a través de aquellas joviales joyitas, a través de aquellas bellezas impenetrables. Pensamiento que me hizo aspirar el cigarrillo con fuerza, profundamente, exhalar una bocanada espesa de humo azul como un chorro de fluido vital; apretar los dientes, abrir la boca, tomarme un sorbo de cerveza, mirar para otro lado sin ver los escasos transeúntes circulando por la calle que bordeaba el café. Regresé a ellos y les dije:

- Bueno, entonces no hagamos nada. Yo solamente quería darles estos "quiebres" de muestra. Que nos tomáramos una cerveza.

- No te pongas así -dijo Richard.

- Nosotros te compramos eso, no seas bobo -recriminó la Nena.

- En dos días vas a estar coronado, como un rey - reforzó el Richard.

- Está bien. En caso de que aquello ocurriera, lo cual me parece muy difícil o imposible - Les dije como para bajarles un poco el entusiasmo, como para que se dieran cuenta que yo era el de la mercancía, el que podía hacerles un favor vendiéndoles y que ellos eran los interesados.

- ¿Cómo lo haríamos? - pregunté.

- Vos sabés como se hace eso -contestó el Richard. - En cualquier parte hacemos un cambio de maletines. Después cuadramos los detalles. Lo importante es que ahora estemos de acuerdo.

- Vamos a ver -repuse. Me puse de pie y fui al baño. Cerré la puerta y pensé: "Menos mal que no tengo los "tales" conmigo. Menos mal que alcancé a esconderlos en el closet, con el pesebre. Hubiera sido un problema con este par de bellezas".

CAPITULO IX

EL REVERENDO

Supe de Julio García y el Tártaro que se hallaban hospedados en un hotel ubicado en una zona de diversión de la ciudad, a la cual tendría que llegar atravesando un tramo extenso de mar. Hasta ahora, era la travesía más larga que me había tocado efectuar. En la estación, un funcionario de gorrito negro me dijo: "El barco de las tres sale a las cuatro". Lo cual tampoco fué cierto. Subimos a bordo como a las cinco y media. En la espera, sentados en dos largas bancas, algunos pasajeros incluso yo, comenzamos a impacientarnos. Las observaciones que se hacían sobre la eficiencia de la empresa no eran nada halagadoras. "En esta empresa uno nunca sabe qué puede pasar", comentó alguien. "Es probable que la lancha nunca salga o quizás ya salió". "Parece que se robaron la gasolina", dijo otro. "Es mejor no preguntar para no enterarse de algo horrible". "Señor, tenga mucho cuidado con su maleta porque se la pueden robar. Uno nunca sabe".

En vista de que el barco no apareció, cuando se aproximaba la 8noche, tuvimos que distribuirnos según consejos de aquella empresa irresponsable, en dos lanchas con motor fuera de borda.

A pesar de las severas transformaciones sufridas por la ciudad, y de ciertos progresos, subsistían en muchos aspectos los mismos defectos de antaño. En la nueva Ciudad Blanca, estriada de canales, se requería de gondoleros para ciertas distancias, ya que el agua era calma como una apacible laguna en aquellos lugares. Pero en otros, dado el mar abierto de la bahía, se sentía el mismo ímpetu normal del Pacífico, de tal forma que algunos trayectos debían cumplirse en lanchas con motor fuera de borda, mientras que otros requerían de embarcaciones de mayor calaje.

Abordamos una pequeña lancha, La Marleny, un excesivo número de personas. Como ya lo he dicho, por debajo de las novedosas vestiduras, maravillosos puentes, torres y canales, sobrevivían como por inercia histórica -como plantas parasitarias ya muy difíciles de extirpar de la mente- muchísimas mañas de los días en que la ciudad era como "una larga siesta de verano empotrada en la cordillera".

Apenas alejándonos de promontorios de concreto, modernas y lujosas edificaciones de hoteles, amplias casas californianas con muchas ventanas y persianas de madera, palacios árabes y bungalos en los acantilados, cuando comenzábamos a entrar de lleno en la vastedad del golfo, vimos un desfile de balleneras que se dirigía al puerto. Jóvenes vestidos de blanco con cachuchas azules en barcas también blancas sobre las que iban las reinas de belleza en vestidos de baño. La muchedumbre agolpándose en los malecones para recibirlas. Entre las ovaciones se escucharon estallidos de pólvora, luces de bengala y cohetes iluminaron el cielo ya oscurecido. Muy cerca de nosotros a un costado, pasó una gran pancarta que decía: "Viva la Reina de los Gozones". Otros avisos decían "Arriba la Reina de Khaliventura". "Viva la Reina del Chontaduro". Entre bombas y globos y muñecos folclóricos vimos los brevísimos vestidos de baño que parecían ceñidas pieles de tiburón al cuerpo, mujeres morenas y blancas semidesnudas adornadas con grandes penachos, abanicadas y servidas por negros que simulaban ser sus esclavos. El desfile pasó muy cerca de

nosotros, de costado y, a medida que nos íbamos distanciando dejamos en lontananza el puerto con su lejano estruendo de alegría, como una orquesta de sonidos absurdos naufragando al fin del mar y, de vez en cuando, los ramilletes pirotécnicos y ríos bifurcados de pólvora en el cielo ofrecían una visión iluminada de la ciudad con sus fachadas de cal resplandecientes. Hasta que no vimos más. Salimos por completo de la bahía y un cerro nos tapó la ciudad y jolgorio; frente a nosotros sólo se hallaba la noche negra sin diferencia de mar y cielo y, al fondo, otros nuevos punticos de luz que parecían ser nuestro destino.

Muy pronto el motor de La Marleny, sobre esforzado durante el trayecto, empezó a fallar, a pararse lentamente, asfixiado,
comenzó a toser y a escupir hasta que se detuvo. Por otro lado, la embarcación había ganado agua de tal manera que ya casi llegaba a la altura de los tobillos de los pasajeros. Estábamos a la deriva. El negro y el ayudante sacaban con un coquito y un tarro vacío de galletas el agua y la tiraban de nuevo al mar. Sin embargo, el agua continuaba entrando de modo alarmante. Una señora robusta de acento bogotano, comenzó a gritar: "Nos vamos a ahogar, nos vamos a ahogar. ¡Yo no sé nadar!" Un grupo de borrachos sin percatarse de la gravedad continuaban su farra. Asaltados por el pánico, se hallaban también, una morocha prostituta del puerto, otra mulata vestida de fucsia con violeta, y un señor mayor con unos niños. Unas travestis muy altas y fuertes, con pelucas, decían: "La que no sepa nadar para qué monta en lancha.... para qué vino a esta fiesta mija, ¡ay sí! ¡Qué jartera la gente así!"..

Continuó llorando la señora: "Yo para qué vine a esta ciudad corrompida, yo que había prometido no volver a montar en lancha".

- Pues si no le gusta montar no monte mija -dijeron las locas- pero no la venga a montar aquí.

"Para qué vine al mar. Venirme a morir a este charco sucio ", lloraba la señora.

Siguió una tempestad y la lancha a duras penas avanzó a punta de remos unos cincuenta metros más hasta hundirse por completo. Faltaban más o menos cien metros para llegar a tierra.. Me hice al agua sin mirar atrás. Pensé solo en un objetivo; llegar a las luces que tenía frente a mí. Nadé pausadamente, sin desesperación, haciendo el propósito de no agotarme ni esforzar en demasía el cuerpo. Después de muchas dificultades; leños, corrientes de agua fría, pérdida de orientación a causa del vendaval, logré llegar a un muelle de embarcaciones menores. Busqué desaforado la escalerilla y al pisar concreto no podría creer que me había salvado.

Es agobiador pensar que hasta ahora no he vuelto a tener noticias de los otros viajeros. Pueden estar muertos.. Mucho menos he vuelto a saber de La Marleny. Es probable que éste haya sido su último viaje.

En la oscuridad de aquella noche, jadeante y asombrado vi una serie de luces y avisos resplandecientes: moteles, casinos, discotecas, prostíbulos... Me hallaba en un sitio de alta concentración nocturna. Me alojé en un pequeño hotel llamado "Miramar". Casi a la entrada del hotel, en un almacén de bagatelas donde vendían desde barajas españolas hasta Chivas Regal, desde quijadas de tiburón y serpientes en alcohol hasta antibióticos, encontré una camiseta china y unas bermudas. Lavé la ropa y la puse a secar, bajo la lámpara, junto con el dinero. Me saqué el agua de mar en la ducha, pedí aguardiente y permanecí desnudo en la cama cerca de una hora. En aquella estrecha habitación no había cortinas en la ventana, que permanecía sellada por una gruesa pintura verde. "¿Cómo podría verse el mar desde allí? ¿Por qué el hotel se llamaba Miramar?"

Experimenté el miedo como algo físico, palpable. Había algo aterrador y miserable en los últimos sucesos. Intenté recuperar el recuerdo de la casa en la colina, la secuencia de unos días ordenados,

porciones de vida cotidiana con Anna Bell y el niño, perfectamente nobles en esa sucesión de levantadas y acostadas, de desayunos, juegos y comentarios triviales compartidos. Esa normalidad ya no existía, era irrecuperable, tendría que adaptarme a una vida azarosa. El mundo había cambiado dejándome atrás, en cada momento podría ocurrir algo insospechado. La vida se desenvolvería ahora en hoteles anónimos, entre gente gris y trágica.

Salí a conseguir algo liviano para comer. En un puesto de hamburguesas callejeras me dijeron donde quedaba el Hotel Alcatraz donde estaban hospedados el nariz de papa del Julio García y el tartamudo del Güilian.

El sueño principesco de Anna Bell, salones y fiestas, había concluido. Ahora me hallaba en la intemperie, entre bribones.

El hotel estaba ubicado en una callejuela colateral, apartada de la avenida principal. En aquella zona, había residencias de familia que debido a las crecientes producidas por el vendaval, las goteras e inundaciones internas de sus casas, habían sacado edredones, camas y colchones a secar afuera y algunos de estos utensilios domésticos colgaban de los árboles, o reposaban en los jardines y andenes. El centro de la callejuela atravesado por un arroyo, debido a un problema de cañerías, era necesario sortearlo colocando una tabla de orilla a orilla a manera de puente. Un negrito, era el propietario de esta tabla que él quitaba y ponía a su antojo, cobrando a cada transeúnte que quisiera pasar por allí doscientos pesos. Tuve que darle el dinero requerido para poder obtener el derecho a aquel improvisado "puente levadizo". En la otra orilla, muy pronto ubiqué el titilante y fosforescente aviso del Hotel Alcatraz.

- ¿Por qué tienen las ventanas cerradas?
- La no- noche tiene de-demasiados ojos -dijo el Tártaro riendo agitado.
- ¿Querés un trago? - preguntó Julio García.
- Bueno.
- Me sirvió un aguardiente de una botella de etiqueta desconocida.
- ¿Cómo llegaste acá? - carraspeó Nariz de Papa.
- En lancha, entre reinas y travestis, nadando, atravesando una tabla.

Pareció no escucharme. En el momento que hablaba, subió el volumen del televisor. El aparato en el centro de la habitación oscura recogía la atención de los dos hombres sobreexcitados.

- ¿Cómo va lo nuestro?
- Muy bien, ya casi...
- Ahora el Reverendo tiene la palabra - dijo el Tártaro
- Vía satélite... ¡Ja! ¡Ja! - Carraspeó Julio García.
- Un cruce a distancia.
- ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! -Su cara roja de la risa... Parecía un payaso. Vi las otras dos botellas de licor vacías en el suelo.
- Ahora va a saber usted quien es el Reverendo.
- Va a salir en el noticiero de las nueve.
- Se va a dedicar a la política. Es un tipo muy importante.
- ¿Cuánto falta?
- Un cuarto de hora.

En el noticiero, cuando comenzaron las tristezas proverbiales de los medios de comunicación, las ruinas, los secuestros, la violencia generalizada, pensé que ya lo había visto hacía muchos años, que seguiría idéntico, monotemático. Sospeché que el mundo había dejado de existir, no valía la pena,

hasta el próximo noticiero de la siguiente noche cuando volverían a repetir exactamente los mismos crímenes y nadie en el mundo podría acostarse a dormir antes de verlos. Estábamos obligados a tragarnos nuestra propia violencia, ese era nuestro pan de cada día.

- El ca-candidato que ma-mate a todos los demás candidatos gana - dijo el Tártaro.
- Eso tampoco es exactamente así -dijo Julio García. Porque no se sabe quién es el que da la orden.
- En to-todo caso el que quede vivo gana -dijo el Tártaro. ¿Que-querés otro trago?
- El que se murió se jodió.
- Si -respondí.

Me sirvió otro trago. Observé la botella, tenía una leyenda que no alcancé a leer desde mi asiento.

- ¿Que aguardiente es este? -pregunté.
- Shito -dijo Julio García.
- El-el noticiero es sa-sagrado -dijo el Tártaro.
- Por qué no hablamos de lo nuestro -propuse.
- Espérate un momento.
- Ju-julito adora el noticiero. -Dijo Güilian, el Tártaro.
- ¿Pero dónde está el Reverendo?
- ¡Ya te dije que ahora aparecerá! - gritó García - ¡Deja el acelere pues!

Cuando dijo esto Nariz de Papa se puso de pie, ridículo, en bermudas, la voz en toda su potencia y esplendor de chatarra retorcida. Sobre el silencio, aparecieron en pantalla algunas reinas de belleza. Algunas de las cuales ya había visto desfilando en las balleneras. Luego hablaron de deportes. Se habían comenzado a matar árbitros, entrenadores y algunos jugadores inclusive se hallaban amenazados de muerte.

Se acabaron las noticias y el Reverendo no apareció. Julio García se tranquilizó y volvió a sonreír sirviendo más trago.

Mostraron un avión y me acordé de la Doris, de la conversación que habíamos tenido en casa.

- ¿Y qué fué de la Doris? -pregunté-. La que le daba miedo montar en avión porque los aviones se "caían".
- Al fin viajaron.
- ¿Y les fué bien?
- No, el avión se cayó en Nueva York. ¿No supiste?
- Algo oí.
- El avión estuvo volando tres cuartos de hora sobre Nueva York sin poder aterrizar. Se le acabó la gasolina y se partió en el aire. Aterrizó donde pudo en un sitio residencial. Algunos murieron, otros quedaron turulatos sin saber que había pasado, caminaron por las calles como zombies. A la Doris no le pasó nada, quedó privada, cuando despertó estaba en el hospital. ¡De malas! Se sentía mal pero no podía decir lo que le pasaba, no quería ir al baño, no quería radiografías, hasta que se dieron cuenta de que su estómago estaba lleno de condones con clorhidrato de cocaína.
- ¡Increíble!
- Esos sí "se cayeron" de verdad.
- Con avión y todo. ¡Ja! ¡Ja!
- La que más mi-miedo tenía... a-a-ahora le va a to-tocar estudiar...
- Se cayó el avión, como decía el finado poeta Aristizábal:

"En el sentido literal de la palabra".

- ¿Por qué finado? -pregunté- ¿Se murió?
- Si, se cayó también. ¡Ja! ¡Ja! Pero no en avión. ¡Ja! ¡Ja! En un parqueadero.
- ¿Cómo?
- Lo mataron en un parqueadero desde una moto.
- ¿Al poeta Aristizábal?
- Si, estaba en un negocio.
- El el que tanto cu cu cuidaba su imagen.
- ¡Increíble! !Qué ironía!
- Usted sabe mijo que ahora todo el mundo tiene que ver con eso.
- Hasta la DE DEA.
- Los primeros, mijo. ¿No vió los marines? Vinieron a liberarnos con los aviones cargados de R-15, con las cuales han muerto más colombianos que soldados gringos en Vietnam. Después los aviones los regresaban cargados de droga. Todos tiene que ver con eso. Hasta Dios se volvió trapichero. ¿No vamos nosotros a hacer un negocito? Tranquilo viejo. Tranquilo dijo palmoteándome el hombro. ¿Quiere plata? El problema no es de plata, en este momento, sino de muertos -. García me introdujo unos billetes en el bolsillo de la camisa -. Bueno, ya vimos el noticiero. Ahora hay que olvidarlo. !Olvídate! - dijo empinando el codo. Entonces el Tártaro comenzó a manipular el televisor como un niño de cinco años hasta que gritó - ¡Eureka! Míralo, allí está, el muy condenado -. Sin tartamudear ni nada y Nariz de Plasta dejó de arrear sus caballos desbocados, detuvo las latosas sonoridades de su diarrea verbal y fijó la vista en el abominable cíclope electrónico; víctima al parecer de algún encantamiento, en este caso nada más ni nada menos que la esperada visión del famoso "Reverendo". ¡Sorpresa! ¡Allí estaba el maldito!
- Ese es - masculló García.

Quedé atónito. Para mayor sorpresa, al sujeto ya muy bien lo conocía aunque con otros ropajes. Lo conocía desde hacía diez años, pero con menos rimbombancia, sin bombos ni platillos. El tal Reverendo había sido primero seminarista, luego comunista en la universidad, fué expulsado de varios frentes guerrilleros, luego hizo unos negocios turbios en Estados Unidos y, por último montó varios establecimientos comerciales, entre ellos una salsoteca. Ahora a ritmo de salsa, maxfactorizado, (tenía que ocultar unas cicatrices en la cara), abonaba terreno para la próxima candidatura. Parecía una vedette. La gente, atrás, gritaba histérica.

- ¡Vamos p'alante! ¡Vamos p'arriba! -gritaba el Tártaro, como cuando el país colocaba un gol en un campeonato mundial.
- Ahora tiene conexiones con la DEA y la CIA. Y está metido en la clase política -. Dijo Nariz de Breva Aplastada, (hinchado de orgullo).
- Pero antes no le decían "El Reverendo".
- Sólo nosotros. ¿Lo conoces?
- Si. Pero no me acuerdo de su nombre.
- ¿Y por qué le dicen "El Reverendo"?
- Porque cuando habla parece el rey de los cielos.
- Creo que él estudió con los Maristas. -dije.
- Yo también. Por eso tengo un carácter triste...¡je! ¡je!
- Me-mentiras. Ah-ahora van a resultar todos doctores...
- ¡Uf! Creo que ya estoy embriagado -dije-. Me voy a dormir.
- Véngase el lunes con "el cafecito", "cachimoni".

Esto por hoy. Después hacemos la cadena con El Reverendo. Por plata no se preocupe, que plata es lo que va a ver y en cantidades - Me dijo, al salir, en el quicio de la puerta.

En la calle, tuve que volver a pagar al negrito el "impuesto" de la tabla que se colocaba para poder llegar a la otra acera. Salí a la avenida costanera de los sitios de diversión y conté los billetes de cinco mil que me habían puesto en el bolsillo. Tenía suficiente para unos días. Lo mejor era pagar el hotel hasta la noche siguiente y quedar tranquilo. Irme calmando y descansar mucho. Después vería que haría. Entre los vericuetos nocturnos encontré el Miramar, desde donde nunca se podía ver el mar porque tenía los vidrios de las ventanas pintados. Pagué la cuenta. Subí a mi habitación. La ropa estaba seca y la doblé encima de la mesa de noche. Me desnudé, apagué la luz y me introduje en las cobijas. El mundo era un pañuelo. Pensar que El Reverendo era esa persona que yo conocía desde hacía mucho tiempo y a quien yo hubiera podido abordar meses atrás. Tantos días de espera. No me hubiese sido difícil encontrarlo, hablar con él. Era una persona muy conocida. Aunque hacía unos años no se lo había vuelto ver por la ciudad. Como estaban las cosas, nada tampoco tenía de raro que se hubiera convertido en un político importante. Aquellos dos bribones con quienes acababa de hablar me daban mala espina.

El poeta Aristizábal había muerto. "Falta EL MAPOE, Muerte a los Poetas", yo había dicho y no hay palabra mal dicha en la ciudad. Fué como una sentencia a muerte. Aquí no se puede ni pensar en la muerte. Hay una atmósfera demasiado sensible en el aire. Las parcas operan a velocidad, son demasiado eficientes. Comencé a dar vueltas en la cama. Prendí la luz, fui al baño, oriné y tomé agua y volví a acostarme. Pero no pude dormir. ¿Donde estaría ella, Anna Bella? ¿Qué pasaría con el niño? Sentí sofoco. Me pareció que había mucha oscuridad en el cuarto, que no había aire. No podía respirar. Abrí la ventana haciendo esfuerzo; la pintura estaba pegada a las bisagras. Aún así, abierta, el aire no circulaba. La noche parecía girar su proa de mandíbula torcida hacia el insomnio, hacia un incendio en el alma, hacia una batalla, una joroba, como cordillera de preocupaciones dispares, pensamientos locos y disformes. El cuerpo ni vivo ni muerto terminaría aniquilado dando enjauladas vueltas en una cárcel extraña, en una región anónima de la ciudad, exilado de sí mismo. Irreconocible. Las vueltas en las sombras de las sábanas blancas empapadas en sudor, las vueltas sobre sí mismas de la cabeza loca, arbitraria. Las cosas despiertas, palpitantes, incorporadas a un silencio de horror.

Sabía lo que me esperaba en esa dura jornada, en esa lucha sin caminos secretos ni pasadizos al sueño. Tuve que vestirme apresurado, me hallaba demasiado intranquilo. ¡Oh!, los corredores anónimos e insomnes de los hoteles cuando nos devuelven de la cama otra vez a la calle! La calle fría y oscura y el sabor del cigarrillo al momento de salir. El encuentro con el concreto indiferente y su ámbito de hielo estremecido.

CAPITULO X

NOCHES BALDIAS

De las ciudades desconocidas, conocemos los bares, ya lo he dicho. Por eso a media noche, me hallaba complaciendo a la noche de los mil ojos, la de las piernas abiertas, la generosa. Estaba a la deriva, aunque no pendiente ni ansioso de los programas que pudieran resultar. Se trataba más bien de capotear el insomnio. Lo bueno era que el ánimo había mejorado. El barman era un vigoroso bulto metido en una camiseta de gruesas franjas horizontales. Le llamaban Albemarle. Encontré personas que me parecieron conocidas. Miré tras mi primer vaso de cerveza, en la barra, al fondo del establecimiento; un socavón largo, estrecho y oscuro y pintado de negro. Gente borrosa entre penumbras. En el cielo raso una gigantesca mujer rubia, que podía ser Marilyn o Madona. Una pantalla mostraba obsesivamente una foto fija de Pablo Escobar. Algunos grafitis y un afiche del funcionario Kafka. ¿Por qué será que a los salsómanos les gusta Franz Kafka? Una mujer de pelo negro con los ojos más negros aún, abiertos y brillantes, se acercó.

- Hola -exclamé. (Sin saber bien a quien saludaba)
- Hola mi amor.- Respondió ella.- ¿Por qué tan solo?
- Porque así es la vida, los cachalotes viejos andan solos.

Nos besamos en las mejillas (una empalagosa costumbre de ciudad).

- ¿Todavía me quieres? -preguntó.
- Si. Todavía.
- ¿Y vos si me querés así tiesa?

Me di cuenta de que era coja y tenía el brazo casi inutilizado.

- Sí, vos sabés que siempre te he amado. ¿Y vos con quien estás?
- Con unos amigos. Voy al baño; después bailamos
- Bueno -repuse.

Antes de ir al baño preguntó:

- Y qué fue de tu mujer, me contaron que ya no estás con...
- Después te cuento -dije- cuando bailemos.

La vi cojear hacia la espesura nocturna. ¡Era increíble!

Nada en mí permanecía oculto. Era increíble el extraordinario y telepático servicio de informaciones en la Ciudad de Hierro.

Además, lo que había visto, aunque impreciso, era fácil de reconocer en cuanto a su pertenencia al pasado, pero existía una calidad diferente en el maquillaje de las mujeres, en la interminable prolongación desconocida de la barra llena de cervezas. La diva se parecía a Marilyn, a Madona, luego a otra mujer. El barman era igual a Rafa, un barman conocido de cuerpo voluminoso y ojos verdes, pero luego cambiaba de fisonomía para ser ese tal Albemarle, un tipo extraño. La música pasaba de la callejera y entusiasta coreografia del bugalú a una monocorde melodía ultrasónica. En el momento no pude saber si era un bar del futuro o un bar del pasado. Sus formas oscilaban como

efluvios ondeantes, del vez al envés, del rostro de la ciudad del recuerdo al rostro de una ciudad nueva.

En las sombras vi otros ojos brillando, chispeantes, y una sonrisota visceral de inconmensurables teclados sobre una silla de ruedas. Surgió del fondo, de la misma oscura vegetación selvática por donde se había perdido la anterior. La mujer tenía cara bonita, cuerpo esbelto, el pelo lacio y largo caía sobre el espaldar de la silla de ruedas. Para mi desgracia hizo otra pregunta fatal: "¿Verdad que tu casa la tumbaron?" "No, esa fué la casa de Outis. Yo soy José Félix," contesté. "Ahh, pues claro, acaso te he confundido ", dijo tomándome la mano, "¿y qué fué de tu mujer? ¿Verdad que terminaron?" "Pues sí, "respondí. "¿Y eso por qué fué? Yo los había visto a ustedes muy bien." "Para que vea mi amor, uno nunca sabe lo que tiene". "Sí, se piensa que cada vez va a ser diferente, que esta vez sí va a resultar, pero vuelve a pasar lo mismo: al principio mucho entusiasmo, el árbol florece, da frutos, luego se seca... Es la misma historia. Pero cuéntame cómo sucedió."

- Bueno, y ¿cuándo fué que esta mierda se volvió isla? - pregunté. Tanta averiguadera me había dado grima.
- ¡Que jartera, si que eres grosero!

Rodó su silla hacia la jungla, refunfuñando - Hay muchas islas: Isla Perdida, Isla Pecado, Isla Nada...

Coloqué la jarra vacía de cerveza en la barra.

- ¿Otra? - Preguntó Albemarle.
- Sí.

La mujer coja regresó. Fuimos a bailar. Se llamaba Nereida.

- Esta es la canción que me gusta -dijo.

Cantó premonitoriamente a mi oído: "Nadie se salva de la rumba. A cualquiera lo lleva hasta la tumba." Mientras bailábamos, arrítmicos, descobalados anfibios, dejé que cantara y yo también canté: "Nadie se salva de la rumba. A cualquiera lo lleva hasta la tumba." Me gustaba el sonido pueblerino de aquellas voces, cierto olor a adobe, a tierra mojada, nostalgia de casas de bahareque, chivas repletas de plátanos y campesinos. Tiendas en un codo del camino sobre carretera destapada. Ranchos donde hay mesas de billar... Llegué a pensar que esta nostalgia que llegaba con la música podría ser mi único vínculo con esta nueva ciudad de armazones de hierro. Aunque algunas personas me parecían conocidas y me hablaban con familiaridad, no podía precisar quienes eran. El rompecabezas no encajaba..

Más tarde, cuando ya iban a cerrar, Albemarle paseándose por el corredor, anunció: "La lancha está lista para el personal que quiera seguir la rumba en Juanchito". La lancha estaba en el trasfondo del establecimiento. No quise ir. Debía cuidarme, no darle rienda suelta a los cuadrúpedos que empujan y relinchan en los corrales. Sobre todo cuando el duende teje sus crines, cuando las ánimas en pena salen a danzar en el peligro de las orgías. Ellos quisieran liberarse y correr a campo traviesa como locos. Sí, los caballos salvajes. Sí, no irse solo. Es mejor ahora no correr desbocado por las laderas, por los campos desolados.

Desde la terraza, a la entrada del bar, vi pasar a Federico. Fué como una revelación, pues de él si me acordaba a la perfección. Mientras otras cosas permanecían en una especie de nebulosa gris, de impertérrita confusión. Federico se desplazaba en triángulos. Me saludó vagamente levantando la mano. Conocía muy bien sus movimientos y sabía que después de este primer reconocimiento, él caminaría hasta la esquina; de allí se devolvería hasta la esquina opuesta, pasando frente a mí sin voltearme a ver otra vez. Me quedé esperándolo. De la esquina regresaría para ponerse a hablar

conmigo. Así lo hizo. Era como si en cada cuadra tuviera que seleccionar una persona para hablar con ella. Era este unos de sus rituales nocturnos. Cuando lo vi tan desvalido, imaginé una ciudad de mancos y cojos noctámbulos haciéndose los disimulados en medio de mesas de aluminio, luces, tragos, pistas de baile. Aunque existen argucias para transitar por ahí, de alguna manera cojeamos.

Tenía una venda en la mano.

- ¿Qué te pasó? -pregunté.

- ¡No es nada! ¡No es nada!... ¡Tuve un accidente!... ¡Tuve un accidente! -replicó casi a los gritos, como si hablar del tema le produjera un profundo malestar.

- ¿Y qué más?

- Estaba pensando... -propuso pensativo, tono tranquilizador-

¿Por qué no vamos al Café Cuadro?

- Bueno -respondí. Y, al instante, pregunté ingenuo, sin saber lo que hacía - ¿Pero todavía existe?

- Mira Félix, no me vas a sacar de casillas.

Preguntar, ya me estaba dando cuenta, era lo peor. Avanzamos hasta la esquina por una calle que parecía ser en blanco y negro, encontrándonos de repente en medio de travestis que nos llamaban y coches como el del Bebé de Rosmary, que en realidad, eran ventas de dulces y cigarrillos y otras cosas.

Federico, el hombre que deseaba saludar, caminaba con el altivo mentón rasgando el aire, los hombros y brazos descolgados y las palmas de las manos volteadas hacia atrás como un Mirage a punto de tomar vuelo.

Se detuvo a la entrada del recinto.

-- No. Ya está muy tarde. Mejor vamos a Convergencias.-Cambió de opinión.

Lo seguí. El nombre de ese bar me sonaba. Lo que no concordaba eran los espacios. Había navegado hasta el naufragio para llegar a esta región bizarra. A esta isla que cada vez me parecía más extravagante, que cada vez se volvía mas la vieja ciudad con su imposibilidad de hablar por el ruido de las fuentes de soda, de los griles. Por el vocinglerío estallar de los estadios. La noche triste e interminable que se devora a sí misma en su soledad, como un disco rayado de frustraciones. De todas formas muy pronto me iba a dormir. Federico tenía trozos de comida en la barba, escamaciones en la piel y olía desagradable. Podría estar de regreso del otro mundo para continuar sus rituales de saludos y andaderas nocturnas; esas conversaciones en cualquier esquina a altas horas de la noche.

A la entrada de Convergencias la gente salía, divergía o disentía por alguna inexplicable razón. Mujeres solas, se aproximaban con premura a esquivos taxis. Algunos hombres borrachos, como lesionados de guerra, sacaban a otros abrazados o cargados como a niños. Una canción de hacía cien años anunciaba una aurora de pétalos al amanecer. Pronto no quedaron sino maestros de la noche hablando en corrillos. El hombre que deseaba saludar, se mezcló entre ellos y yo pasé a la otra acera, donde vi un aviso en una ventana:

SE APLICAN INYECCIONES
SE ARREGLAN CADAVERES
CIRUGIA - SUERO
Dr. OSCAR CAMPO

Algunos hombres excitados, ojos inyectados de sangre, buscaban pelea. "Por hoy es suficiente," me dije, y fui a dormir.

En el hotel la cabeza siguió funcionando: Por lo visto la chismografía subsistía por encima de las

perturbaciones sismográficas. Era un mal incurable. Quién sabe cuantos terremotos, guerras e inundaciones se iban a necesitar para que se diera una renovación.

A pesar de los cambios, por lo visto la ciudad persistía en su mágica expectativa de los bailes. No impunemente se pasaban cuatro, cinco o veinte horas en esos ámbitos bebiendo. Era demasiado tiempo. Parecía que la gente saliera a escuchar, pero seguía habiendo tanto ruido en los bares que no se escuchaba, lo único que se podía hacer era mirar, observar esas imágenes de diseño gráfico entre las sombras y las luces como figuras de papel recortadas de revistas de farándula.

Y mirar las muchachas en las discotecas, con las camisetas cortas mostrando el ombligo, las cinturas de avispas, los cuerpos embutidos en los bluyines excesivamente apretados, moviendo sus culitos de azúcar. Sin mover los hombros, se bailaba, como una sola muchedumbre compacta, una sola masa amorfa, como soldados uniformados, como muñecos de cuerda frenéticos y este baile homogéneo seguía siendo una manera de no sentirse solo, una razón de vida, una manera social de ser. Se necesitaba tener la cabeza llena de fantasías, ser poseedor de mucha imaginación para cifrar las esperanzas de existencia en cada triste noche de rumba. Así estaba viendo el panorama. La ciudad perseveraba en la misma mitificación de la noche. Los muñecos de cera dando las misma vueltas de baile. Una esperanza congelada, inmutable, yerta. Mejor ni pensar en esto. Para qué pensar siempre en los demás y no pensar en los problemas personales de uno. Si hubiera hecho el negocio unos días antes no hubiera pasado lo que pasó con Anabel. Hubiera llegado a la casa de la colina como un perfecto bacán, le hubiera demostrado que mis proyectos no son sueños sin tierra, que mis promesas no son mentiras ni ilusiones. Me percaté que la quería más de la cuenta en la medida del dolor que sentía. Pero, después de lo que había pasado, ya la suerte estaba echada, estaba tirada al suelo y absolutamente resquebrajada la relación. Aunque de todas maneras pensaba que ella iba a necesitar a alguien, no pensé que lo fuera a encontrar tan rápido. Tan demasiado rápido, era un exabrupto.

Debía buscar otra disposición de ánimo sin tanta incertidumbre.

Todavía podía hacer lo que faltaba. Un simple trapicheo. No ponerle tanto color y, volvería a ser estimado como una persona, todavía se podía, claro. Había que ponerse en ello. No sé en que momento comenzó la película del sueño. Creo que lo último que pensé no fué en Anabel, sino en una de esas muchachas de bluyines apretados.

Al día siguiente me despertó el dolor de cabeza. Pedí una aspirina, pero me dijeron que no había y que el joven que podría comprarla había salido a hacer un mandado. Me duché y salí a conseguirla. Al salir alguien desde el lobby, me gritó: "¡Mucho cuidado! ¡Recuerde que en las droguerías ponen bombas!"

En la Droguería Ultramar antes de que me despacharan, escuché la conversación del farmaceuta con una señora: "Si señora, en la fórmula dice que una caja de mil gramos. Pero resulta señora, que en realidad las cajas que dicen tener mil gramos sólo tienen la mitad. El negocio está en la disminución. Las fórmulas de los médicos hay que interpretarlas. Por eso cuando dice una caja hay que llevar dos o tres. Se lo digo por su bien. Mucha gente que no nos hace caso a nosotros los farmaceutas ha comenzado a morir por insuficiencia de droga..

-- ¡Esta bien comprendo, pero...!

El farmaceuta, un negro invadido de acné con anteojos de culos de botellas, sin dejarla hablar, alegó que debía llevar por lo menos el triple de lo requerido, pero que de todas formas no se la iba a vender. Le iba a dar a conocer otro remedio nuevo, "un poquito más caro pero muchísimo mejor".

- Esto es lo mejor porque es lo último que ha salido al mercado. Su médico está desactualizado.

- Pero señor, yo necesito comprar la droga que me recetó el médico, la que está en la fórmula.

- No. Esa no se la puedo vender.

Me entretuve en el revistero viendo unas publicaciones sobre chismes de farándula, horóscopos, programaciones de televisión. Mientras, era increíble como aquella señora no podía conseguir lo que necesitaba.

Como un perdonavidas, el farmaceuta de los culos de botella y el acné, al fin accedió: "Pero si me compra unas pastillas para la caída del pelo con sabor a chocolate". Era el mismo y típico comportamiento de antaño. Me pregunté si para un simple dolor de cabeza tendría que comprar quién sabe qué otra droga, quizá purgantes o preservativos o la misma revista que estaba observando. No estaba en vena para discusiones. Por fortuna no hubo problema. Luego fui a una venta de jugos exóticos y me tomé la aspirina.

En la flamante nueva Ciudad de Hierro del futuro, con las vigorosas estructuras metálicas de las edificaciones a la vista, casi sin paredes, relucía aquí y allá el viejo y duro metal. Un atronador Heavy Metal y ruidosos teclados de sintetizadores competían con esa otra nostalgia de sones pueblerinos. Como poco a poco me iba dando cuenta, reinaba el culto a la viveza, al machismo, a la traición, a la crueldad, al sadismo. El incidente en la Droguería Ultramar era sólo una muestra de la picardía imperante. El metal brillaba en la dureza de la inmoralidad. Todos eran duros en la Ciudad de Hierro y yo me hallaba muy blando.

Por otro lado me encontraba en un estado de despojamiento, era increíble lo que estaba sucediendo con mis sentimientos. En este puerto de bares, donde los marineros llegaban a calmar la sed de mujeres, Anabel se había desprendido de mis afectos como un barco en leva, se había alejado, hasta desaparecer en el límite de la esperanza, en el horizonte brumoso.

Sentía una sensación de liviandad al andar, una leve inquietud. Aunque no era muy consciente de ello, era una sensación vaga, un ensueño que flotaba en el aire y que parecía perseguirme, asediarme y con el cual, iría irremediablemente a tropezar, para encallar, para confundirme en sus profundidades. Andaba sin aceptarlo, con el deseo inconsciente de luz, de contacto humano, de salir a flote después de andar mucho tiempo nadando por debajo del agua. Después de nadar tanto tiempo en un agua pesada y oscura.

Si es cierto que cada vez se hacía menos posible creer en la coincidencias, pudo haber sido un trazo de sol no gratuito, una ofrenda de dioses, cuando en la tarde, con el sol declinando, vi pasar por la otra acera a Sibila.

Sibila era una amiga de tiempo atrás. Hacía dos años que no la había vuelto a ver. Tenía 23 años. La piel canela, una infancia opaca: Cuando niña sufrió de severos ataques de asma que la tuvieron fuera de circulación del mundo de los otros niños por mucho tiempo. Al crecer, finalmente su enfermedad pudo ser controlada con medicamentos y fisioterapias. Siempre me pareció que de alguna manera los dos éramos iguales o nos parecíamos en una especie de pasado sufrimiento y desvalidéz ante el mundo. Algún lado de mí era enteramente igual a ella en lo más profundo de mi alma. Además, siempre me había conmovido en ella su manera de
hablar, reposada, en voz baja pero melodiosa, tristona y calculadora. Ella me hizo una señal de que nos viéramos en cierto lugar, un recoveco en la calle entre dos establecimientos, un sitio discreto. Hablamos en voz baja.

- De todas maneras es peligroso que nos vean aquí- dijo ella.

Sibila vivía con un señor mayor de vientre inflado, a quien había conocido enfermo y lo había cuidado, creyéndose, él, al borde de la muerte. El corazón. El se había recuperado y la unión de los

dos se había sellado en matrimonio. Era propietario de unos moteles, tenía dinero. En ese sentido no había problema y se daban muy buena vida, pero él la celaba, era irascible y el asunto de cama de ella no funcionaba. Cuando nos conocimos ella andaba buscando un amante, alguien con quien hacer el amor solamente, de tanto en tanto. Nos habíamos entendido perfectamente, hasta que me enamoré de Anabella y no volvimos a vernos. Siempre habíamos tenido que tomar muchas precauciones. Su esposo era impulsivo, iracundo, tenía poder, se emborrachaba y se volvía como un animal. Había jurado matarla si la encontraba con alguien. Algo así nos hubiera podido ocurrir, era peligroso y de todas maneras había que tener mucho cuidado. Por lo demás, disfrutábamos a plenitud, físicamente, uno del otro y sin medida en cada encuentro acordado.

- ¿Donde estabas que no te había vuelto a ver?
- Yo siempre aquí, usted es el que se perdió.
- ¿Cómo sigues, bien?
- Si, bien. Me agrada mucho volverte a ver.
- Siempre he pensado mucho en ti y todas esas cosas, siempre te recuerdo, eres tal vez la persona con quién más me he comprendido.
- ¿A dónde vamos?

Compré dos cervezas de lata en un kiosco. Ella me indicó un sitio.

- Ni a hoteles, ni a pensiones podemos ir, todo el mundo conoce a Raúl.

Tomamos por caminos diferentes y nos encontramos en el lugar indicado. Era un lote, un espacio sin construir. En la esquina de una pizzería, se tomaba por una calle colateral sin pavimentar hasta llegar a una serie de agrestes lotes poblados de maleza. Al ir por la calle sin pavimentar, entre las sombras surgió la luz de una moto. No tuve tiempo de esconderme, la moto me alcanzó. Ya yo sabía que los empleados y hermanos de Raúl andaban en motos, y vi a la distancia que se iba acercando esa fisonomía parecida, ese cuerpo voluminoso, la camisa blanca, pasaron muy cerca de mí y del susto no alcancé a reconocer quien era o si era una persona que hubiera podido distinguirnos. Estábamos a veinte metros uno del otro, ella de mí. La moto pasó cerca de Sibila y tampoco hubo detención ni saludo. No había peligro. Sentí la sangre corriendo, el corazón me latía a mares. Estaba alterado pero sentía esa sensación ya conocida de lo que vendría, una entrega total, absoluta, sin ninguna prevención. La noche era de un azul claro, transparente. Caminamos apartándonos de un sector donde había arrumes de materiales de construcción, desechos y basuras, y alejándonos del excesivo descampado, buscando un lugar escondido entre la maleza, un rellano favorable. Eran aquellos momentos los que recordaría siempre como uno de los de mayor felicidad en mi vida. Ese espacio abierto, la simpleza de Sibila, su pureza de entrega, libre, total, sin ninguna represión y absolutamente ingenua; éramos amantes perfectos. Nada podría perturbarnos, cóncavo y convexo. Un círculo sin maleza, con pasto, como una tonsura en la vegetación, allí hablamos sentados uno junto al otro en el suelo, bebimos un poco. Hablamos como sólo podríamos hablar nosotros, con voz muy calma. Rodeados de más calma, de árboles de papaya, higuerilla, una que otra palma, después muros altos y edificios. Bordes de edificios, un rectángulo vertical con ventanas y balcones y una escalera en zigzagueante ascenso. El ruido opaco y lejano de la ciudad: voces calladas, pitos sordos de coches, sonidos fragmentados como si pasaran por un filtro que les disminuyera volumen y dejara un eco. La noche, fresca, clara y limpia. ¡Era menuda y tan joven! De dónde habría adquirido tanta sabiduría, nadie podía succionar como ella. El comportamiento encajaba perfectamente, el peso ligero de ella, tan manuable. Estábamos de pie, se había bajado los bluyines y yo se la estaba metiendo por detrás, en el sexo. Ella se inclinaba ligeramente hacia abajo

y yo la acercaba repetidas veces tomándola de la cintura, sus nalgas, daban en mis muslos deliciosamente flap flas floap floas flap, cuando vimos un hombre que se acercaba al sitio. Fué aproximándose aquella sombra de hombre hacia nosotros, nos agachamos un poco, sin separarnos, con la verga adentro, ocultándonos entre las matas, el hombre siguió acercándose, a unos siete metros se detuvo, mirando a un lado y otro. Luego se abrió la bragueta, orinó tranquilamente y se fué.

En la confianza, en el estado sin reserva que sentía con ella, mientras hacíamos el amor exhaustivamente una y otra vez, en una de esas le pregunté como había sucedido lo de la inundación y ella me contestó. "El mar llegó cuando terminaron de tumbar la última casa bonita. No te diste cuenta, seguro andabas fuera de la ciudad, pero de todas formas debiste haberte enterado por la TV. No Félix, no me vengas a decir que no te enteraste, ¡eheeé! ¿Cómo explicarle?

La conversación no tenía salida, pensé. "Sí, el maremoto", dijo, "enviaron ayuda de todas partes del mundo. Los políticos y las esposas de los Presidentes aprovecharon para hacer campañas". Como no quería una nota de encuentro, de disgusto, ni una brizna de desarmonía, pensé que lo mejor era callarme. Incluso pensé que era mejor no volver a preguntar. Ni siquiera buscar información escrita. Ya el gondolero del armatoste antediluviano me había dicho que la palabra escrita en libros, prensa y revistas había desaparecido bajo el imperio de otras ilusiones electrónicas. Las comunicaciones noticiosas a juzgar por los subtítulos sobreimpresos en las imágenes, debían ser aprobadas de modo directo y bajo un estricto control por la CIA, los gloriosos Marines, la impecable Casa Blanca o, directamente por el Presidente de los Estados Unidos. El resto al parecer era herejía, censurable información tendenciosa.

Nos despedimos sin una cita para volvernos a encontrar. Así era con Sibila. Esa noche permanecí invadido por ella, sentí su olor impregnado en mi cuerpo, su sabor, las resonancias de su voz melodiosa. Dormí como un ángel. Al día siguiente me olvidé de todo: de la mercancía de los dos malhechores, de Anabel y el niño, de mis preguntas importantes sobre lo nuevo que vivía y sentía... Fui a la playa. Nadé en el mar. Almorcé sierra frita con limón, arroz blanco y patacones.

Leí en T.V. Guía (quizá la única publicación posible) las recomendaciones de los astros y barajas: "Los siete pecados capitales hacen parte de su tarot actual. Usted tendrá a la mesa una inmensa colección de ellos. Mucho cuidado con una persona de signo escorpión que trata de acercársele. Ojo con los amigos. No se desaliente si las cosas no salen a pedir de boca. Sus cartas están rodeadas de adversarios. Desarrolle un talento dormido, usted podrá darse un respiro cuando la marea se tranquilice."

Esquivando el sol, caminé por una playa de arenas blancas, tuve que atravesar la playa de los rojos cangrejos gigantes, hasta llegar a una playa negra donde había una dársena llamada Puerto Chontaduro.

En el camino vi un tramp steamer, vi al Maravellí y al Halalcisillag, anclados en los puertos del tiempo, regresando de los mares de la muerte. El recorrido - robando sombras a un sol sobrenatural- estuvo entreverado de kioscos atendidos por negras, con avisos que decían: Se venden jugos mixtos, se venden jugos unisex, se venden jugos del placer, jugos del amor prohibido, jugos afrodisíacos, jugos alucinantes.

De la misma manera que prevalecía la cultura del baile, persistía la cultura supersticiosa popular de los jugos. "Los jugos de la ciudad pueden levantar hasta muertos... Las parejas de enamorados los prefieren". Los habitantes tenían grabada la idea en el estómago de una placentera curación a través de las frutas tropicales. Uno podía tomarse quinientos aguardientes, un nutrido repertorio de

estimulantes, no dormir una semana, hacer lo que quisiera, bastaba al final de la fiesta correr, evitando el sol castigador, hasta llegar al próximo kiosco de jugos enmendadores, para quedar otra vez libre de culpas, bueno y sano como una guanábana, como una naranja lima, una guama, un pomelo, una pitaya, un maracuyá. Las variedades de pepas y frutas raras eran en la ciudad proverbiales, así como las combinaciones urdidas en dichos brebajes exóticos. Chontaduro, borojó, cardamomo, banano, en medios como el kumis, la leche natural, la leche en polvo, fortalecidos con huevo, alicorados con oporto o brandy, reforzados con Cola Granulada JGB Tarrito Rojo, polen, jalea real, miel de abejas, polvos de la madre Celestina, del padre Pérez, Esencias de la India... en fin. Infinidad de combinaciones, según el antojo de la imaginación popular.

Tomé en el día varios jugos reconstituyentes y excitantes. Comí mango biche y grosellas. Me dio dolor de estómago. Dormí una siesta larga; creo que aluciné. Al promediar la noche estaba metido en un bar. El barman me advirtió sobre el trago adulterado y otros peligros de la noche.

- La semana pasada murieron 32. Dos de ellos se nos murieron aquí. Otros murieron en la calle o en la sala de urgencias del hospital esperando que los atendieran. Pero no se preocupe, señor. Supongo que el de hoy está bueno. Esta mañana llamé a la distribuidora de licores y me cambiaron las botellas del pedido adulterado por otra caja de licores nuevos, por eso supongo que no tienen problema. De todas maneras uno nunca sabe. Usted verá si lo prueba.

Los primeros síntomas son borrachera inmediata, pérdida de la vista y mareos.

- Pruébelo a ver...

- Déme uno, pues.

Fui con una copa de "aquello" a sentarme a una mesa. Lo tomé de un solo trago. Detrás del bar, de unos bigotes de pelos chuzudos en una cara fofa, los ojitos pequeños del cantinero me observaban, seguramente esperando mi deceso. Sentí el quemón en la garganta.

Perdí la vista al cerrar los ojos de la impresión. Prendí un cigarrillo. Me dio mareo, la visión borrosa; síntomas que al momento fueron pasando, me sentí sencillamente tonificado. Entonces me puse de pie para apreciar mi estado de la mejor manera posible. En toda su entereza. Fui a la barra y le dije:

- Está bueno, déme una media.

Me la sirvió.

- Bueno, ahora ya sabemos que el trago está bueno....

- Sí, está bueno -repuse.

- Bueno, ahora que ya sabemos que el trago está bueno....

- ¿Ahora que ya sabemos que está bueno qué?

- El problema de ahora en adelante -dijo-, es que alguien le agregue algo y se ponga malo. De manera que tenga mucho cuidado si alguien se le acerca porque le pueden dar burundanga. ¿Usted sabe lo que es burundanga? Es lo que le dan a la gente para robarla, usted pierde la razón y la voluntad, al otro día se despierta desnudo en una calle o en un potrero, en cualquier paraje extraño y no recuerda nada de la noche anterior. De manera que yo le aconsejo que tome su botellita; siéntese en una mesa apartada de la gente, no hable, ni deje que nadie se le acerque.

- ¿No hay otro lugar a donde pueda ir?- dije ofendido.

- En cualquier sitio le van a decir lo mismo, caballero. Ese es nuestro deber.

Qué raro, pensé. ¿Por qué anoche Albemarle no me diría lo mismo? Bueno, al fin y al cabo lo que tomé allá fué cerveza.

Había una tarima con unos instrumentos donde un grupo más tarde iba a tocar. Esperé. Una

mujer glamurosa, rubia, de gafas oscuras, con un atractivo singular,entró acompañada de dos hombres. Se sentaron en una mesa. Al rato los hombres se fueron. La mujer se acercó y me preguntó:

- ¿Puedo hablar contigo un momento?

Asentí.

- Me parece chévere tu pinta de bohemio.

Se sentó.

- Tengo que aprovechar ahora que mi marido salió a hacer una vuelta y hacer algo....

- Algo como....¿qué?

- Algo contigo, por ejemplo. Cuando el marido de una se va, seguro es porque va a hacer algo por ahí. Una también tiene que aprovechar y hacer algo.

- ¿Querés un trago? -le ofrecí. Al tomárselo, como si dijera "salud", dijo: "Olvídate."

Se presentó:

- Me llamo Burbujas Jeanine. Me estoy quedando en la Posada de la Ballena Groenlandesa, ¿y tú?

- En el Hotel Miramar.

Muchas veces, al tratar de recordar a esta mujer, su imagen se desdibuja en algo que parece ir más allá de las brumas del recuerdo. No podría hablar con exactitud de los rasgos característicos de Burbujas Jeanine, ni de sus maneras, por eso pienso que desde un principio siempre hubo algo fantasmal en ella.

Los músicos comenzaron a tocar una melopea caliente, "Tengo un corazón que madruga a donde quiera ¡aya ya yay!" El cantante no era el Luis Guerra de antaño, sino un negro descomunal con pecho de gigante y muslos como barriles, pero con la voz más moribunda ¡Ayayayay! con la voz más fea y debilucha que uno jamás había oído, peor que la quejumbrosa, deshilachada y triste de Agustín Lara.

Quisiera ser un pez para tocar mi nariz
en tu pecera
y hacer burbujas de amor
por donde quiera
pasar la noche en vela mojado en ti
¡oh oh oh! saciar esta locura mojado en ti.

La química del cuerpo de la mujer cerca al mío era irresistible. En la penumbra los suaves pliegues de la seda sobre el vientre sensual invitaban a una caricia. Quisiera olvidarme de la luz enigmática de sus ojos cuando me miró, me derretí en ellos, me hundí en una miel endiablada de corales y transparencias marinas. "Puedo conseguir lo que quiera", murmuró sugestiva, acercando su silla y entonces bajé la vista. Observé su pronunciado escote de mejillas de luna y sentí una leve erección. Aquella rubia de atracción irreprimible, era una perfecta manipuladora de sus atributos con peligrosos visos de mujer fatal. Algo en mí se alborotaba de manera independiente a mi voluntad. "No tengas miedo, yo sé lo que andas buscando y lo que necesitas", dijo. Entonces pensé que bien podría ser cierto; ella podría saber todo acerca de mí, como sucedía con otras personas mientras a mí gran parte de la realidad se me presentaba sin explicación. Y al pensar esto, más me sorprendió saber que parecía adivinar mi pensamiento: "Tranquilo bombón", dijo, "nada en ti permanece oculto, de la misma manera que sabemos todo acerca de las personas que han muerto". Me estaba matando con sus palabras.

La pista continuaba vacía y alrededor nuestro sólo había una serie de puertas cerradas. La extraña mujer parecía la misma encarnación de la malicia, de la picardía.

- Las puertas son para hacer algo detrás de ellas.
- ¿Como qué? -pregunté.
- Como... "Esnifiar", por ejemplo -Dijo.- Me gusta tomar trago a la manera moderna, con coca, sino todo me parece que anda muy despacio. Lo que importa es que haya muchos baños confortables y elegantes. Mire no más el mármol travertino.
- Muy bonito pero no viene nadie -anoté.
- Si sacamos a todas las personas del baño queda repleto.

Sentía un abandono y una caída a un abismo en donde no había un arbusto, ninguna manija donde agarrarse como la voz desmirriada del cantante musculoso deslizándose en babas de amor sobre las mesas. ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Mojado en tí!

- Vamos al tocador. -Invitó.

Me dio miedo. No conocía a esa mujer, podría tener sida, podría llegar su marido, podría darme quien sabe qué cosas en el baño, podrían echarme algo en el trago mientras iba con ella, como me lo advirtió el barman.

- Me gustaría chapotear contigo en una tina llena de champaña, - dijo mientras nos dirigíamos al elegante reservado, colocándose una gafas como de La Dolce Vita.

Antes de entrar, Burbujas Jeanine señaló el mar tras el ojo de buey, un océano confuso envuelto en una mortecina luz amarillenta, sentí un olor asqueroso, nauseabundo; un olor a una inmensa carie dental -sobrenatural, imposible -no recuerdo más.

Al despertar me hice cuatro preguntas: primera, ¿Dónde estoy?; segunda, ¿Qué hice ayer?; tercera, ¿Quién soy?; cuarta, ¿Será que me dieron burundanga? Estaba de pie en una habitación desconocida. Seguramente no me había acostado. Reconocí en la mesa de noche, las gafas de gata a la "dolce farniente" de Burbujas Jeanine. La va acostada desnuda en la cama, la va levantarse y venir hacía mí. Algo por encima de la voluntad me hizo acercarme a ella. Sentí su aliento fétido cuando recorrí con mis manos su vientre. Tiré asqueado el cuerpo a la cama y su boca exhaló una sonrisa perversa. Luego me asomé a la ventana del hotel y va otros cuerpos de personas muertas caminando por la calle. "Pasar la noche entera mojado en ti. ¡Oh! ¡Oh ! ¡Oh! "

Otras personas como fantasmas avanzaban entre hileras de edificios. Una luz dorada, agonizando al fondo de la avenida.

Abrí la puerta. Avancé zurumbático por el corredor. Bajé las gradas y salí del hotel casi corriendo. En la calle, el aviso ominoso; sobre la botella gigante de aguardiente decía: ¡OLVIDESE, VIVA EL PRESENTE! Beba y borre por completo su pasado y no pregunte nunca mañana lo que hizo hoy.

¿Qué había pasado con Burbujas Jeanine? En verdad la mujer que besé al despertarme no parecía ser ella, sino un zombie. Burbujas Jeanine estaba llena de vida, se le notaba en cada poro, en cada gesto. Al salir del hotel supuse que un sitio como ese no podría ser la Posada de la Ballena Groenlandesa. Era un hotelucho.

Caminé asustado viendo mujeres que se asomaban por ventanas de otros moteles, sobre avenidas del lunfardo; calles sucias, cafetines peligrosos, repuestos para automotores. Vi hombres en chancletas de caucho jugando dominó en los andenes, niños bañándose en el chorro que cae de las canales de los techos; mujeres negras sentadas en el suelo sosteniendo entre las piernas el pescado en platones. Hombres descargando camiones, una atmósfera podrida, pesada, perros

callejeros correteando en medio de la basura. Un ambiente de mercado, festivo, constante. Resuello de tránsito confuso en menguantes oleadas. De súbito las cosas cobraban vivacidad. De una calle para acá la muerte y de una calle para allá la vida. Busqué con afán una venta de jugos, pero al parecer no era ese el sector.

"Lo que estás viendo, no es cierto
la ciudad es una ilusión
Este aire, estos árboles
Estas palmeras y la brisa.
Estas mujeres que se pasean al atardecer
te pueden dar placer
pero tarde o temprano
te harán conocer la amargura.
No te dejes engañar
Aquí vive la gente más sola del mundo
Probablemente la brisa del mar no exista."

Después de mucho caminar sin sentido, de repente me hallé ante la costa. El mar se había retirado un kilómetro de ella. Sobre la llanura de la playa chapuceaba una que otra aguamala. Se escuchaba en la ciudad, como al poner el oído en un caracol, un rumor lejano de olas y se podía ver como un exabrupto en un océano calvo de desolación, un barco inglés encallado en la distancia y mucho mas atrás la delgada línea de espuma donde comenzaban el oleaje. Después de un desayuno de chocolate, arepas, pescado frito y huevos revueltos, caminé por un paisaje abstracto.

Había un montículo que en estado normal debía ser una isla de recreo. Deseaba ir caminando y pensando hasta allá. El hueco de mar vaciado invitaba a pasear y, al comenzar a andar, las pisadas se hundían unos centímetros en la arena húmeda. La mañana era gris y fresca, proclive a la reflexión, a ensoñaciones. Pensé en mi familia. ¿Cómo era yo? Me vi un día yendo a recoger a mi padre que había caído enfermo, estaba en el suelo y no podía levantarlo. El había dicho: "Llamen a ese peludo que está en la esquina, que ese también es hijo mío. Que me ayude".

Entonces fui a recogerlo. Yo había crecido en el antejardín, en el parque jugando fútbol, en la esquina contando películas. Luego iba a los bares. Nunca hablaba de la vida práctica con mis padres, de lo que me pasaba. Pero un día comenzaron a exigir, tenía que estudiar, trabajar, producir. Había que inventarse algo. Tenía que inventarme cómo podría ser yo. De dónde iba a sacar el amor, la esperanza, una profesión, si dentro de mi sólo existía un vacío, igual al vacío por donde ahora caminaba. Ahora que caminaba por esa inmensidad metafísica de arena que no hacía referencia a nada -sin soporte, sin luz, ni Dios -, que no hacía referencia a nada que no fuera brisa leve, nubes bajas algodonosas.

Recordé apartes de la canción de Luis Guerra, cantada por un negro gigantesco de voz debilucha, la noche anterior cuando conocí a Burbujas Jeanine, en un bar de la nueva ciudad portuaria. "Quisiera ser un pez, pasar la noche en vela mojado en ti, un pez para bordar de corales tu cintura y hacer piruetas de amor bajo la luna oh oh! saciar esta locura mojado en ti". Vinieron retazos de canción, fragmentos de letra repartida en un cuerpo de mujer, pedazos de noche alucinantes; una extraña conversación con una mujer cuyo marido se había ido a hacer "una vuelta", en un lugar rodeado de baños para "esnifiar", mármol travertino, la Dolce Vita en sus gafas, un escote y un vestido de seda pegado a un cuerpo irresistible, un olor rancio, y amargo, sobrenatural, y al otro

día....¡Amnesia!

Recordé en el baño del bar, Burbujas Jeanine, su rostro de espaldas al espejo: la mancha de su pelo rubísimo torneando en cascadas su rostro, la línea del pómulo yendo hacia su boca entreabierta, el mentón empinado, altivo, sus ojos como si me estuviera mirando desde arriba y yo fuera un enano; una mirada mezcla de conmiseración, ingenuidad, autopropaganda, atrevimiento. Me dijo: "Si has podido enamorarte tanto de Anna Bell, ¿te imaginas lo que podría pasarte CONMIGO?". Se me fueron las luces. Su torso estaba echado hacia atrás, recostado de espaldas al espejo y su cadera en el aire inclinada hacia adelante. Su sexo casi tocaba el mío. Apuntaba amenazador y promisorio y alcanzaba a abultarse detrás de la fina textura sensual de la tela negra, (un bultico de pelos de niño, unas tenazas de terciopelo rosadas), sentí que algo se me derretía por dentro, que la sangre podía dejar de circular en un marasmo de tumba fresca, de tierra estiércol recién bañada por la lluvia, una cierta oclusión de aire, un aflojamiento de rodillas, una debilidad.

Era la misma nostalgia, la misma tristeza, la misma debilidad que sentía cuando la Nena, - esa muchachita que parecía derramar un torrente de libidinosidad a los cuatro vientos -, esa niña de los ojos de todo el mundo, lo miraba a uno propinándole al mismo tiempo una frase atrevida con la mayor inocencia: "¿Qué tal nosotros haciendo el amor? Mirá, ¿qué tal sería?". Sentía, junto a la niña mujer, como junto a Jeanine en el baño, entremezclado con el deseo, una disminución vital, un apocamiento, sentía que volvía atrás hacia un temor primigenio. También, una nostalgia de algo perdido irrecuperable, cierta tristeza inexplicable.

Regresé a la ciudad. Las acanaladas láminas de aluminio del mar reverberaban en mis ojos y de vez en cuando en el maremagnum de concreto y acero de la nueva megalópolis, como una peca en el paisaje, se veía una casita de estilo republicano de los años cincuenta. Una casita blanca o en tonos pasteles de la ciudad anterior. Una casita de espacios generosos con antejardines y balaustradas.

"Quizá esto que parece un sueño no sea más que una nostalgia", pensé, "una nostalgia después que una arquitectura maligna intentó arrasar con el pasado"

Visité a Don Mario.

- He vuelto al punto de partida- le dije. Hace unos meses... (no precisé el tiempo pues había perdido la noción de él y no deseaba en el Don la sospecha de un posible desvarío)... yo salí de esta misma oficina con unos paquetes bajo el brazo, muy entusiasmado; la verdad es que ahora no lo estoy....

- No se preocupe que yo no le estoy cobrando-dijo con una voz tan baja que parecía un murmullo. Mientras....acariciaba el animal.

- Sí, la verdad es que ahora me han sucedido tantas cosas raras.

- YO NO LE ESTOY COBRANDO- dijo subiendo la voz, su tono era enérgico-. Me gusta que haya venido. Siéntese, por favor.

- ¿Quiere tinto o una agua aromática?

- Aromática.

Comencé a temblar. Sentí la fatiga de tinto en el estómago, la fatiga que sentía al llegar a su oficina. Parecía hubiera tomado café muy fuerte toda la mañana y en vez de estómago tuviera una cañería averiada. Un fulgor en su calva lo abandonó cuando se inclinó para abrir el cajón de donde sacó un confite. Estiró la mano para ofrecerme la golosina envuelta en un papelito multicolor. Por la franja horizontal en la parte superior de su oficina de donde llegaba la luz matizada, se veían algunas copas de árboles. Allí el viejo curtido, el de los felices negocios turbios de otras décadas,

se recluía en lecturas, efectuaba llamadas y recibía unas escasas allegadas visitas. El dulce, la aromática, más un cigarrillo, ya me habían tranquilizado cuando me preguntó por Anabel y el niño. Le conté que ya no estábamos juntos, lo cual no pareció gustarle. Al arrellanarse en la silla de resorte, el gato saltó de la mesa, su semblante se crispó en un fino sobresalto y el fulgor cayó de nuevo sobre su rostro antes rubescente ahora, un tanto pálido. Luego la correa en el vientre robusto se irguió. (Y pensé en el bostezo de una popa de barco levantándose sobre el horizonte marino del escritorio).

Le conté que ya no estábamos juntos, pero no quería que se enterara de la ironía del porqué nos habíamos separado. De cómo precisamente la mercancía que me había tan gentilmente brindado en una última oportunidad para resolver mis problemas, era en gran parte, así lo creía yo, causante de mis infortunios.

Hubiera podido referirle cómo, habiendo acudido en pos de hospitalidad donde el poeta Aristizábal y el profesor Eugenio Rosas, a quien sus alumnos llaman Primavera Hipie, no había encontrado más en mis amigos que conductas de pánico, falta de solidaridad. La ironía de que lo más ansiado como representación de la felicidad, puede ser lo que más dolor nos causa y nos puede ocasionar las mayores desgracias. Tenía ya el botín pero no los amigos ni el amor, el desposeimiento aumentaba, era engañoso su poder, me hallaba lejos del necesario hogar, en la intemperie, esperando los puñales de los codiciosos y traidores. Tenía la sospecha de un sinsentido en ciertos afanes perentorios para cualquier empresa que se acometiera, fuera cual fuera. La convicción de que los hombres persiguen una sola idea, y que ésta, la más codiciada, es la que los define, confiriéndoles el matiz específico de un carácter que con el tiempo enajena.

Discernía sobre una realidad a la orden del día y dada mi experiencia última tan difusa, el meollo del asunto se hallaba en el alejamiento de lo real, la culpa anidaba en el olvido y el pecado en la ignorancia; no debía descartar la hipótesis de la suplantación de la realidad por un posible delirio. Era precisamente lo que necesitaba. Por eso lo escuché con mi posible mejor atención.

El Mar debía convertirse para mí, sobre todo estando en presencia de Don Mario, en una palabra prohibida, tabú, impronunciable. No debía dejar vislumbrar algún resquicio que me hiciese lucir como un hombre desfasado, una persona recusable, atónita, que no sabe qué es lo que pasa y por el contrario de lo que se pretende, anda por el mundo desvariando, entre alucinación y disparate. Había que mostrarse cuerdo, lúcido, al tanto de las circunstancias.

La robusta popa del barco se elevó del mar del escritorio al cielo cuando el Don, poniéndose de pie, se dirigió parsimoniosamente al mueble del bar que se hallaba tras de mí. Lo vi pasar lento, paquidérmico, sin arrastrar los pasos largos. Los zapatos perfectamente embolados, el traje impecable, la pulcra línea del pantalón exacta. Me sirvió un trago de whisky. Yo debía estar agradecido. La atención se le concedía a poca gente.

Una ávida curiosidad femenina de inmediato hubiera querido saber los detalles, el desenlace pormenorizado de aquel matrimonio fallido.

Pero su mirada permanecía serena, en suspenso (flotando sobre el aire atento, adolorido, de la oficina). Los objetos que tocaba, sobres de manila membreteados, papeles, como si no los tocara, expresaban lo que sentía y esto era todo lo que podría esperar y desear de la situación: comprensión, respeto, sin abocarse a detalles vergonzosos. En la eternidad de ese instante, mientras esperaba que aceptara la noticia como se espera que el agua turbia se aclare al descender las molestas impurezas al fondo de un recipiente, o como se espera que una pared fresca y recién pintada se asiente, al secarse, en su color definitivo, alcancé a repetir en voz baja mientras saboreaba el whisky: "Así es,

nos hemos separado". De allí en adelante había que avanzar sobre los hechos, los cambios, así como las consecuencias que la ruptura acarreaba, así es la vida Don Mario. Por fortuna se abandonó el tema, la conversación volteó hacia otro flanco no menos importante, cuando preguntó esbozando una sonrisa tonificadora de esperanza acerca del curso seguido por los negocios. Le conté sobre una serie de relaciones entabladas a raíz del asunto con diferentes personas; conversaciones, visitas a apartamentos lujosos, penthouses, noches de trasnocho, de como en un principio la mercancía había comenzado a diezmarse en muestras, pedacitos que vendía aquí y allá, debido a lo cual para no convertirme en un callejero expendedor al detal, había decidido rápidamente suspender esta forma de venta para intentar negociar de una sola vez el paquete entero. Mientras... Don Mario asentía, muy atento, diciendo ¡ajá, ajá!, como diciendo muy bien, muy bien. ¿Qué más? Le hablé de dos posibles mercachifles (García y el Tártaro), a través de los cuales había pensado hacerla llegar a un tal Reverendo, un personaje al parecer desconocido del cual ya me había dado cuenta, no lo era tanto,y que debido a las ya comprobadas malas intenciones de estos dos bribones y a la posibilidad en sumo grado práctica y ventajosa de abolir trajinantes, había pensado ofrecerla directamente al Reverendo, quien ya sabía le interesaba y quien últimamente había trabado excelentes relaciones con el exterior. O sea que, con él, existía la posibilidad no sólo de salir de unos paquetes sino de muchos. Existía incluso la posibilidad de establecer una continuidad, un futuro.

- El Reverendo...-dijo Don Mario exhalando una bocanada de aire como si fuese humo de cigarrillo-, ya está ubicado en otra esfera. Ya ha ascendido a otra esfera de corrupción nacional. Es mejor olvidarse de él.

Quedé anonadado y apuré un trago, "Es mejor olvidarse de él".

Traté de objetar que precisamente con él podría ser más factible, sería mejor que con otras personas....

- No cuentes con él - dijo Don Mario categórico-. No creo que ni siquiera te reciba. Los trepadores no quieren saber nada que les recuerde su pasado, quieren olvidar la escalera por la cual han trepado.

Dijo que el Reverendo seguramente ya no volvería ni siquiera a saludar, él conocía el comportamiento de ese tipo de personas, " "Más aún en estos tiempos en que nadie puede garantizar estar vivo al día siguiente."

"El Reverendo es una de esas personas que un día de estos va a aparecer por ahí....(muerto concluí yo, sin más ni más). Veo que se le acabó el whisky. Si quiere otro, sírvase usted mismo".

Al salir de la oficina de Don Mario, entonado por el whisky recordé el día que por primera vez ví la ciudad cubierta por una verde pradera de césped marino y lo que pensé al verla: "Siquiera que esta ciudad cambió, de otra forma no hubiera podido seguir viviendo. Por eso la gente no contesta preguntas sobre lo que sucedió el día anterior. Tienen razón. ¿Quién va a querer acordarse? Recordar tantas barbaridades. Nuestro pasado es simpre un amargo lastre. Es mejor el Mar, el olvido, comenzar una vida nueva."

Era de noche cuando me encontré con el amigo Federico, el noctámbulo trotacalles, con quien había intentado compartir un pedazo de noche dos días antes. Habíamos intentado entrar a dos bares: el Café Cuadro y Convergencias, sin éxito alguno. Tenía todavía la mano vendada. La ropa flotaba alrededor de su cuerpo. Lucía diáfano, etéreo, iluminado por la luz de la luna. Frente a nosotros, por un estrecho canal, pasaban las negras góndolas silenciosas.

- Sabido es que al final - dijo - en la memoria de la ciudad los tiempos y recuerdos se juntan. Al

fin y al cabo la ciudad no es un lugar, sino, un sentimiento -.Me miró. Sus ojos brillantes, redondos, parecían dos negros botones encendidos detrás de los cuales bullía chisporroteante la leña de una chimenea, el fuego fragoroso del viento incendiado, el ajetreo de una ciudad lúcida, inteligente, con sus imperativas preocupaciones cotidianas y su tráfico organizado de luces y señales. - El problema de esta ciudad -sentenció- es que no quiso avanzar. Quiso perpetuarse en sus mismos recuerdos, mantener un mismo ritmo, un sentimiento inalterable. La ciudad del mar perdido fué obligada a copiarse, a repetirse a sí misma en una angustia por no ser olvidada, por seguir siendo reconocida, en un afán de perennidad y esto, paradójicamente, es lo mismo que la ha hecho olvidar. Ya nadie en el mundo se acuerda de esta ciudad, su misma inmovilidad, su fijeza, la hicieron desaparecer. Por eso muchas cosas vistas no son más que moribundas señales de humo, simulacros o representaciones. Existen mecanismos nostálgicos de unas costumbres, deseos ocultos de rituales ancestrales. Por eso sus habitantes ya no visitan sus noches. Por ellas sólo erran a deshoras sus despojos, sus difuntos. Los recuerdos fueron obligados a dar vueltas como el viento que va y viene de la cordillera. Hasta los colores nos abandonaron. Por eso la noche es sólo un negativo del día y en el crepúsculo desprovisto de cualquier tonalidad cromática, sólo vemos una lenta inversión del blanco al negro. Ni siquiera nuestros deseos sabemos si son nuestros porque se han confundido con las reverberaciones enfermas, las señalizaciones, los ordenamientos de la publicidad, las enredadas obligaciones citadinas. Somos esclavos de un juego de espejos. Tenemos que buscar la otra noche, la otra ciudad. ¡Esta no nos está sirviendo para nada! Pero no me mire así mi querido José Félix que la urdimbre parece seguir igual. No hay nada que temer, el mapa de la ciudad, aunque haya crecido, sigue teniendo la misma antigua forma de dragón, desde el Ponti Di Chipichapi hasta el Lido Di Pance. Uno puede moverse todavía dentro de estas aguas ambiguas.

¡Vamos! ¿Querés fumar? Más adelante hay un hombre con un coche que vende cigarrillos.

- ¿Un coche como el del Bebé de Rosemary?

- No, otro diferente. ¡Vamos ! ¡Vamos! viejo Félix.

CAPITULO XI

PENSAMIENTOS

Al día siguiente, al salir de un anodino hotel de vidrios azules, me pareció que el mar era un producto de mi imaginación y que sólo había estado dentro de mí. En esa mañana no aparecía por ningún lado. No era que la marea hubiera bajado más que el día anterior, sino que el agua, la playa misma y el mar se habían esfumado. La ciudad se encontraba igual que antes, con sus blancas fachadas, sus avenidas sembradas de arrayanes, palmeras, chiminangos, jazmines, camias y ceibas centenarias, un río sucio y no un canal con gondoleros la atravesaba como un sueño. ¡Eureka! ¡Me había curado! ¡Nada más ensoñador que la realidad! Quizá con tanta pesquisa mental, las cosas se habían vuelto a colocar en su sitio.

Existía para mí una esperanza y unas metas, aunque sabía ya muy bien que el camino estaba lleno de incertidumbre. Había que chapucear en el misterio.

Una situación ameritaba ser resuelta de inmediato: No podía seguir viviendo en hoteles. Necesitaba en lo posible puntos de contacto con lo real, con personas lúcidas. Llamé a Virginia López que me parecía una mujer sensata. " ¿Qué más viejo Félix, ya te pasó la borrachera ?" Esta vez aceptó recibirme. Acudí con mucha alegría a una cita en la zona de los cafés donde tomamos un taxi para salir del perímetro urbano y ascender las sucesivas curvas hasta llegar a las rosadas colinas donde se hallaba su casa campestre. En el trayecto traté de explicarle con mucha dificultad, lo inexplicable de mi situación inexplicable . No era ninguna borrachera, ni las consecuencias terribles de una de mis farras. No quiso saber nada sobre una posible inundación del mar a la ciudad. Apenas enunciado el tema su rostro adquirio esa lejana imperturbabilidad silenciosa de las personas que no quieren escuchar tonterías. Lo único que deseaba saber era como había concluido mi relación con Anabel.

- No sabes cuanto te agradezco -.Exclamé, estrechándola.
- Aquí puedes dejar que esas aguas oscuras que te perturban se aclaren.

Sabía que allí iba a encontrar la paz que necesitaba. Apenas vi la casa entre los árboles, mi corazón saltó de gozo. Era una casa de piedra y madera con el techo a dos aguas amarrado por vigas de mangle traídas de la costa.

Debido a su trabajo en una empresa tenía que ausentarse por largas temporadas, de tal modo que yo permanecí en su casa, en las montañas rosadas, sin ser para ella en ningún modo una carga. Por el contrario, ayudé a cuidar la propiedad del clima de violencia e inseguridad de sus alrededores. Mientras, mi mente se aclaraba, daba vueltas por las colinas, ayudaba en labores domésticas o permanecía sentado en una silla a la hora del crepúsculo.

Melancólico, observaba día a día, una progresiva invasión de pájaros premonitorios de aguas por venir que se iban aposentando en los árboles, en las cercas, en las aristas de la casa.

Por esos días, en tranquilas y pausadas conversaciones con Virginia. en paseos con la perra del vecino por los alrededores, incluso con la presencia de algunos guerrilleros de la región, fuí poco a

poco aterrizando, aceptando una nueva realidad más apacible. Aunque todavía un tanto triste, mejoró mi lucidez y lo que es todavía aún mejor, en aquella vieja casa encontré una biblioteca empotrada entre las piedras. A muchos libros les habían caido goteras y se hallaban mojados y sacudiéndoles el polvo del olvido, los sacaba a asolearlos al jardín. Allí, sin afanes, entre lecturas, en esas calcinantes mañanas del jardín de Virginia, volví a los hospitalarios libros, recuperé el gusto por la palabra impresa, siempre amable y noble, que en época de inundación había entrado en detrimento hasta quedar reducida a minúsculos informes sobre programaciones de televisión.

En esas horas de solaz, cuando ojeaba una revista de una universidad local, hallé un artículo que daba una explicación a mi situación y redondeaba la sospecha de haber dado un salto temporal, de haberme disparado hacia un futuro en que el mar ya había invadido la ciudad. Lo cierto es que ya estaba escrito. Habría que volver a la noche de los tiempos, cuando el valle sobre el cual descansa la ciudad era una gran laguna.

En el artículo, Luis Carlos Velasco Madriñan decía: "Esta tierra mía fue primero un lago de cristal. En su superficie, los variados peces hacían brillar las escamas a los primeros rayos del sol de los trópicos. Y el círculo de montañas levantaba muralla azul para custodiar el Valle".

Y más adelante, puntualizaba: "Fué Humbolt quien descubrió el origen lacustre de nuestro territorio vallecaucano, como así mismo pronosticó que había de tornar con el transcurso de los siglos a su original condición geográfica." Para reafirmarlo, consignó la profecía terrorífica en uno de sus libros de ciencias. "Los habitantes del Valle de Cauca, cantan y bailan sobre el abismo que se los ha de tragar".

Así era, ni más ni menos. La eterna noche de farra continuaba mientras se vivía una horrorosa situación de violencia. Por otro lado las catástrofes naturales: la de Armero, la amenaza del Galeras, el Volcán del Ruiz (que ya había hecho erupción pero perfectamente podría volver a hacerla y obstruir el cañón del Río Cauca). En cualquier caso, el agua no tendría por donde salir y el Valle volvería a inundarse.

De hecho, permanecía inundado por las crecientes. Bastaba escuchar las noticias, dar una vuelta por los barrios de Aguablanca. Lo cual no era una novedad, siempre lo habían estado. En un principio las inundaciones de invierno en Aguablanca permitían la navegación y convirtieron la ciudad en un puerto fluvial sobre el Río Cauca. Ahora, si bien es cierto no permitían la navegación, constituían una calamitosa tragedia constante para sus humildes habitantes, además de una cotidiana y perfecta amenaza de mayores catástrofes.

La presencia acuosa, para bien o para mal, siempre había ido unida a su historia.

Desde la fundación de la ciudad hubo confusión. Se necesitaba un puerto que sirviera de comunicación entre el interior del país y el Mar Pacífico. Una ciudad que pudiera ser puerto de mar sobre el Pacífico y puerto de agua dulce sobre el Cauca. Pero el río pronto dejó de ser navegable y la urbe de todas maneras no se hallaba a orillas del océano. Era una ciudad porteña que poseía sus malecones y bodegas, su verdadero puerto, detrás de la cordillera, a ciento veintiocho kilómetros de allí.

Desde su inicio, el trastocamiento adquirió ribetes de índole fantástica. Era asombroso ver como en el diseño del escudo, el pueblo estaba representado al lado de un río y frente a un mar que nunca había existido. Por eso se decía que los habitantes de esta ciudad de ultramar, eran costeños sin costas, eran costeños que habían perdido y buscaban la gracia del mar.

Aquellos días apacibles sirvieron de reflexión para detenerme en los hechos. Vivía dentro del fracaso hacia un éxito aplazado. Como los escritores que había conocido: Vivían aplazando un

libro que ya iban a escribir, que estaban escribiendo, que ya iban a terminar... Mientras tanto... vivían en el fracaso. Vivían dentro de una esperanza que estaba dentro de otra esperanza, que crecía como un mundo, y sus ramas se multiplicaban hasta el infinito. Había que tener paciencia, quizá demasiada paciencia. El negocio se caracterizaba por los días de espera, por su deprimente antesala a un porvenir dorado y lejano; la disposición de los sueños de las cosas que podían hacerse y que vendrían cuando llegara el ansiado, pletórico mañana. En ese momento, toda la vida se hallaba resumida en esa idea de la espera; en el aplazamiento, la postergación. Aunque así era, la vida de ningún hombre debía resumirse en una idea. Sabía que la monomanía era destructiva.

En esta nueva estancia, obtuve otra variación del pensamiento. Cristalicé otras antiguas apreciaciones sobre el panorama de aquella frívola ciudad. Había permanecido en un espacio donde las personas sólo se jugaban su vanidad, pero existía otra ciudad, otra ciudad de muertos y de balas, otra ciudad de miseria y pobreza absoluta que me circundaba y rodeaba como una muralla. Me hallaba ahora muy cerca, en esas veredas, a una ciudad estremecedora donde no se podía abrir la boca sin correr algún riesgo, donde la gente andaba armada hasta los dientes, muy cerca del ejército, muy cerca de la guerrilla exactamente ubicado en medio de los dos bandos, acosado por las preguntas de unos y de los otros y sin saber aún donde tenía con precisión mis ilusiones ni mi cabeza todavía atormentada. Sabía que era mejor no preguntar, no indagar, ni saber de lo que había ocurrido el día anterior, así había pasado con Burbujas Jeanine y la urbe era un espejismo de falsa sensualidad, de violencia y el misterio impredecible de la cotidianidad debía ser aceptado sin chistar, tenía que aprender a navegar a la perfección en el fango de la incertidumbre, así lo exigían las calles, las noches y las veredas por las que ahora tendría que transitar.

Desde la montaña observo el paisaje.

La ciudad es blanca. El cielo blanco permanece encapotado la mayor parte del año, sin vestigio de azul ni hilazas de malva. Sólo al atardecer, cuando el viento se deja caer de las montañas y recorre las calles, hay un cese, un descanso de esta luz estrepitosa de perpetuo mediodía. Porque en la urbe blanca todo el día es mediodía.

Hay también en ese festivo baño de sol, en ese ropaje, un cuadro de calles sepultadas por la luz del trópico, exuberantes, fantasmales, sin sentido del color. Una arquitectura caprichosa y semisalvaje, hecha de retazos de variados estilos. En la mañana luminosa, una oficina, una calle de cualquier ciudad, la sombra de un ala de torcaza en el centro histórico. Al mediodía el bochorno sobre las casas, puedo adivinar, sentir esa sensación de tiempo detenido, de siesta, un silencio raro, sosegado. No queda más remedio que quedarse mirando el techo, adoptar una posición proverbial para la digestión y recostarse. Quedarse por un momento alelado mirando el rostro del otro comensal exhausto o viendo como manotea el aire con desgano el ventilador de techo. Giran las aspas pesada, len-ta-men-te, y la rutina continúa: sólo después de las cuatro el cielo empieza a moverse y a eso de las cinco de la tarde, los automóviles comienzan a desfilar por las avenidas bajo la sombra de los guayacanes, los chiminangos y carboneros. Se empieza a percibir el caminado desenvuelto de las mujeres, los bluyines apretados, los ombligos al aire. La tarde va virando de una luz estrepitosa y blanca, a tonos mercuriales, a rojizos ladrillos, a pálidos azules y rosados. Se siente la brisa salobre enigmática que tanto caracteriza y define a la población y la mente abotagada de repente florece, se abre como un abanico hacia los cuatro puntos cardinales. Es una magia que comienza al atardecer. Parece que lo demás no existiera y que todo el día hubiera transcurrido solamente para desembocar

a esta hora pues es a las seis cuando la ciudad adquiere su razón de ser, cuando se muestra decidida y amable, como una mujer desenvuelta y holgada, dispuesta a una felicidad liviana.

Las mesas de las fuentes de soda y los cafés se van llenando de vasos y caras sonrientes y los habitantes parece que tuvieran la necesidad de salir a buscar algo que resbala y escapa con la verde brisa que proviene del Pacífico. Es la hora del cigarro y la cerveza, la hora clave de la conversación. En ese raro sentimiento que descansa en el aire hay un deseo de libertad, de alegría, de colorido y playa, pero en esta ciudad de ultramar no hay mar, el mar es sólo una nostalgia. El mar es esa ausencia que viene con el viento, lo que hace falta, algo así como un hueco en la memoria, un tiempo reversible, una canción del envés.

A esta hora se cree que nada ha cambiado al advertir que los amigos o conocidos permanecen en los mismos sitios preestablecidos, un nutrido repertorio de fisonomías que se observan en una capital, unos a otros, como si anduvieran en un pueblo.

Es probable, cuando se prenden las luces en los postes y los avisos de neón, cuando las camias y los jazmines comienzan a desplegar su artillería de efluvios dulzones, embriagantes, convertirse en un admirador de transeúntes desconocidas. Es probable sucumbir a una mirada que parece que dijera algo pero que sólo es una costumbre (los ojos educados en el gesto de mirar a otros ojos con sensualidad; las voces, en decir, "sí mi amor", "hola mi amor", a cualquier desconocido). Se puede interrumpir la visita, colocar el vaso en la mesa y decir adiós, para regresar a casa con una leve frustración, porque ya sabemos que la noche en la ciudad es como para morderla, y que las mujeres están floreciendo en las esquinas enredadas con la brisa.

Ronda el pensamiento sicalíptico: no existen las mejores condiciones para una conversación seria, altruista, filosófica, espiritual; para la amistad. Hay demasiado piel a la vista, calor, sensualidad.

La ciudad parece blanca pero tiene un corazón de ébano, por sus callejuelas corre sangre negra a ritmo de tambor y cencerro.

"Negros son los traseros inverosímiles de las vendedoras de frutas en las calles, y los lindos traseros de las mujeres blancas que poseen traseros negros o como de negras. Aquí se canta y se goza cuando se muere, y se muere cuando se canta y se goza. El placer se busca con desaforo, a ultranza, porque en la ciudad la sed de placer es arrasadora como un verano recio. Negro es el corazón de ébano de la ciudad. Negro azabache. Negro es el espíritu de Khaly, la diosa de la destrucción y deidad de la Ciudad Blanca. Por eso, lo que estás viendo no es cierto, la ciudad es una ilusión, este aire, estos árboles, estas palmeras y la brisa. Estas muchachitas que se pasean al atardecer te pueden dar placer pero tarde o temprano te harán conocer la amargura. No te dejes engañar, aquí vive la gente más sola del mundo, probablemente la brisa del mar no exista".

CAPITULO XII

DIALOGOS SUCIOS

Una tarde bajé a la ciudad.

Olía a tienda, a tienda de barrio donde venden leche, jabones y hortalizas. Un olor característico mezcla de otros olores. Escuché una voz asaz conocida, una voz para adentro que se tragaba a sí misma en una garganta carrasposa. Una risa de muñeco de ventrílocuo. Imaginé la cara de plasta detrás de la ventana que daba al andén, me detuve sin dejarme ver. Los imaginé sentados tomando cerveza. El otro contertulio, supuse no era el Tártaro, pues no tartamudeaba.

- ¿Y Anabella está sola?
- Sí, el man ya se fué de la casa - dijo el otro.
- ¿Y quién se está comiendo a Anabella? -Preguntó Julio García.
- Parece que Edilberto Zúñiga se la coronó una vez. El profesor "Primavera Hipie" y el Poeta Aristizábal, le estaban cayendo. Pero al poeta lo mataron.
- Ole, pero ¿quién desconectó a quien? - Preguntó García.
- Parece que fueron los dos.
- Yo creo que no. Ella tuvo que haberlo echado de la casa.
- A lo mejor.
- Tengo ganas de comerme a Anabella, pero primero tengo que emborracharme y darle rumba. Dijo García.
- Parece que ella quiere conmigo. - Dijo el otro-. La otra vez estuvimos tomándonos unos tragos, solos, en la Taberna del Alcatraz.
- Está buena, ¿no? Tiene buen culo.
- Si, cada vez le crece más el culo.

Me asomé con mucho cuidado para saber a quien correspondía la otra voz. Estaba de espaldas y no me pareció conocido. Si me hubiese asomado más, Nariz de Plasta, que estaba al frente, me hubiera visto. No sé qué me hizo retirarme. Debí haberlos enfrentado en el momento.

- ¿Y por qué cortaron? -preguntó el otro.
- Porque ese man es una olla, un irresponsable. Tiene una mercancía pero no sé donde la tiene guardada -. Dijo García.
- Deberíamos quitarle esa vaina paque no joda más.
- Estamos tratando de saber dónde la tiene, yo creo que en casa de Anabella. Estamos tratando de que la saque al ruedo.

Aquellos diálogos sucios y traidores me dejaron estupefacto, paralizado. No había realmente con quién contar en esa ciudad, en esa doble ciudad desmemoriada que unas veces parecía tener mar y otras veces parecía no tenerla. La urbe en definitiva era un espejismo alucinador, una gran mentira. No supe que hacer, si pelear con ellos o mandarlos a matar. De esto último no era yo capaz. No era un narcotraficante en grande, un bandido de verdad, de esos a los que no les importa dejar una

hilera de muertos por su camino.

Sobre el futuro de Anabel no podía hacer nada. Ya era sabido que cuando uno se separaba de una mujer y la noticia se extendía, comenzaban a rondar los gallinazos. Ante la pérdida del equilibrio sentimental, los amigos se polarizan de un bando a otro, los traidores al acecho se manifiestan, no falta la farra divertidísima, ni el amigo nuestro comprensivo que un día vemos salir lagañoso del apartamento de nuestra ex-mujer después de una larga consolación.

CAPITULO XIII

ANNA BELL

Mentiras! Todavia no habia podido olvidarme de ella.

¡Anna Bell! ¡Cómo se adhiere insaciablemente a mi memoria! Todavía escucho su voz persistiendo en mi recuerdo por largos días como un gancho colgado del alma. Veo sus ojos verde mar - virando enigmáticamente hacia mi rostro - igual que una invasión del pensamiento. El mismo sol vertical sobre la misma calle, unas mesas de café, el mar, la costa, el niño. Pero antes de avanzar en dispersas y dolorosas imágenes, sería preciso volver a aquella tarde.

El aire impávido del medio día, cristal petrificado, arrancaba a moverse lentamente, como impulsado por un gigantesco ventilador. Un nuevo atardecer se iniciaba al compás de aquella pesada atmósfera, con autos y gente saliendo perezosamente a las calles y un revolotear de golondrinas sobre el cielo todavía resplandeciente. Anna Bell y yo estábamos sentados en una terraza de asientos con parasoles en una alameda. Dos semanas hacía que nos habíamos conocido y desde entonces nos era muy difícil separarnos.

-Pide lo que quieras y tus deseos te serán concedidos - había dicho. Los ojos despidiendo destellos canela y oro, la cara ovalada, ancha, la piel blanca.

--¿Lo que quiera?-- repetí, un tanto desconcertado.

--Sí, lo que tú desees hacer. No se trata de lo que tú puedas hacer-- subrayando con su voz clara y transparente la diferencia entre los verbos.

La necesidad rápidamente me hizo desear lo que más nos estaba haciendo falta en ese momento: ya habíamos agotado las casas de los amigos posibles, de tal forma que al parecer no existía un sitio a donde pudiéramos ir. Después de mucho andar por la vida, yo había quedado relegado a vivir en casa de mi madre y ella en casa de una tía; y, pese al interminable rodar por las mismas calles, las cenas en los restaurantes, las copas en los bares -- que fueron diezmando nuestras últimas posibilidades -- persistía una inagotable felicidad de hallarnos el uno junto al otro.

--Quiero que tú y yo estemos solos en un espacio, con un balcón o amplios ventanales, desde donde veamos la ciudad.

--Y entonces-- adivinó Anna Bell --entonces sí, hacer el amor.

No era nada anormal lo que pedíamos, nada que en muchas otras ocasiones no hubiéramos tenido con otras personas, pero que en ese momento precisamente a nosotros dos, nos hacía una falta enorme. Verdad, estábamos viviendo en nuestra propia ciudad sin derecho a ella, como turistas varados, como huéspedes de las calles sin derecho a un lugar. Nos sentíamos, con tantos años encima, de repente, trampeados por la vida.

--¿Desde nuestra casa podrá verse el mar?

--Claro-- dijo ella --¿Quieres otra cerveza?

--Bueno-- acepté ---... Esta brisa debe venir del mar.

Esa noche no pudimos cumplir cabalmente nuestro sueño, pero un año después vivíamos en un apartamento en la parte alta de la ciudad con dos balcones y una azotea. El anhelo de un espacio, nido adulto de nuestro amor, se había cumplido aunque faltaba la vista marina. Sin embargo, a cada rato salíamos al balcón para ver la ciudad anochecida. No se veían bien los barrios del Sur-Oriente que habían comenzado (sospechosamente) a inundarse.

En septiembre se habían iniciado las lluvias. En un principio, después de aquel verano cerrado, fue un descanso, pero luego la cosa comenzó a complicarse cuando nos dimos cuenta de que no cesaban, llovía a cántaros; implacablemente. Los barrios del sur iniciaron su paulatino y acostumbrado anegamiento.

Todos los días salían en la prensa los progresos del agua: "La más grave inundación se presentó el fin de semana. En algunos sectores el agua alcanzó más de metro y medio de altura en el interior de las viviendas". Se veía la foto de gente pobre, en su casa, sonriendo ante las cámaras con el agua hasta la cintura. Ningún asomo de dramatismo en aquellos rostros.

Tres días después de aquella noticia, el nivel del agua ascendió a dos metros. Ya no se veía en las fotos el agua hasta la cintura de las personas, sino casi hasta el segundo piso de las casas. Por último, al final de ese mes, aparecieron otras fotos y tomas de televisión donde se mostraba a la gente en los techos sonriendo y bromeando ante las cámaras como si estuvieran de paseo en el río, subidos en grandes piedras, mientras Anna Bell y yo dormíamos en aquella parte alta de la ciudad con las ventanas abiertas para que entrara el fresco, un fresco de leche y miel como la dulzura de nuestro amor en sus mejores tiempos. El fresco de la noche en la ciudad traía una particularidad embriagadora, indescriptible, por eso dormíamos con las ventanas abiertas; hacíamos el amor y nos quedábamos dormidos tomados de la mano, luego ella se volteaba y colocaba el misterio de su espalda y sus hombros delicados contra mi pecho, mientras la ciudad abajo se iba inundando.

Así cada día, sin darnos cuenta, se iba esfumando en un discurrir sin conciencia ni registro, como sucede cuando somos felices; un desdibujamiento donde se pierde el sabor exacto de los días y sus contornos bajo los filtros engañosos de la nostalgia. Intentar volver a aquellas horas sería un acto necio e imposible, el tapiz de ellas sería reemplazado por otro de mayor esplendor perteneciente al recuerdo.

En la Ciudad Blanca, así mismo, sin dejar ningún rastro, cada día parecía ser sepultado por el siguiente. Parecía no haber un pasado escrito en los sardineles; en los muros viejos. No había una historia escrita en las arrugas del rostro o en las líneas de la mano de la ciudad; la arquitectura se iba destruyendo sucesivamente sin contener el pasado.

Antes de levantarme, recostado en la almohada, todavía atolondrado sin saber dónde me hallaba ni lo que había sucedido la noche anterior, tardaba un momento en la recomposición de mi estado actual - ese paso de la fantasía surreal de los sueños, la mezcla de deseos, temores y lecturas - hasta percatarme de haber amanecido en mi nueva casa. ¡Tenía al fin una casa, un hogar! Un marco propio de limpieza, de transparente inocencia con la alegría del niño que entraba al cuarto y se encaramaba a jugar en nuestra cama. Luego, al incorporarme, con el paisaje acuático en la ventana y el niño en los brazos, suponía que me hallaba en vacaciones al lado del mar, pero lo que iba poco a poco abajo sitiando la ciudad no
era más que agua dulce. El mar se hallaba detrás de la cordillera.

Recuerdo las ensoñaciones, aunque cada vez vienen con menos frecuencia, que me suscitaban los libros que habia en casa de mis padres, las lecturas de infancia, insomne, cuando me hallaba enfermo o convaleciente.

Cuando no había con quien jugar, en ratos de aburrido ocio, en la biblioteca entraba a otra dimensión al abrir alguno de aquellos empolvados libros. Sentado cómodamente en una poltrona, de repente brotaban del libro intrépidos aventureros, pintorescos corsarios, distantes escenarios; aparecían heroicos atardeceres teñidos de ron, arcabuces y tesoros. Podía vérmelas con filibusteros, cazadores de ballenas o negreros desalmados. Había marinos que regresaban del otro lado del mundo, con una cacatúa en el hombro, sin un ojo o una pierna, con un tatuaje en el brazo o una anillo en la oreja. Eran sobrevivientes de mil luchas y hablaban de amores en lejanos parajes edénicos.

Era el mar, un elemento en sí capaz de transmitir la mayor ensonación; allí era posible la poesia, el romance y las más fascinantes aventuras. Además, era en estos espacios de infinitos panoramas donde el alma podía volar con libertad. Era el escenario de los grandes dramas, el lugar donde se hallaban las palabras mayores: la lucha, el amor, la traición, la victoria, la muerte... Y se hallaba también ese lado de sombra de los hombres (irracional, desordenado, aterrador, diabólico).

¡Tesoros, piratas, galeones a pleamar! ¡Luchas sangrientas! La perspectiva del tiempo devorada por la aventura loca y descabellada. Mientras avanza la goleta, el navío, los relojes de arena se derriten en la embriaguez de cada instante.

¿Pusiste a hervir el agua para el tetero del niño? - preguntaba Anna Bell desde el baño.

- No, todavía no -, contestaba, y los libros en aquellas interrupciones terminaban distraídamente bajo la cama, en el baño o la cocina, como elementos del desorden.

¡Mar!!!
¡Se me fue!
Dijo adiós,
en su azul lejanía.

Cantaba el Inquieto Anacobero, Daniel Santos, desde la grabadora: "Mar sabes bien cómo duele perder un amor".

Y el marinero Ismael, bajo las órdenes del capitán Ahab en una encarnizada persecusión a la ballena blanca, terminaban debajo de la cama.

Era después de la modorra del eterno mediodía. Sacábamos la música, unas sillas y una mesa al balcón, mientras contábamos nuestro pasado y soñábamos con el futuro, mientras recibíamos la frescura progresiva de la noche. Viento en popa, en el balcón aquel, dejando pasar el agua de las horas como desde un castillo de proa. Acompañados de viejos boleros entre trago y trago y melodía nos íbamos adormilando, "Soy prisionero del ritmo del mar, de un deseo infinito de amar, y de tu corazón..."

Hasta que al cabo de algún tiempo comenzó a cambiar el tono de nuestra relación.

Después de aquella filmación en donde yo había desempeñado un buen papel de bandido y donde había conocido a Anna Bell, no me volvieron a salir trabajos. La industria del cine, con el cambio de gobierno entró en crisis. Intenté hacer "otras cosas" pero no dieron resultado. Entonces regresó una idea que siempre acaricié desde adolescente, todo por amor a la hermosa Anna Bell y a nuestro hijo Mateo. Era capaz de hacer cualquier cosa por ellos, para no perderlos, pues sentía que cada día se iban alejando de mí y no hallaba el remedio.

CAPITULO XIV

LOS ACTOS FALLIDOS

"...dimos tres vivas densos, de corazón, y ciegamente, como la fatalidad, nos hundimos en el Atlántico solitario." Moby Dick

Había dejado de ver el mar y en el momento preciso cuando debía resolver mi vida lo había vuelto a ver en la ventana, henchido de luces y colores, agitando sus lomos de caballos desbocados.

Virginia había intentado disuadirme de asistir a aquella peligrosa cita. ¡Pero cómo por Dios! ¡Era imposible hacerle caso! Después de haber vivido en un eterno aplazamiento en una ciudad inmóvil en una prisión, cuando al fin había llegado la oportunidad, no podía echarme atrás, retractarme, tenía que seguir en mi Ley hasta morir, hasta las últimas consecuencias de lo que era y lo que había sido hasta ese día. Por eso cuando Virginia bajó las gradas tras de mí suplicándome: "No vayas, no vayas. Mira que puedes hacer otra cosa, trabajar en otra película, en fin..." Permanecí en silencio e impasible en la puerta de la casa de la loma, maletín en mano, esperando que apareciera el taxi en la primera curva de la carretera.

- Después van a salir otras. ¡Hay cosas mejores! Por favor te lo ruego.
- No me molestes corazón, que me pones nervioso.
- Por qué siempre tienes que seguir insistiendo en esa misma idea. Como si fuera lo único que se puede hacer...

Virginia cambió el tono de voz suplicante por uno resignado e irónico, como si estuviera hablando sola: "Es que se volvieron bobos, es que parece que se hubieran embobado todos con esa vaina. Si la época del negocio ya pasó. Si los gringos están fabricando una sintética mejor que la colombiana". Y apeló a la conciencia moral del país: "Si nosotros estamos así y el país está así de mal es precisamente por causa de lo que estás haciendo". Mientras... yo permanecía impasible mirando la carretera.

- Además yo conozco a esos tipos. No son nada de fiar.
- Ninguna persona es de fiar en el negocio - dije.
- Pero estos son peores. ¿Por qué no esperas que aparezca alguien mejor?
- Estoy cansado de esperar, - refunfuñé.
- Pero es que no hay prisa. Lo importante es hacer las cosas bien hechas.
- Me vuelve a pasar lo mismo de antes. Así, la plata se vuelve bolsillo. Quiero salir de esta vaina completa y se acabó, o por lo menos de lo que me queda.
- No, mi amor, eso no te vuelve a pasar porque yo estoy al lado tuyo. Yo te ayudo. Es mejor tratar de meterlo en alguna cadena organizada donde tenga respaldo. Esos negocitos independientes no me gustan.
- ¡Tranquila, tranquila! No hables más que allí viene el taxi.

Era un Chevrolet 68 de color azul. El auto arrancó con lentitud y se deslizó suavemente por varias curvas en subidas y bajadas. Adentro, con una mano encima del maletín, observaba al conductor. No había nada de raro en él. "Lo malo sería -pensaba- que apareciera la guerrilla, que nos encontráramos con un lazo extendido en la carretera o con unas piedras y a los lados, entre los arbustos, los muchachos apuntándonos; como se sabía, esto podía ocurrir perfectamente. Por eso, durante el trayecto miraba atentamente al paisaje que se inauguraba a la vuelta de cada curva. Miraba cada matorral y cada piedra esperando algún signo delator. "O que tropecemos con el ejército. En cualquiera de los dos casos habría que tranzar y regalarles el maletín". Finalmente, en una última vuelta, el auto pisó el pavimento abandonando la carretera destapada. Descansé. De allí en adelante era menos probable una emboscada. El Chevrolet azul se detuvo en una casa de Santa Mónica Norte. Descendí con el maletín en la mano. Llamé a la puerta. ¡Ding Dong Ding Dong! Sonó el timbre de campanitas. La Nena abrió. Estaba vestida con una camiseta larga y chiclets negros.

- Quiubo hermano, hace tiempo que no lo veía -dijo ella sonriendo. Me hizo entrar. En la sala había dos viejitas y un viejito conversando. Muy tranquilizador, muy normal -pensé- una escena familiar, cotidiana, sin nada de misterios.
- Vamos a mi cuarto.

Subimos al segundo piso por una escalera circular entapetada al rojo vivo y sujeta con varillas de bronce doradas. Quise que ella fuera adelante.

- Como usted quiera caballero -había respondido la Nena.

Al entrar al cuarto, lo primero que vi fué al Richard. No era esto lo que habíamos acordado. Ibamos a hacer el cruce solamente entre los dos.

- ¿Usted qué hace aquí? ¿Usted cómo llegó hasta aquí? - Pregunté.

Mi rostro debió haberse vaciado completamente de sangre.

- A última hora, a la Nena le hacía falta una balanza - dijo el Richard con la voz más natural del mundo.
- Pero esto no es lo...
- Tranquilo papá -dijo ella conciliadora, comiéndosele las últimas palabras.
- Además -, dijo el Richard con un tono de desvergÜenza inaudita - a mí me corresponde algo de eso.
- ¡Y a mí qué me importa! -corté con un tajo de voz metálica-. El negocio es con ella. Esto no es lo acordado.- Tomé aire tratando de controlarme, de no salirme de casillas.
- Ustedes después arreglan como quieran -dije.
- De todas maneras... -Comenzó Richard en voz baja.
- ¡Nada! - volví a cortar.
- ¿Cómo que nada? -replicó altanero el Richard.
- Las cosas se hacen como yo digo -enfaticé y saqué el revólver.

Entretanto la Nena, quien había sacado de un sobre de manila varios fajos de billetes, dijo:

- Tranquilo papito que no hay ningún problema.

Se acercó a mí con el dinero en la mano.

- Cuéntelo.

Puse el maletín en el suelo y recibí el sobre.

Di un paso atrás y sin dejar de apuntar con el revólver a uno y a otro, dejé que ella se agachara y tomara el maletín. La Nena regresó al lado del Richard.

- Nosotros también tenemos que probar y pesar esto -dijo el joven.
- Que se vaya el Richard -exigí- No puedo contar esto con ese man allí.

La Nena, con un movimiento de cabeza, le hizo una señal al Richard de que saliera, pero el joven permaneció tan impasible como una estatua.

- ¡Qué se salga el Richard! -grité imperativo y furioso.
- ¡Pues no y qué!
- ¡Pilas! ¡Qué te quiño!

El que no debería estar allí, allí estaba. Y todos parecíamos ser hijos del mismo dios Tánathos, parecíamos andar buscando siempre la muerte o quien nos matara. No se sabía cuál lo era más que el otro, pero la seriedad del Richard ya había logrado imponerse.

Tomé aire y di otro paso atrás. Al exhalar el aire mi tórax se aflojó.

- ¡Quieto, hijueputa!
- ¡Pilas mariquita!
- ¡No me obligués!
- ¡Vos no sos capaz de disparar! Este negocio te ha costado caro, ya perdiste tu mujer y ahora tendrás que matarme. ¡Entendés!
- ¡Este mal parido!
- ¿Para qué sacó ese revólver si no lo va a usar?

Era cierto, un arma no se saca si no va a usarse. En ese instante en que él se me acercó, yo debí disparar y no lo hice, dudé, tuve tiempo. ¡Tuviste tiempo! La Nena que había permanecido lívida como si una garra poseyera su cuerpo, repentinamente, adivinando el momento del disparo, gritó: ¡Por favor! Hizo un amague como de abandonar la mercancía.

En ese instante el Richard estuvo encima de mí. El disparo se desvió. Richard me pegó una patada y atrapó el arma. Quedé atónito. La acción había sucedido muy rápido. La Nena, con los paquetes de sueño en la mano y el otro, con el arma, fueron saliendo de la pieza. "Si nos seguís te pego un tiro. ¡Rata de mierda!" Maldijo el Richard. "Es mejor asegurarse", dijo ella. Recibí un golpe en la cabeza. Se me fueron las luces.

Sí, pero se me fueron desde antes porque en el momento preciso en que tenía que disparar vi el mar en la ventana, encandilándome pletórico de luces y colores con sus lomos dorados por el sol, agitándose suavemente -como un gato- como un personaje bello y seductor y siniestro que me llamaba a acariciar su curvatura de crespo acuoso y de terciopelo. Vi en el momento preciso el mar inconmensurable, la mar procelosa, "el mare tenebrum" tentándome en la ventana y... perdí el instante. El instante que se me había concedido para que demostrara que no era un cobarde, para que definiera mi éxito, para que triunfara. Perdí el instante eterno y fugaz, el irreversible en que debería haber disparado la flecha, haber hundido el dedo en el gatillo. Cuando me di cuenta, ya el otro estaba encima palmoteándome el revólver, recibí una diestra patada en las rodillas y la mujer-niña me había asestado un golpe con algo muy duro en la cabeza, quizá un jarrón, una matera, quien sabe...

Caí al suelo perdiendo el conocimiento.

La absurda ciudad desprovista de nobleza comenzaba a ser sepultada por las aguas. El agua salada invadía despiadadamente la zona de los cafés cerca de la oficina de correos, las tres empolvadas calles que resumían mi vida; el mar, como un monstruo despiadado e incontenible, había ahogado mis últimos alientos de esperanza. El mar ansiado y odiado había liquidado mis sueños. Era el final. Como un ancla cayendo hacia el fondo se sumergía vertiginosamente mi sexo

acabado, roto y humillado. Los muertos vivos de la ciudad se ahogaban por fin entre crespos de olas. Las verjas que recordaban la invasión mora de España se iban disolviendo en el olvido marino. Comenzaba a ser destruído por las aguas el nortecito poluto con sus remilgos y sus automóviles indiferentes. Un alud de agua se desplomaba sobre un río que cambiaba de color como los estados de ánimo de las mujeres y que no era más que la puñalada de una cañería de ricos atravesando una ciudad de pobres diablos. Se acababa definitivamente las seis de la tarde viendo pasar las muchachas desde una fuente de soda; el hastío, las espantosas noches de rumba en el encierro de las discotecas, el mareo y el no poder hablar con aquella música atronadora conectada en los oídos. El ruido de las paredes de agua al desplomarse ahogaban el tableteo incesante de las metrallas y la sangre impune, derramada despiadada y cotidianamente, corría desaforada y loca por las calles para encontrarse con el agua del mar, para confundir su naturaleza y su cuerpo con ella, disolverse en una sola agua, en un solo negro fluido ancestral de muerte que era la única verdad antigua, primigenia, razón de ser de la ciudad.

¿Por qué en ese último momento, cuando la meta ya estaba al borde de alcanzarse, en ese momento anterior al éxito tan deseado, al cumplimiento de las esperanzas, los caballos salvajes del mar me habían arrastrado hacia la duda? ¿Por qué no había templado el arco, apretado el gatillo, por qué me había echado atrás en el momento clave, cuando la proximidad de la grandeza estaba a un paso de conquistarse, a punto de coronar el asunto? Aquél gesto necesario y justo dentro de los códigos de honor, me hubiera redimido de un vivir disoluto, de continuo aplazamiento; de sueños pretenciosos e inverosímiles. Pero no fué así. Fui fácilmente "tumbado" por dos jóvenes licenciosos, por un joven que era casi un niño, ¡Richard!

Al despertar, mi mejilla reposaba deliciosamente sobre una felpuda alfombra escarlata. Deliciosamente, a no ser por el dolor de cabeza. No tuve que preguntarme qué había hecho la noche anterior o donde había amanecido porque reconocí de inmediato la habitación y lo que había sucedido. Sobre la alfombra había una porción espolvoreada de blanco que muy bien conocía y la habitación todavía olía a pólvora. Estaba en la casa de la Nena en Santa Mónica, un lugar extraño aunque ideal por lo cotidiano para los menesteres de aquella cita. En el momento de incorporarme apareció en el marco de la puerta una muchacha del servicio vestida con uniforme a cuadros azules y un delantal blanco.

- ¿Le pasa algo al señor?
- No, nada -respondí pasándome las manos por la cabeza - ¿Dónde está la Nena?
- ¿Desea algo el señor? -Dijo ella sin responderme a la pregunta, la voz temblorosa, de claro acento pastuso. Era increíble su sentido de lealtad y servidumbre. Acababa de ocurrir un cruce en aquella casa, quién sabe cuántos más anteriormente. Me habían tumbado, había sonado un disparo, me había encontrado levantándome del suelo entre cocaína y olor a pólvora y ella, como si tuviera una venda sobre los sentidos, como si tuviera enceguecido por completo el entendimiento, seguía cumpliendo como una maquinita estúpida sus funciones.
- ¿Desea algo el señor?

La empujé al salir del cuarto. Me hallaba enloquecido de rabia, si hubiera encontrado en ese momento al Richard o a la Nena, no hubiera necesitado del encarte de aquel arma porque los hubiera estrangulado con mis propias manos. Bajé de tres en tres las escaleras y llegué a la sala. No estaban allí los viejos que al entrar a aquella casa había visto departiendo en un ambiente apacible. Abrí la puerta y desde el jardín vi un Renault rojo que arrancaba con el Richard y la Nena atrás. Era un auto que muy bien conocía, no podía ser otro que en el que andaban Julio García y el

Tártaro. No podía ser otro a juzgar por las cosas que acababan de ocurrir. La visión del veloz auto alejándose me causó el mismo efecto de pisar jalea, me estaban moviendo el piso. Me agarré de la verja mientras mi mirada se perdía en la desesperanza del tráfico. De manera diferente a como suele ocurrir en las películas (ese genial sentido de oportunidad de los taxis) cuando apareció uno, ya habían transcurrido diez minutos.

Cerca de la oficina de correos en la zona de los cafés, encontré a Milton Urazán, un expandillero y cobrador de la mafia nostra, quien me adoctrinó en lo que tenía que hacer, por el incumplimiento al negocio de palabras según las leyes del medio y los códigos de honor. De tal forma que salimos en pos de ellos de inmediato. En el jeep Toyota de Milton Urazán los buscamos en sus casas y algunas de sus amigos. Indagamos por los bailaderos de los extramuros, escudriñamos meticulosamente por cuanto recoveco extraño conocíamos en la ciudad.

- De lo que usted tiene que estar seguro, es que tiene que pegarle un plomazo apenas lo vea - decía Milton Urazán -. Estar seguro de eso. Esta es la ley del embudo, si no para que se mete en estas gÜevonadas, esto es para varones.

En caso de encontrarlos con la mercancía tendría que utilizar la pistola automática, niquelada, con silenciador, que Milton Urazán, haciendo un guiño de complicidad, me había mostrado cuando el jeep comenzaba a escalar las lomas de Juananbú. Si no lo hacía, era probable que lo hicieran ellos y de cualquier forma, en caso de no hacerlo, quedaba el rencor, la dignidad herida, el honor pisoteado.

Milton Urazán tenía boca ancha, pómulos salientes, ojos oblicuos. Usaba unos zapatos blancos que la gente en ese entonces llamaba "quesos" y llevaba puesta una camisa negra brillante, abierta tres botones en el pecho lampiño sobre el cual pendían: una gruesa cadena reluciente de oro, una pequeña cruz también de oro y un escapulario de la Virgen del Carmen. Una noche, seis meses atrás, después de una parranda de varios días, lo había encontrado en un bar de mala muerte y Urazán me dijo: "Estoy vendiendo estos silenciadores". "¿Que?" No entendí lo que el otro decía por el ruido de la música. "Silenciadores para armas", repitió en voz baja acercándose.

Esa noche, sobre los restos de euforia que aún me quedaban de la pasada fiesta, sentí un escalofrío. Pensé que no era el momento más indicado para hablar de artefactos que liquidaban en silencio. Pero Milton Urazán era un hombre de sangre fría y aquello, como la cosa más natural, lo llenaba de regocijo. Su cara estaba conmocionada y me miraba alegremente por el rabillo oblicuo de los ojos. "Ahora estoy vendiendo silenciadores", repitió, inundado de orgullo como si estuviera diciendo "Ahora si estoy en todo".

Antes Milton había trabajado de cobrador para un cartel de Miami, para lo cual se requería como condición indispensable ser un duro. Y esto era Urazán: un duro. Desde los tiempos aquellos en los parques del sur, cuando se peleaba a navaja, se alzaban pesas en los garages; desde los primeros robos en almacenes y la esquina aquella que dividía el universo juvenil de un barrio a otro; allí se contaban películas y cada uno había soñado ser un matón de una de ellas. Al salir del garaje donde alzaban pesas, el Urazán me miraba desde sus duros bíceps, me miraba por el rabillo oblicuo de los ojos como algo incomprensible, como un bicho raro. Había algo blando en José Félix Vásquez, había algo inocente que se le hacía inentendible. Un aire zumbón, distraído y soñador que no encajaba con su mandíbula granítica. Cierta languidez de lectura de libros, algo de poeta, algo de intelectual. Siempre había esperado que me reivindicara con él, que mis acciones correspondieran a lo que él esperaba que pudiera ser: alguien parecido a él, que en un momento dado no le temblara la mano para... y había llegado la hora, la hora de hacer uso de uno de aquellos silenciadores. Era lo que se esperaba, lo que debía hacerse.

Como la nave del capitán Ahab, el Jeep Toyota de Milton Urazán apuntó su proa vengativa hacia el sur. Cuando la máquina se detenía en alguna venta de licores, en un motel de moda, en una esquina de muchachos viciosos -pues el capitán conocía la deriva alimenticia de su enemigo-, en la portería de un edificio clave, frente a una tienda de barrio... Cuando los automóviles se hallaban paralelos en la detención de los semáforos, preguntábamos por la ventanilla antes de saludar:

- No han visto al Richard y a la Nena?

El capitán Ahab, en el cruce con otro barco - de igual forma - a la vuelta del Cabo de Hornos, rolando el Cabo de la Buena Esperanza, la Bahía de Bengala, el Estrecho de Malaca, en el Maelstron noruego o en las llamas de la perdición, preguntaba lo mismo. No de ventanilla a ventanilla sino de barco a barco.

- ¿No han visto al cachalote blanco?

Bocina en boca, sin perder tiempo en saludos. La situación es muy seria después de que se tiene el cuerpo cruzado por una cicatriz de arriba abajo, después de que se ha perdido una pierna. Ahab no era precisamente una persona simpática, mucho menos en aquellas circunstancias. Si se detenía, si pasaba al otro barco de visita, era sólo para averiguar más detalles sobre la deriva del cachalote. Una vez cumplido su propósito, abandonaba de inmediato la otra embarcación sin mayores cortesías ni miramientos. Sin ninguna distracción, su propósito rodaba fijo sobre rieles de hierro.

Tomamos por un puente elevado y descendimos a otro puente cruzando un río de aguas marrones para seguir por la avenida que conducía al sur. En la primera tienda de licores nos detuvimos. Milton Urazán descendió, entró al almacén y salió con una botella de aguardiente de caña. "Hay que estar listos, en cualquier momento podemos encontrarlos", dijo, mientras hacía los cambios observándome por el rabillo oblicuo de los ojos. "Hay que hacerse respetar, esto es para varones". Bebimos un largo trago a pico de botella y luego nos internamos en el viejo barrio.

Sentí cómo el caliente lingotazo reconfortaba mis entrañas: el peso y la líquida corporeidad bajando por la garganta sedienta hasta el estómago helado de angustias y una especie de afirmación, un despertar de repente para comenzar ahora sí a vivir de verdad. "¿Qué es lo que pasa? ¿Cómo pude dejar que esto me pasara? ¡El mar no podía haber estado presente en ese momento! El mar no existía en ninguna parte excepto en mis confusos laberintos mentales."

¿Cómo pudiste dejarte tumbar de esos culicagados? - preguntó Milton como si me adivinara el pensamiento. Entonces quise arrebatarle la botella de la mano cuando bebía y tomármela toda, en un solo trago largo, vehemente y compulsivo, (el aguardiente desencadenaba en mí una serie de angustias alcohólicas, ansiedades descontroladas), pero sólo estiré la mano para tomar la botella mansamente y luego la coloqué entre los muslos apretándola con suavidad. Podría ponerla encima de la consola o en el suelo pero prefería llevarla ahí, como un tesoro, como un niño pequeño, como algo indesprendible. Ultimamente parecía que las botellas se me pegaran de las manos. Parecía también que las personas por arte de magia sacaran cual prestidigitadores, botellas de las mangas.

- No sé.

- ¿Se te durmieron los papeles?

El jeep por el barrio de San Fernando viejo doblaba esquinas como puños que se abren y se cierran, y ascendía por una loma sombreada de casas de los cincuenta con verjas y antejardines.

- Los papeles no se duermen, quizá nunca han existido, además el papel aguanta todo-. Murmuré.

- ¿Qué? No entiendo. Parece haber mucha filosofía en ese coco. Mejor dame un trago.

- Bebió y continuó. Yo sé Félix que eres inteligente, que terminaste bachillerato a los dieciséis años. Mientras nosotros no podíamos... Pero lo que te quiero decir es distinto. Es que tienes que

hacerte respetar y en cualquier momento vamos a encontrarnos con ellos y tienes que estar preparado. Con una sola vez que lo hagas es suficiente. Con una sola vez que lo hagas vas a ver como la gente empieza a mirarte de otra manera.

- Más vale colorado una vez que pálido toda la vida - dije.

- Exactamente. ¿Querés algo para la cabeza?

- Bueno. No me caería mal una "balaquita". (Balaca se decía, en ese entonces, porque la balaca, "va a la cabeza", allí se luce y hace su agosto)

- Yo conozco a alguien más arriba. Vamos a ver si está, es en una casa de familia.

Tomamos por una avenida circunvalar hasta llegar a una mansión de altos muros de piedra. Parados frente al citófono, Urazán me preguntó: "¿Conoces a la vieja?" "Sí, claro", respondí. "¿Está la señora Aura?" "Sí." "Dígale que es de parte de José Félix. Que venimos por unas balacas".

Entramos. Lo primero que dijo la señora Aura al vernos fué: "¿Sí vió que mataron al poeta? ¡Qué terrible! ¡Qué horror! Un tipo tan sano". Me llamó a la cocina y me dijo: "Parece que estaba sin dinero y se metió a vender unos paqueticos de Don Mario que andaban rodando en la ciudad. Y al pobre, como no sabía de estas cosas, lo mataron".

"¿Para qué me cuenta?", pensé. "Yo sé que no es así y ella debe saber que el de los famosos paquetes soy yo. La ciudad entera debe saberlo. Ella debe desear que sea explícito. Eso es. Quiere que abra la boca. Por eso me llamó a mí solo a la cocina y me ha tratado con tanta familiaridad. Sí, eso es lo que quiere. O talvez no sabe. En ese caso por primera vez yo sé algo que ellos no saben. Claro, porque a mí fue al que me robaron. ¡Valiente lucidez! ¡Qué gracia!"

- ¿Ha visto a la Nena y al Richard? - Pregunté.

- No, respondió ella - ¿Por qué?

Me miró con aires de no saber en absoluto lo que sucedía.

- ¿Por qué, ha pasado algo?

- No, nada-. Respondí.

Milton Urazán estaba sentado en la sala fumando.

- ¿Cuántos quieren? - Preguntó Aura saliendo de la cocina.

- ¿Tres? - preguntó Milton mirándome.

- Sí, tres -. Asentí.

La señora se acercó a Milton y le entregó las bolsitas de plástico que había sacado del bolsillo de la bata. Me fijé especialmente en eso; de dónde diablos las sacaba; del escote, del liguero, de las medias a la altura del muslo... Parecía que las tuviera en la mano, que aparecieran con sólo abrir el puño, que las sacara de la manga. En ese entonces aparecían bolsitas de coca y frascos de alcohol de la manga de las personas. Eso parecía.

- ¿Nos presta el baño un momentico? - Preguntó Milton.

Fuimos al baño auxiliar y Milton rompió una bolsa. Puso un poco en la punta de la navaja automática, una porción para cada fosa nasal. Me pregunté si lo que estaba esnifiando no sería de mi propia mercancía, podría ser muy irónico que esto estuviera ocurriendo; haber tenido que comprar a otra persona de lo que antes era mío. Evidentemente no era a juzgar por la calidad y, si lo era, estaba muy rebajada. Al salir, la señora repitió: "Mucha suerte mijo, cuídese" y me pregunté si ella conocía todo lo que me había pasado.

¿Por qué no? Cuando le dicen a uno de una manera encarecida y repetida que se cuide y que ojalá tenga suerte, bien puede ser que esa otra persona conozca las malas por las que ha estado pasando y la suerte que ha de necesitar. Aunque por aquellos días la ciudad parecía un gran charco sucio y

todos necesitábamos mucho de suerte y cuidado para sobrevivir atravesando aquel charco negro de horror y de sangre.

De nuevo en el Jeep, un poco más animados, nos prendimos con mayor fervor de la botella, volvimos al norte y otra vez al sur mientras los "pases o quiebres" de cocaína incrementaban el deseo de beber de tal forma que muy rápidamente agotamos el aguardiente y hubo necesidad de más frascos y más "pases".

En una de esas vueltas nos detuvimos en la zona de los cafés para entremezclarle a la jornada de patrullaje unas cervezas. Allí estaban varios ociosos "amigos" de esos que se sientan en los cafés, no precisamente de los que hablan de literatura y critican la vida de los demás, sino de los vagos acérrimos, de aquellos bohemios que han convertido la noche de los vicios en su modus vivendi. Hablamos de los últimos muertos a la orden del día, a saber el poeta Aristizábal y uno nuevo que se agregaba a la suma del día, el profesor Eugenio Rosas, alias Primavera Hipie, quien en términos confusos, al salir de una discoteca había terminado en un charco de sangre. Un hombre fuera de sí había abierto fuego desde la acera del frente a un grupo de personas que se hallaban en la puerta de la discoteca. Primavera Hipie estaba entre aquella gente y había sido alcanzado por las balas. Su muerte no tenía relación con asunto alguno.

Cuando preguntamos por el Richard y la Nena, los otros hablaron de posibles lugares donde pudiéramos encontrarlos: un garage y un apartamento, ambos no muy lejos pero no precisados, de tal forma que lo más práctico pareció ser que abordaran la nave para ayudarnos a encontrar aquellos sitios. "Cuando nos vean llegar con este combo", pensé "se van a cagar del susto". "Esto se va a poner bueno", dijo Milton.

Yo decía frases de apariencia incoherente: "Cuando vean ustedes una mandíbula torcida, una joroba como una montaña de nieve, me dicen. Necesitamos un arpón bien afilado para capturar al gran cetáceo." "Lo que usted necesita es usar uno de mis silenciadores y no un arpón," dijo Urazán, mirándome por el rabillo de los ojos, "no se me vaya a echar atrás, no hable tonterías". En realidad, lo que primero buscamos fué más trago y uno de ellos dijo riendo alevosamente, "Lo único que necesitamos para esta fiesta es un tamalito de cartera". Sacó de su billetera una bolsita de plástico, que en realidad parecía un tamalito y ofreció a los demás más cocaína. La droga era notablemente de inferior calidad que las anteriores y produjo en los alegres rostros, sin excepción, de manera irremediable un rictus de pánico, palidez, movimientos nerviosos, deseo de fumar y de consumir más alcohol para matizar, para nivelar los otros efectos, "¡Je je je! Otrico más que éste ya se me pasó", reclamaban apretando mandíbulas.

En el tal apartamento, no encontramos más que los despojos de una fiesta acabada. Uno de ellos se agachó sobre la chapa con una ganzúa y la puerta abrió a un corredor de paredes descascaradas. Entramos a un espacio minúsculo donde sólo había una mesa redonda y tres sillas viejas y torcidas, un colchón sucio, sin sábanas y una cocineta integral repleta de botellas, platos sucios y comida en descomposición. Una nota en la mesa tenía el mensaje garrapateado con letra convulsa: "¡Te odio más que a mi madre! Lo que me has hecho no tiene nombre. Ahora verás lo que es bueno". Uno de ellos dijo, "Es mejor irnos de aquí, esto huele feo, el cadáver debe estar en el baño". En efecto, el cadáver de la Nena estaba en el baño. Se hallaba, no exactamente apuñalado, sino tasajeado. El antes hermoso cuerpo se hallaba en múltiples partes rebanado. Los tajos eran horizontales: uno en el cuello al parecer la había liquidado, otro a la altura de los senos, otro en el bajo vientre, otro en los muslos rasgando el sexo y el último en las pantorrillas. Las toallas y la ropa estaban impregnados de sangre, como si con ellas hubieran limpiado cuidadosamente a la Nena para

observarla mejor.

Me agaché para escuchar en sus zapatos, pues según decía la gente el mar podía escucharse en los zapatos de la beldad, pero me impidieron comprobarlo. "No toquen nada", dijo uno. "Nadie vio nada, nadie dijo nada, nadie sabe nada", dijo Milton Urazán al salir.

En el tal garage muy cerca de allí, nos recibió un hombre de voz carrasposa quien era primo de Julio García y dijo no saber nada de su pariente. Nadie sabía nada, nadie decía nada. "¿Para qué seguir en esto?" dijo Urazán. Dimos otras vueltas y en una de éstas me dijo al oído: "Yo no voy a seguir paseando a estos pendejos por la ciudad. Ahora van a querer comprar esto y aquello, aquí y allá. Vas a ver".

Ya Milton no estaba tan entusiasmado con la posibilidad de lograr su objetivo en unión de los nuevos acompañantes que cada vez se volvían más ruidosos, de tal forma que hubo la necesidad de regresar a la zona de los cafés para deshacerse del encarte. En esas, al descender el grupo a su lugar de partida, Don Mario, quien estaba almorzando en uno de los restaurantes con su chofer, me vió acompañado de aquella pandilla y cuando me acerqué a saludarlo, asustado, pensando "Hay que afrontar las vainas, poner la cara. No hay escapatoria", el viejo productor de cine me dijo con aires displicentes que el tema ya no le interesaba ni siquiera para un argumento cinematográfico. "Ahora no quiero saber nada de esos negocios", revolvió con la cucharita el vaso de lulada y tomó un sorbo saboreando epicúreamente los grumos ácidos de lulo en su boca, mientras el chofer, que también debía ser su guardaespaldas, miraba con aire ausente, hacia afuera, la camioneta Ford remodelada y a otros dos hombres que fuera del establecimiento permanecían atentos pero indiferentes, con pequeñas carteras de cuero. "El tema ha dejado de interesarme", dijo Don Mario, "No quiero seguir haciendo apologías a los jóvenes de las barriadas, la droga y la noche. No quiero saber nada de esa seudo poesía, de esa jerga", y señalaba allá estirando la boca a la manera valluna a la pandilla de crápulas que había descendido conmigo del jeep y que ahora me esperaban en el otro café. "Ya no me interesa qué sicología tiene un bribón de esos en la cabeza. Quizá podrían ser tratados a la manera de Peckinpah, como uno de esos personajes que se quedaron retrasados, viviendo en una época equivocada, envejeciendo en una esperanza que ya no tiene lugar y que al final se hacen matar... Mueren en su ley aunque ésta ya no corresponda al mundo.

Son personajes anacrónicos. Pero esto no me interesa ni para el argumento de una película. Los tiempos están cambiando. Ahora..." "Ahora", corté irrespetuosamente, "Ahora hay que hacer negocios directamente con el Vaticano, con la curia, con el Opus Dei, con el padre García Herreros. Estamos en los tiempos de la sanidad absoluta; El Padrino III".

Don Mario asumió el atrevimiento con uno de sus graves silencios como si hubiera ido hasta la China y regresara y en efecto volvió, arqueando las cejas y mirándome, con una sonrisa como si estuviera diciendo "Exactamente". "¿Usted cree?", dijo, "¿que si yo no hubiera cambiado de mentalidad podría estar aquí tomándome una lulada en el Café de los Turcos de Cali?"

Regresé al otro café, a la mesa de los crápulas, los tránsfugas, mis "amigos". Había quedado de conversar con El Don en otra ocasión en un sitio más recogido como su estudio. Al despedirme, el Capo me había dicho lo que, al ser escuchado ya por segunda vez en ese día, se había constituido en un insulto: "Bueno, suerte, y ¡cuídese mucho mijo!" Esto, acompañado de palmaditas en el hombro. Me despedí del grupo de mis "amigos" y partí de nuevo con Milton Urazán en el jeep.

Lo peor de todo fué que ellos también me dijeron "Suerte viejo Félix", al despedirse. Lo cual, ya no lucía como una coincidencia, sino como una premonición, una fatalidad, un insulto.

En el jeep, mientras de nuevo pasaban las palmeras y las mesas de las fuentes de soda por la

ventanilla, la deriva de mis aprehensiones se centró en la certeza de la existencia de una doble ciudad. Era indudable que esta ciudad era Cali, la cruda y prosaica ¡Cali Calicalicali Cali!!! La Sultana del valle, La Capital del Cielo, después de Cali el cielo y desde el cielo un huequito para seguir mirando a Cali, la ciudad que nació de una sonrisa de Dios sobre la tierra, Cali es Cali y lo demás es loma. ¡Tanta maldita consigna de mierda para esto! ¡Para andar uno tan jodido y tan confundido! Esto era indudable, Don Mario lo había dicho. Estamos en Cali. "Estoy tomándome una lulada en el Café de los Turcos de Cali". ¿Podría haber algo mas caleño que esto?

Pero mientras tanto el sotavento de las cosas comenzaba otra vez a revelarse, la locura de estrecho cauce arraigada en las profundidades comenzaba a acechar para dar su zarpazo de felino asesino, para saltar sobre el agua mansa. ¡Los corceles desbocados! Sabía que estaba en Cali, pero ¿dónde estaba la otra ciudad? ¿Dónde estaba el mar? El mar por donde navega la montaña maléfica de Moby Dick.

Melville sabía que para estar bien, estuviera donde estuviera, debía pensar en una sola cosa a la vez, no podía pensar en esa cosa tan grande al mismo tiempo, esa cosa tan grande como el mar que le podía y que llevaba adentro. El mar enloquecido de sotavento dispuesto a saltar sobre la realidad. Los potros desbocados galopando a campo traviesa en la pradera, además ya había esnifiado y tomado mucho como para conservar la máscara de la compostura. La otra ciudad marina era más real, era la verdadera, y sin ningún engaño ni compostura era la desbocada, el trasfondo de esas calles simples e iluminadas que pasaban por la ventanilla.

El capitán Ahab, bocina en boca, sin perder tiempo en saludos había anunciado que había que estar alerta, mantener abierto el ojo avizor y de tanto en tanto pegar un grito porque en cualquier momento podría aparecer la montaña maléfica.

Al detenernos en un puesto de perros calientes, ya de noche, sentí todo el peso de mi confusión. El oleaje encrespado y embravecido como un temblor de tierra cimbrando en ondulaciones catastróficas el urbano paisaje nocturno. Era una iluminada zona de parasoles y carros de colores. Los vehículos aparcaban y abrían las puertas para dejar salir en toda su extensión los efluvios de su música a todo volumen. Música que competía con las de los otros autos aparcados y la de los parlantes de los puestos de salchichas aderezadas de variadas salsas. El lugar, profusamente iluminado, frente a un expendio de licores abierto 24 horas, parecía una bomba de abastecimiento de la vitalidad nocturna, un centro de realimentación para los que hacen un alto en el semáforo, los que van de paso, los que quieren continuar o terminar, para ese gran zoológico de monstruos, paquidermos, halcones, sierpes, ballenas mamíferas y jinetes sobre caballos salvajes en la noche de farándula. Allí, en aquella confluencia de música a todo volumen, de luces, de asientos a la intemperie donde reposaban haciendo visita familiar como en su propia casa traseros de féminas pintorreteadas, modas extravagantes y culos protuberantes embutidos como chorizos en pantalones magistralmente apretados, negros de zona caliente y mansas miradas de prostitutas, atracadores y pordioseros grisáceos, basuqueros con costales que merodeaban; allí comimos salchichas aderezadas de múltiple salsas mortales como pepino, piña, repollo, aserrín de papa frita, cebolla, salsa de tomate, mayonesa, salsa rosada, etcétera, todo eso revuelto y mientras lo hacíamos tratando de masticar aquel material de espuma acuosa ya no sabía - sometido a aquella alta tensión ruidosa luminosa - si desvariaba o había una distorsión en lo que veía porque algunos de los que allí bailaban en la calle, no se sabía si estaban quietos o moviéndose y tenían la música por dentro o gritaban o cantaban.

Después de proceder a embadurnarnos, como siempre, el baboso perro orlado de salsas por la

cara, la barba, el pelo, los dedos, algunas partes de la fina camisa de hilo y chorrear el pantalón y los zapatos de manchas indelebles, me limpié de manera incipiente con varios trozos de servilletas partidas por la mitad.

Entonces caminamos tambaleantes a la nave, en medio del nerviosismo creciente por la situación de vida o muerte y el abuso de estimulantes, arrancamos pintando un chirrido de llantas sobre el concreto y, dos cuadras más adelante, alcanzado a divisar a la distancia una de esas usuales requisas sorpresas de los esbirros uniformados, pudimos doblar a tiempo hacia una de las calles de Santa Mónica. Cinco cuadras más abajo de la efervescentes zona de las salchichas se escuchó el estallido atronador de una bomba, vimos el hongo apocalíptico alucinando la avenida. Si nos hubiéramos sometido a la requisa de los esbirros, hubiéramos terminado en átomos volando a causa de la bomba terrorista. Fué una de esas raras coincidencias de la vida que le permiten a una persona seguir respirando el mismo aire un segundo después y no un segundo antes. Sería caer en el negro agujero de la muerte, en el resplandor luminoso de la otra vida, pero no estaba escrito.

A cada uno le llega su momento cuando la voluntariosa tercera parca le da la gana de cortar el maldito hilo de la trama, entonces sí, ¡raz! Se acabó la película.

La piedra preciosa y decantada es el albur. Cada uno de los habitantes puede contar una historia parecida sobre el mismo tema, a cada uno en algún momento le ha tocado vivir una mortal situación parecida. Si hubiera doblado por la esquina de la droguería estaría ahora a tres metros bajo tierra reposando en los Jardines de La Paz. Si hubiera tomado el avión a Bogotá, el tren a la costa, un cuarto de hora antes o después, vale por la inmortalidad. Depende de si hubiera hecho esto o lo otro, puedo seguir caminado o estoy muerto en la ciudad. Los actos tienen su lugar en su momento exacto. El ansiado negocio hubiera podido lograrse antes del viaje inoportuno o de la palabra en falso. Porque tampoco el instante para la sonrisa acariciadora o para apretar el gatillo puede ser restituido.

El camino de la venganza está sembrado de instantes fallidos, momentos de distracción, de una idea o recuerdo que se cuela en el momento menos propicio y que luego tratamos de nivelar en una balanza de justicia. El capitán Ahab, abocado a circunstancias desiguales, había perdido una pierna y había jurado desmembrar a su desmembrador, (con toda su alma frente a los dioses). Se decía que su camino de venganza rodaba fijo sobre rieles de hierro y cabalgaba en su monomanía hacia un rumbo incierto; un destino que consistía en afrontar con su arpón los horrores de una mandíbula torcida y una joroba de perversión como una montaña gigantesca de nieve. Y yo, intentando alcanzar un mismo descabellado propósito vengativo, me había embarcado absurdamente en la narcotoyota de Milton Urazán, sin pensar con anterioridad, alguna vez, que eso pudiera ocurrirme jamás. Me hallaba ahora internándome en las circunvoluciones nocturnas, en los llamados "primeros círculos del infierno".

La ventanilla del jeep iba dejando atrás en sus idas y venidas los mismos bares de siempre, el muro descascarado, la esquina de vitrinas y camias, la misma alargada acera de mesas y las palmeras estremecidas por la desbaratada desolación. A cada portero de los establecimientos, a cada disjockey se le iba ofreciendo una recompensa en droga o dinero por la información suministrada. ¡Había que correr! ¡Conseguir el propósito a toda costa sin desviarse un ángulo del camino de acero! ¡Sin temer un obstáculo! Si, allí estaban al servicio todos los cañones para cazar al Leviatán por ambos lados de la tierra y sobre todos los mares del globo.

Visitamos La Tagarnia de Tobi y la Pequeña Lulú, El Tíbiri-Tábara, Los Chuzos de Rafa y Las Tres Habanas, El Boulevard del Ron, La Mariposa Rosada, El Trampolín, El Columpio, Noches de

Constantinopla, Monterrey, Reminiscencias, Estridencias, Divergencias, Samarkanda, etc. Fuimos hasta la Isla del Pecado en el centro nocturno enlagunado del olvido y regresamos hasta el otro lado de la noche en las riberas del río Cauca. A cada uno se le iba ofreciendo su recompensa.

"Aquel de Ustedes que me levante un cetáceo de cabeza blanca, con la frente arrugada y quijada torcida; cualquiera de ustedes que me levante ese cachalote de cabeza blanca, con tres agujeros abiertos en la parte de estribor de la cola-- fíjense bien, aquel de ustedes que me levante ese cachalote blanco-, tendrá esta onza de oro. ¿Qué me dicen hombres? ¿Están dispuestos a colaborar? Me parecen ustedes valientes. Para esto nos hemos embarcado" -. ofrecía el enajenado, obsesivo Ahab.

CAPITULO XV

EN BUSCA DE MOBY DICK

Al día siguiente seguimos buscando por el medio día desnudo de sol canicular con las reverberaciones como una hoguera en la mitad de la calle, la resaca como pegada a la capota del jeep en la boca pastosa y seca. Paladeando el deseo de una cerveza, al fin la encontramos en la tienda de un tal Don Marcial; una tienda donde era posible sentado en un bulto de papas con una refrescante cerveza en la mano, saber todo lo que era posible conseguir y conocer de las entrañas del barrio.

Del Richard y la coca nadie sabía porque quizá entre aquellas sirvientas, negras, morenas e indias caucanas que entraban y salían con chanclas de la tienda, entre aquellos hombres enjutos o rozagantes, alcohólicos anónimos o borrachitos conocidos, imperaba un férreo código del silencio.

En todo caso, de cualquier forma parecía que a los causantes de la afrenta se los hubiera tragado el asfalto. Por eso también tocamos las aldabas de puertas caladas de madera con vidrios esmerilados de colores verdes y azules cobalto, donde fuimos recibidos por otras personas de piel canela, de lunares, de pelos oscuros también de procedencias similares, también negras blancas o indias, pero en todo caso silenciosas como los viejos gobelinos en las paredes. Fuimos conducidos en las imprevistas y repentinas visitas por corredores oscuros de ruidos de campanas y relojes, pasadizos de baldosas frías y aires estancados, por cuartos alrededor de patios con matas y loros dando miradas suspicaces a su alrededor, como si fuera posible en aquellas sospechosas visitas que nunca antes se habían dado, encontrar algo más que una abrupta y acelerada intromisión en vidas privadas, una torpe irrupción en paisajes interiores.

Al salir fuimos recibidos por el sol canicular y arrasador sobre la capota recalentada, mucho sudor como para otra cerveza y en la primera avenida arteria la gente anodina en los paraderos de buses esperando para ir al trabajo, la conmovedora gente que trabaja, la gente que está en la rueda de los oficios de la producción esperando ser acarreada, mientras nosotros andábamos completamente trasnochados, anochecidos, borrachos sin cambiarnos ni bañarnos con todas las luces idas en una persecución loca y desaforada, muy cerca de las sales y los iodos del "mare tenebrum".

Tuvo que llegar la hora en que Milton Urazán dijo: "Yo me voy a dormir. Mañana la seguimos". Y me condujo hasta la casa de Virginia López donde últimamente residía como huésped incondicional. En el camino sintonicé en la radio una emisora de FM. Una voz tonante y clara inundó el jeep: "Guolfanamadeus Mozar tecnologíalasser". "¡Quitá esa vaina, poné salsa!" ordenó de inmediato Urazán.

- Pero si salsa hemos venido oyendo desde ayer, si salsa hemos oído toda la vida--. Repliqué.

- No importa, no te la vengás ahora a dar de café con leche.

No había caso con Urazán; después de los desgastes y alteraciones nerviosas sufridas por la excesiva jornada anterior, sus movimientos eran agresivos y, además, era una persona voluntariosa. Tendría que dejarlo conducir en su música, en su maldita voluntad por aquellos despeñaderos.

Todo era una equivocación, pero quizá ella venía desde más atrás, desde el embarque en los tejemanejes de un negocio al que no correspondía, un viaje muy largo con gente equivocada. ¡Qué languidez! ¡Qué podría esperarse de un mundo vulgar en el que no tenía cabida una sonatilla! ¡Maldita sea esta ciudad sin mar donde es prohibido escuchar a Mozart!

Las curvas ascendían lentamente la montaña. A lado y lado del camino se extendía una agonía de rastrojos y maticas silvestres llamadas "sinvergüenzas" hasta llegar a casa de Virginia. Después de un largo trecho había que desviarse por una carretera despavimentada, para descender otra vez un tanto y volver a subir entre otras casa campestres por un sendero sinuoso. Había soñado en esos días con un puente en esos parajes a donde llegaba con los paquetes festivamente envueltos en papel regalo de cumpleaños y los lanzaba por encima de la balaustrada al vacío. Era como si me hubiera quitado un peso enorme de los hombros y me sentía liviano, diáfano, absolutamente feliz. Al llegar encontramos en la puerta uno nota de Virginia que decía que había ido a la ciudad al supermercado y que no tardaría, de todas maneras la puerta estaba cerrada y no se podía entrar. "¿Por qué no nos tomamos la última cerveza en la tienda mientras ella regresa?" "Bueno", asintió Milton, "pero es mejor no ir en el jeep, puede ser que los compañeros del Eme se cabreen".

Dejamos la narcotoyota "encaletada" entre los árboles. Al primer paso en tierra, la cachorra doberman de los vecinos se avalanzó sobre mí, dejando sus patas marcadas en el pantalón, luego nos siguió, ladrando y buscando juego hasta la cerca en donde le ordené a la guardiana que con tanta desprevención nos seguía: "¡Váyase a la casa que se la roban!" La perra regresó y nosotros subimos por un camino de tierra roja que se perdía hacia la cumbre en desagües y piedras.

La casa se hallaba construida entre dos carreteras y ambas se juntaban en la cima. Al llegar a ella nos encontramos con Liborio, un basuquero de la vereda, quien también iba a la tienda pero no para comprar sino para vender. Traía en la mano lo que le quedaba del mercado: unas cuantas papas, zanahorias y habichuelas en una bolsa plástica, lo cual obviamente iba a convertir en vicio.

- ¿Qué más? - saludé. ¿Todavía estás cuidando la casa del palomar?

- Sí, todavía no han regresado los patrones.

- ¿Tienen problemas allá? (Allá eran los Estados Unidos y los patrones eran mafiosos).

- Mientras tanto uno aquí marcando calavera-. Se quejó Liborio señalando con un afilado dedo su quijada.

Su aspecto en general era grisáceo, la piel y la ropa de mendigo y tenía la excesiva, increíble delgadez de los "basuqueros".

- ¿Te acordás del ladrón descarado? - preguntó.

- ¡Uhum!- Contesté- ¿Tenés un cigarrillo Milton? Me acuerdo que una vez los guerrilleros del Eme huían loma abajo perseguidos por el ejército y el garulla ese vino a la casa dizque a pedir permiso para coger unos mangos. "¿Puedo coger unos mangos?" preguntó como la cosa más natural del mundo, mientras atrás de nosotros se estaban dando bala. Siempre decía lo mismo, pedía permiso para coger unos mangos, para arrancar unas maticas, pedía un vaso de agua para poder entrarse a robar. Me acuerdo que venía completamente "empepado", hablando con la lengua pesada, como bobo, con los ojos rojísimos y las piernas abiertas para no caerse; caminando tranquilo y campante y la balacera detrás de él. Le tuve que gritar: "¡Váyase inmediatamente de la casa, o lo mato!" Y se fué, pero a donde los vecinos con el mismo cuento. Una vez, les robó el televisor y fué a venderlo a la casa de al lado. Era un enfermo. Tenía más de 25 entradas a la cárcel. Lo atrapaban, lo soltaban y lo volvían a coger robando.

- Pues lo mataron- dijo Liborio.

- Claro, no se puede andar así por el mundo- dijo Milton tropezando contra una piedra a causa de la borrachera.

- Apareció ayer amordazado y fusilado en un árbol- dijo Liborio- no se sabe si fué la guerrilla, el ejército, la policía o la mano negra.

- Tenaz - dijo Milton -. ¿Vendiste el loro? - preguntó riendo. La otra vez me encontré a este man por aquí con un loro. (Un loro era un radio).

- Sí, me tocó venderlo. Esto es lo último que me queda -, dijo Liborio señalando la bolsa plástica con las verduras - el último mercadito.

- ¿Y mañana qué vas a comer?- Pregunté.

- ¿Mañana?...Mañana cojo cualquier frutica de un árbol - contestó Liborio con una expresión de suficiencia -. Es que a mí ya casi no me gusta comer.

Mientras bajábamos la pendiente veíamos mucho más abajo, humeante y suspirando, la ciudad extendida sobre el valle. Al otro lado de la carretera verdisecos y chuzudos matorrales. Cuando ya faltaban unos doscientos metros para llegar a la tienda se escuchó un tiro de fusil.

-¿Dónde fué?- pregunté. Y Milton alarmado se llevó la mano a la cintura sobre el arma, mientras Liborio exclamó en tono tranquilizador:

- Eso pasa a cada rato, eso no es nada.

La tienda era una casa en construcción de tres plantas, con ladrillo todavía a la vista. Las dos últimas plantas estaban en obra negra: carecían de piso, de ventanas, de estuco y pintura. Era habitable una mínima parte de la primera planta y estaba ubicada en un borde de la loma en la parte más alta y a veces, al verla bajando desde donde Virginia, parecía a lo lejos un caserón de película o novelón al borde del barranco.

Atendía una mujer por una ventanilla con reja.

- ¿Cuándo sale Daniel? Pregunté.

- Parece que lo van a dejar cuatro meses más- dijo la mujer.

Daniel me parecía un buen muchacho aunque a veces no me fiaba la leche o el pan, siempre se mostraba cordial y de vez en cuando cambiábamos unas cuantas palabras. Pero un día estas palabras comenzaron a referirse a "cambios radicales del sistema". Vinieron los primeros allanamientos. Le encontraron dos botas parecidas a las de los militares, un libro de Nietzche, y Daniel se fué de cabezas ocho meses a la cárcel.

- Lo siento - dije-. Los que menos tienen que ver son los que primero pagan.

- ¿Qué desean?

- ¿Tres cervezas? - Preguntó Milton y mirando a Liborio le inquirió exagerando el lento hablado caleño: "Mirá ve, vos vas a tomarte una cerveza?"

- Está bien, una -. Aceptó Liborio haciendo cara de animalito asustado, como quien no quiere la cosa, como diciendo "en vista de tanta insistencia..."

Recibimos las cervezas destapadas y nos retiramos de la ventanilla.

A través de los huecos destapados de las otras ventanas podía verse el cielo blanco con hilazas de azul. En las noches, recordé, esos huecos de las ventanas se veían como oscuros ojos ciegos y recordé también haberlos visto en ocasiones, al borde de aquel barranco, con nubarrones y truenos.

El hombre venía subiendo la loma; al nosotros girar en redondo con las cervezas en la mano y apartarnos de la tienda, lo vimos. Llevaba un arma al cinto, un treinta y ocho de cacha blanca del cual parecía sentirse muy orgulloso. Parecía en la cara simétrica, en el corte de pelo a ras, y en la complexión física, un soldado vestido de civil.

Dejó una botella sobre una piedra y se acercó a la tienda para hacer tiro al blanco. La natural ostentación con que desenfundó el arma, dio la espalda, la cargó y acarició, disponiéndose luego a disparar, nos produjo una alarmante intimidación. Era mejor romper el hielo que permanecer como convidados de piedra, testigos mudos, de la espontánea acción de un hombre al lado, en aquellas peligrosas veredas, haciendo tranquila y orgullosamente tiro al blanco. Era mejor hacer parte de la atrevida franqueza de la zona, entrar en la candorosa escena del conjunto como un matorral o un pájaro cualquiera. Cuando, serenamente, me acerqué para preguntarle por las características, calibre y marca de la pistola, el tipo dio cuenta de sus bondades.

- Vea, con esta arma le alcanzo a dar a una persona que venga bajando por esa loma.

La loma estaba a unos cincuenta metros. Pero, más cerca de allí, hacia otro costado, después de una zanja que había que atravesar sobre unas tablas, se hallaba un cuartel de la guerrilla. Era un rancho blanco ubicado en dirección frente a la ventanilla de la tienda. Había que atravesar la calle, luego una casa y entonces venía la zanja y las tablas y en el cielo una bandera roja, blanca y azul como la bandera de Francia.

- ¿Vos sos compañero? - pregunté.

- No, yo qué voy a ser compañero.

Sonrió, tenía un diente de oro. Levantó la mano, apuntó y volvió a bajarla.

- Yo soy policía del GOES. Sólo voy a misiones especiales. Esos guerrilleros son un montón de peladitos que los engañan, que ni siquiera saben lo que están haciendo. Les prometen un montón de cosas y no les cumplen y los ponen a pelear. ¿Sabe qué? Con el GOES yo he conseguido una casa allí abajo -. Señaló estirando la boca.

Aunque no dejaba de ser extraña la convivencia pacífica de fuerzas opuestas en tan estrecha aérea geográfica, el tipo en efecto parecía ser del GOES, pues en caso contrario no hubiera hablado tan mal de los muchachos de la guerrilla. "Por otro lado," pensé, "nosotros le tenemos sin cuidado. Está visto que no le interesa lo que seamos, a lo mejor se hizo una apreciación al vernos y sabe que no le interesamos".

Liborio se acercó a negociar con la mujer de la ventanilla mientras una muchacha salió de la casa frente a la tienda y atravesó la calle. Era pelinegra, muy joven, llevaba una mochila donde seguramente iba un arma. Tenía una minifalda de bluyin y las piernas muy delgadas.

- ¡Hola compañera!-

- ¿Qué tal? ¿Cómo va eso por allá arriba, mucho ejército?

- Lo mismo de siempre - dije.

El compañero apareció detrás de ella. Era otro muchacho igualmente bajito y cuadrado como un cubo. Saludó con un movimiento de cabeza.

Lo que hay es muchos ladrones- dijo Milton tratando de lucir simpático con una sonrisa torcida.

- Dizque ayer mataron a uno - dije.

En medio de la borrachera me di cuenta de que no era prudente ahondar más en el tema. La muchacha asintió sin decir palabra. El hombre del GOES que con desprecio se había alejado dándonos la espalda, terminó por desaparecer sin disparar un solo tiro y Liborio se fué o, más exactamente, se "escurrió", sin decir tampoco una sola palabra, mientras nosotros pedíamos más cerveza y anochecía.

- Vos tenés pinta de extranjero - dijo ella antes de irse, después de haber comprado algo en la tienda -. Yo te he visto hace poco. ¿Hace cuánto que vivís por aquí?

- Hace apenas un mes - contesté.

- Y, ¿qué hacés? - Preguntó el muchacho.

En ese momento ante una pregunta tan sencilla, no supe qué responder. ¿Qué era yo? ¿Qué hacía? Ya, hasta me había olvidado de la pesadilla de los paquetes. Lo que había hecho era vivir la vida prestada de otros, una vida que no me correspondía, un papel equivocado en la película. Otros podrían ser los que hacían negocios turbios y liquidaban a todo aquel que se les pusiera por delante, podrían delinquir y asesinar, podrían ser archimillonarios, podrían llegar a ser políticos, tener negocios con el Estado, con la CIA, con el Vaticano. Pero yo ni siquiera era un canalla. Me había equivocado de rol. ¡Era un soberano imbécil! Me di cuenta de que el último sorbo espumeante de cerveza había sido ese trago de más que rebosa la copa. Mi cerebro se enturbiaba y no brotaban más de el ideas coherentes. ¿Qué era yo? ¿Qué era lo que yo hacía? En vez de ideas articuladas, de fluidez y compostura natural, algo terrible estaba saliendo del fondo posesionándose como un caudal eléctrico de todas las fibras. Yo no era Yo, no era nada ni había hecho nada. Lo único que había hecho era acumular un pesado lastre de arrepentimientos y culpas en los hombros. ¡Pura basura y lodo! No había nada que decir.

- Es un actor sin trabajo del incipiente cine colombiano -. Respondió elocuentemente Milton Urazán.

- Eso - dije.

Los muchachos rieron y se fueron.

- ¿Qué te pasa? - preguntó Milton.

- Nada-. Respondí -. Se me fué la chispa, necesito otro trago.

- No. Ya es demasiado tarde.

- Nunca es demasiado tarde.

- Vámonos.

- Hombre, ¡Qué va!

- ¿Cómo se te ocurre quedarnos aquí? Esto es... hasta peligroso. Aquí no vamos a encontrar lo que andamos buscando. ¡Vamos, Virginia ya debe haber regresado!

- No. Yo me quedo.

- ¡Cómo se te ocurre!

- Entonces présteme para una media y subimos.

- Esta bien pero vámonos.

Fui a la ventanilla con el dinero y pedí una media, pero me dijeron que no había, que después de que habían encarcelado a Daniel no habían podido surtir de aguardiente.

- ¿Dónde puedo comprar una por aquí?

- En la tienda de más abajo. A una cuadra.

Milton me acompañó pero tampoco había aguardiente. Había que internarse en aquel barrio de callejuelas peligrosas para conseguirla. Debido a una de esas proverbiales obstinaciones, terquedades inmarcesibles de los borrachos, Milton no pudo hacerme desistir y terminó por abandonarme a mí suerte, en una esquina, cuando se encontró con Liborio.

- Yo me subo con Liborio -. Dijo el duro, el vendedor de silenciadores, y cuando me vio alejarme por el callejón, trastabillar, caer en un charco de bruces, exclamó con una sonrisa ladeada de cínico: "¡Este man es un caso!" Ya no era yo, lo que se paró del barrial era esa otra cosa enajenada y sin control que se hundía cada vez más en el olvido. Unas carnes anestesiadas que caminaban. Vi entre las sombras figuras disformes que podrían ser los contornos de la calle y las casas y luces borrosas que podrían estar en las ventanas.

Había un puesto de empanadas y vísceras sucias vendidas por una anciana mugrienta. De una paila de latón se elevaba un humo de manteca refrita entre el cual la mujer aparecía y desaparecía entrecerrando los ojos. El amarillento perro gosque, en el suelo, entre las moscas. Un leve olor a orines. Al rompe me pareció la imagen tenebrosa, no era prudente seguir dándole fusta a los caballos, entrar en aquel lugar. Aún así, una fuerza superior hacía caso omiso de presagios; me movía impulsado por la motricidad del alcohol y de la química. El aviso de gaseosas a la entrada del barucho, decía: La Frontera. "¿La frontera de qué? ¿La frontera de la muerte, será?" Entré pidiendo aguardiente con la voz gangosa. Adentro había juego de sapo y el piso era de tierra repisada. La mujer que atendía era una masa café de pelo y piel muy oscura con falda de flores y descalza.

- ¿Qué desea el señor?

- Una caneca de aguardiente- repitió la voz confusa y cavernosa y se agarró del mostrador para conservar el equilibrio. La compuerta se había abierto, era libre por fin y los caballos con las crines al viento galopaban furiosos en la pradera.

- ¿Usted es extranjero?

- Sí, yo vengo de Samarkanda.

- ¿Y dónde queda eso?

- En Caldas o en Antioquia, no sé.

- Pues no parece antioqueño. ¿De dónde es usted?

- Del país del crimen. Del país de nunca jamás, del país del eterno retorno a la nada, a la mierda, del país de los traficantes. Soy un colombiano del mundo un bacán un pajudo un hombre listo, mejor dicho, un manojo de valores al revés; éste es un país de cafres, todos somos delincuentes comunes. O nos hacemos millonarios o nos meten a la cárcel.

- No le puedo vender una media sino por tragos.

- Déme uno pués.

La mujer café lo sirvió y luego fué a otra habitación. Era baja de estatura, cuadrada como un cubo y tenía sangre india. El pelo negro, la cara ancha, la complexión fuerte. Las pantorrillas cortas, gruesas y los pies anchos, desnudos y poderosos, parecían ceñirse como plaquetas perfectamente engranadas en la tierra húmeda y marrón. En la pieza de al lado dos hombres vestidos de militar jugaban cartas. Les dijo que había llegado un hombre raro y uno de ellos se recostó sobre el espaldar de su silla y me observó empinando el codo. "Está borracho", dijo, "Ahora voy".

"No, está diciendo cosas", dijo la mujer, "Creo que es un soplón".

"Está bien, ya voy", dijo el militar y se acercó a pedirme papeles.

Como quien busca atolondradamente en un armario, abre cajones y tira las cosas para afuera por detrás de la espalda sin encontrar en la desesperación lo que busca, escarbé en mis bolsillos y saqué los billetes que me había dado Milton, en un acto equivocado y reflejo, como si al ver los uniformes lo que me estuvieran pidiendo no fueran los papeles sino el dinero. "¡Con que intento de soborno!" exclamó sarcástico el militar, "Mirá lo que está haciendo este civil". El otro, acercándose, dijo, "Es un basuquero, yo lo vi bajando la pendiente con Liborio. Estos con pinta de intelectuales son los más degeneraditos".

- ¿Cómo se llama?

- Yo me llamo Ahab, capitán del Pequod.

- ¿Dice que es capitán?

- El quiere ser policía- dijo la mujer café - Es un soplón, yo los conozco.

- Ese no es su nombre. Aquí dice otro nombre. ¿Cuál es su nombre?

- Yo me llamo Richard. Si no le da miedo, siéntese y tómese un trago conmigo. Aquí sólo estamos entre delincuentes comunes. O estamos en la gloria o nos matan o volvemos a prisión. Cuando estoy muy aburrido de la vida, llamo a la policía y les digo: "Aquí estoy, métanme a la cárcel, yo soy Pablo Emilio Escobar, el Richard...

- Aquí dice que usted se llama José Félix Vásquez. ¿A quién le robó estos papeles?

- ¿Y ustedes tampoco son militares?- grité-. Aunque tienen ese pañuelito blanco.

Me tomé el trago y pedí otro. Sabía que en un principio el pañuelito blanco a la altura de los bíceps se lo colocaban a los soldados para diferenciarlos de los guerrilleros en el momento del combate, pero que estos habían comenzado también a ponérselo para sorprender al enemigo en la confusión.

- Ustedes mataron al ladrón descarado y no tienen derecho a ejercer una labor de exterminio, nadie lo tiene. Tampoco la policía.

- El ladrón descarado era un desechable - dijo la mujer café.

- Nos está acusando y dice que es de la policía. ¡Qué tal!

Me tomé el trago y pedí otro.

- Cualquiera de ustedes que me de información sobre un cachalote blanco con una joroba inmensa como una montaña de coca, lo voy a llenar de billetes. ¿No son ustedes gente del mar, hombres valientes? ¡Para esto nos hemos embarcado! ¿Dónde están Julio García y el William?

La mujer les pasó una botella de aguardiente y los hombres vestidos de militar se retiraron a su mesa murmurando: "¡Qué belleza! ¡Dizque pidiendo información y ofreciendo plata! ¡Hum! ¡Hum! Muy grave, muy grave está la cosa. Además está diciendo nombres." Me quedé de pie tambaleante, recostado en el mostrador, recordando el auto de Julio García perdiéndose por la avenida con todas mis ilusiones y yo petrificado por la impotencia, con una angustia incontrolable, lo mismo que esa mañana cuando regresé donde Anabel y encontré a un hombre sin camisa saliendo de mi cuarto. Y ahora los ojos de miel de la hembra observándome de arriba abajo y la voz de Tito Rodríguez en el radio "En la vida hay amores que nunca....deben olvidarse. Imborrables momentos que guarda el corazón", y los ojos independientes de mí volviéndose líquidos, la cara inexpresiva, ensimismada, llenándose de un llanto salado y de traidoras nostalgias y la voz dulce, conmiserativa, "Es por una mujer, ¿cierto? Pobrecito cocodrilo", y la mano saliendo detrás del mostrador y jalándome la camisa, "¿Tiene mucha plata?" "Si, mucha". "Tómese otro trago y venga conmigo, ¿quiere? Sí, venga conmigo". Empujándome suavemente me condujo a la trastienda, mientras en la otra pieza los dos hombres vestidos de militar volvían a sentarse y a jugar cartas.

En la trastienda había un racimo de plátanos, un bulto de papa y sobre un catre metálico un colchón sucio, sin sábanas. Un cuerpo café, blando y tibio parecía pegarse, rastrillarse con el mío. Las manos acuciantes manosearon la flácida prominencia entre mis piernas, abrieron la cremallera y la correa y bajaron los pantalones. Me sentí ridículo, de pie, en calzoncillos, con el bulto de los pantalones arrellanado en los zapatos. ¿Dónde estaban Anna Bell, Sibila, Virginia? ¿Qué hacía sin calzones en ese antro?

Otra vez estaba en el lugar equivocado con la persona equivocada.

¿Estaba condenado a estar siempre fuera de lugar? ¿Estaba condenado a hallarme siempre y deambular lejos de la cita, de mi tierra, del hogar, del país verdadero? ¿Quién era esta mujer que en un santiamén se había quitado toda la ropa y se había abierto de piernas en el catre? ¿De quién eran estas risitas, estos griticos y chillidos, estas manos dulces que jugaban? Sentí como si me

abandonara a una pastosa flojera y cuando entré en ella al frente había una foto de Gardel. Adentro de la mujer estaba húmedo y dúctil y el cuerpo maleable comenzó a girar, a mecer y bambolearse como el mar. Pensé que esa masa café era Colombia, mi tierra que era café, (aunque también marihuana, cocaína y amapola, el imperio de los vivos donde nunca se oculta la picardía, un país arrasado de extrema dulzura y de violencia impajaritable). Me hallaba desbocado en un valle de lodo, un océano moreno, galopando sobre carne temblorosa con tan poco empuje que la mujer café subió sus poderosos pies desnudos para darme espuela sobre los riñones. Al terminar, sudorosa, todavía jadeante, se volteó empujándome con suavidad. Luego, tan rápido como se había quitado la ropa, se paró a vestirse. "Ahora si papito, págueme". Escarbó en los bolsillos de los pantalones y sacó la plata.

- ¿No tiene sino esto? ¡Pero si apenas tiene para pagar el trago!

Se hallaba de pie con una expresión incrédula, la falda puesta y los senos prominentes al aire.

- ¡Págueme lo que me prometió! - exclamó con voz desmayada.

- Pero si yo no le he prometido nada- resongué semidormido.

- Cómo que no, ¿usted cree que se puede burlar de mí? Tiene que pagar, o si no, le puede ir muy mal, muy mal -, repitió. Había tal convicción en la firmeza de su voz, en la fijeza de su mirada, que sentí por un segundo una oleada de frío. Mientras la mujer se ponía la blusa y salía, me incorporé con lentitud percibiendo una piquiña en la espalda. Me rasqué con fruicción, algo me había picado, debía haber pulgas o chinches en el colchón. Me vestí y salí. Sobre el mostrador la mujer había colocado un machete. Los hombres vestidos de militar se acercaron trayendo una botella de aguardiente: "Con que no quiere pagar, ahora sí hablemos, tómese un trago con nosotros. ¿De qué lado está usted?". Recibí el frasco, bebí a pico de botella un trago largo, a fondo, interminable, como si estuviera muerto de sed y tomara apresurado un refrescante vaso de agua. A no ser por un ligero espasmo de hipo, parecía que le hubiera agregado nada a la nada, así que bebí otro sorbo igualmente vasto, hasta que el hipo recrudecido se hizo intermitente, los ojos se tornaron más rojos y los músculos más desgonzados. Y las voces que me preguntaban se fueron alejando.

- ¿De qué lado está usted?

- Yo no estoy en ningún lado, habito en mí como en una casa en la que no he pagado el arriendo.

- Pero usted anda pidiendo información y ofreciendo dinero.

- Y ahora no quiere pagar lo que se comió- dijo la mujer.

- Diga pues, ¿para quién trabaja?

- Para nadie, mejor dicho, yo soy enemigo de todos, soy un anarquista. Mi rival es mi propio corazón.

Uno de los hombres vestidos de militar desabrochó la cartuchera, habló en voz baja con el otro acariciando la cacha de la pistola. Se pasaron la botella. "Ahora todos son militares", pensé. Vi en uno de ellos a Julio García y en el otro al Richard en el momento de arrebatarme los paquetes. "Si Milton me hubiera dejado el arma los hubiera matado". Ahora uno de ellos era José Félix y el otro, ese tal Jorge que había amanecido con mi mujer. Advertí un impulso que había experimentado en otras raras ocasiones al hallarme frente a policías o militares, unas ganas soterradas de abalanzarme sobre ellos para desarmarlos. Era una ira loca, una furia, un deseo de agresión y violencia que subyacía y afloraba por encima del comportamiento respetuoso que se esperaba para tales ocasiones. Era una desconocida maquinaria traicionera y rival de la razón que venía de las más oscuras bodegas.

- ¡Ustedes mataron al ladrón, ustedes me robaron los paquetes y si siguen acostándose con mi

mujer van a terminar lapidados! ¡Perros asesinos! Tomé el machete que había encima del mostrador y lo levanté como un sable contra el uniformado quien presa de cólera y pistola en mano tuvo que retroceder gritando:

- Amenazarme a mí, a un guerrero, a un hombre de pelo en pecho. Usted no sabe con quién se metió. ¡Lo-co-ijoe-puta!

- ¡No lo vayan a hacer aquí, por favor! - imploró a los gritos la mujer - ¡Salgan de mi negocio!

Los uniformados salieron. Fui detrás blandiendo el machete. Afuera llovía.

- ¡Con que no quería pagarle a la vieja, con que cambiándose el nombre, con que buscando información!

- ¡Cerdos!

- Con que amenazándome a mí, con que buscando droga, con que ofreciendo plata, soplón. Tenga pues lo suyo.

- Te he buscado por los cuatro océanos, por todos los costados del mundo y al fin te encuentro Leviatán -grité acercándome y levantando el machete- ¡Un arpón bien agudo para Moby Dick!

El uniformado disparó en el estómago de Félix quien soltó el arma y luego, antes de que cayera al suelo, le disparó en el pecho.

Había triunfado la locura de estrecho y sereno cauce. Se hallaba otra vez bocabajo con la respiración ahogándose en un charco, en el gran charco del mar que siempre había estado presente en la ciudad, en la risa de las negras, en la brisa, en la música, como un caro amigo, casi sin hacerse notar, con su risita de rumor de ola tras la palmera o descansando fantásticamente acostado en el crepúsculo, como un sol viejo al final de una calle desconocida. Era tan fácil morir, la vida tenía la fragilidad de un cristal, era apenas un sueño, pero ya no había modo de darse vuelta en la cama contra la pared o mirar por la ventana y pensar en otras cosas, estaba cesando el ordenamiento. Esa vida llena de mucha nostalgia.

Una vez más había ganado la partida el sotavento de la cosas, las bestias desbocadas, el instinto de muerte de la Ciudad Blanca. Era el Mare Tenebrum en todo su esplendor. Pero debía haber un camino mejor en la ruta de las popas enhiestas y sonrosadas. "Había una estrella polar. Una estrella mejor titilando en el norte, en el sur o en el poniente."

INDICE

I. Los Socios 1
II. Las Noticias 8
III. El Agua 19
IV. Una Mañana 24
V. El Mar del Olvido 35
VI. Peregrinación 54
VII. Fiesta en Santa Rita 76
VIII. Saliendo de Casa 85
IX. El Reverendo 111
X. Noches Baldías 125
XI. Pensamientos 160
XII. Diálogos Sucios 170
XIII. Anna Bell 173
XIV. Los Actos Fallidos 180
XV. En Busca de Moby Dick 207